



Ota Pavel

# EL PRECIO DEL TRIUNFO

Introducción de Dana Zátopková

Traducción de Eduardo Fernández Couceiro



Lectulandia

Trece relatos sobre leyendas del deporte checo.

Antes de que una enfermedad mental lo apartara del periodismo deportivo, Ota Pavel escribió decenas de artículos sobre los mejores deportistas checos de su época.

*El precio del triunfo*, publicado originalmente en 1967, reúne trece relatos sobre leyendas como Emil Zátopek, Jan Veselý o Alois Hudec. Pavel, que jugó en el equipo juvenil de hockey sobre hielo del Sparta Praha, narra los momentos culminantes de las carreras de estos deportistas con la pasión de quien ama el deporte, pero sin olvidar nunca su lado más cotidiano y humano, y el precio que tuvieron que pagar para alcanzar la gloria.

Y es que para el autor de *Cómo llegué a conocer a los peces* y *Carpas para la Wehrmacht*, «la literatura no puede dividirse en literatura sobre bomberos o sobre deportistas. Solo hay una y, como diría Jaroslav Hasek, es literatura sobre la condición humana».

Ota Pavel

# **El precio del triunfo**

**Sajalín - 33**

**ePub r1.0**

**Titivillus 27.09.2023**

Título original: *Plná bedna šampanského*

Ota Pavel, 1967

Traducción: Eduardo Fernández Couceiro

Imagen de la cubierta: Zátpek, Mimoun, Schade y Chataway en la final de los 5000 metros de las olimpiadas celebradas en Helsinki en 1952

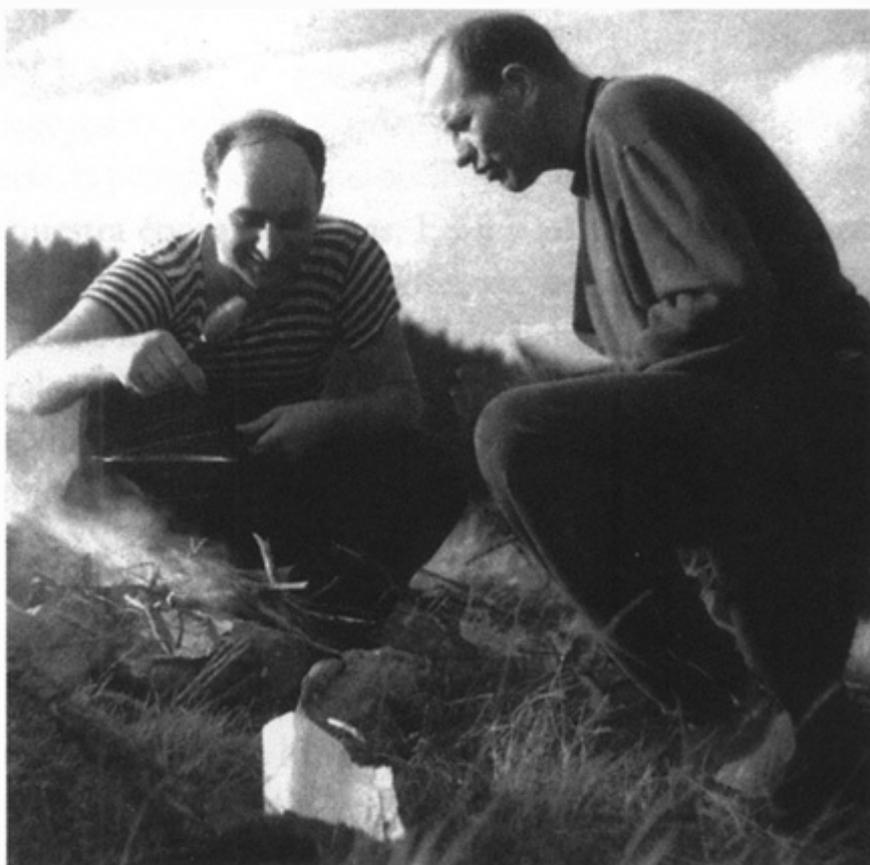
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

## **Introducción**

*de Dana Zátoková*



Ota Pavel y Emil Zátopek durante la época en  
que escribió *El precio del triunfo*

En nuestra época de atletas, Emil y yo solo podíamos coger vacaciones al final del otoño. Una vez estuvimos en los Bajos Tatras. Todos los días salíamos de la cabaña para adentrarnos en la naturaleza, en los bosques y las montañas. Aquel año hizo un tiempo fantástico. Las hojas de mil colores, los racimos de arándanos rojos, la neblina de las mañanas y el agradable sol que las seguía y que iluminaba toda aquella hermosura...

Una de aquellas mañanas transparentes salimos corriendo, estuvimos saltando por el bosque, disfrutando como niños. Nadie por ninguna parte, solo nosotros dos... De repente, en la lejanía vimos una columna de humo azul, que, en medio de aquel lugar remoto, nos intrigó... Así que corrimos en aquella dirección y cuando llegamos a un pequeño claro, vimos junto a una hoguera a dos hombres con los sombreros calados hasta las orejas. ¡Unos bandidos como los de los cuentos! En un primer momento nos quedamos perplejos, lo mismo que la pareja que estaba frente a nosotros. Pero la perplejidad desapareció cuando nos acercamos. ¡En aquel fuego estaban asando níscalos y agáricos dos interesantes personajes: Ota Pavel y Vilda Heckel! Emil conocía a los dos y ellos lo conocían a él, pero yo me encontraba personalmente con ellos —de una manera tan curiosa— por primera vez. En aquella época Ota Pavel trabajaba como periodista en la radio y Vilda Heckel hacía fotografías y practicaba el alpinismo. Fue para todos un encuentro muy agradable. Por supuesto, nos invitaron a acompañarlos. Asamos las setas juntos: estaban buenísimas. Vilem sacó un par de fotos de aquel momento. Pero sobre todo estuvimos charlando en buena sintonía. ¡Y es que había mucho de que hablar! De deporte, de entrenamientos, de victorias y de derrotas. De la vida. A Ota le interesaba especialmente Emil. Ya había escrito sobre él, pero quería saber aún más cosas. Sobre el atletismo, sobre el camino a la cima de la gloria deportiva... Después se haría muy amigo de mi marido y, a través de él, también de mí. A comienzos de los años sesenta Emil y yo compramos en la zona de Troja un huerto lleno de acacias blancas, rosas salvajes, zarzas, arbustos de saúco... Aquello era una auténtica jungla. Tuvimos que limpiar completamente el terreno. Fue un trabajo horrible, pero

lo afrontamos con alegría, como si fuera un ejercicio de gimnasia, un entrenamiento. ¡Y entonces apareció Ota y dijo «que iba a ayudarnos»! En medio de aquella jungla, juntos encontramos una pequeña cabaña de madera y después de limpiarla entre todos, de apuntalarla como pudimos y de pintar las ventanas de amarillo, Emil colgó encima de la puerta un trozo de tabla con una pintoresca inscripción: TABERNA SANTA PUELO. Los tres nos pusimos firmes y cantamos:

En la Taberna Santa Puelo,  
siempre reina la alegría,  
y entre humo y gritería  
se baila cuerpo con cuerpo...

Para acabar de estar en la gloria solo tuvimos que asar en una hoguera un par de salchichas. Ota echó una mirada en derredor y dijo: «Esto es tan bonito. ¿Os importaría que viniera aquí a escribir?». ¡Faltaría más! Le dimos una llave de la parcela y comenzó a ir allí muy a menudo. Era capaz de charlar con Emil durante horas, le interesaba todo, tenía gran amplitud de miras. Me consta que verificaba cada información, que escribía sus textos lenta y trabajosamente. Una vez fui a la finca desde Stromovka y lo encontré sentado a la mesa con un bloc abierto: estaba escribiendo. Así que le pregunté entusiasmada: «¿Cuánto has escrito? ¿Te sale fácil?». Y él respondió: «Casi nada... He estado mirando la naturaleza, escuchando los sonidos, observando los pájaros en los árboles... ¡Es que aquí hay tanta belleza, Dana!». Yo le dije: «Así que has estado perdiendo el tiempo...». Ota se rio: «¡Qué va! No he estado perdiendo el tiempo, lo he estado viviendo. A veces uno necesita acariciarse el alma». Aquel día ya no hicimos nada ninguno de los dos, nos limitamos a charlar tranquilamente delante de nuestra Taberna. Ota me confesó su amor por la naturaleza, me habló de cómo aprendía de ella y de todo lo que significaba para él... Aquel fue un momento muy especial para mí y me atrevo a afirmar que también lo fue para él. En aquella época ya éramos amigos. Nos entendíamos bien. Nos apreciábamos y nos apoyábamos mutuamente. Más tarde, cuando empezamos a construirnos una casa en Troja, Ota siguió viniendo a vernos y realmente escribió allí algunas de sus obras. A veces se ponía a remover la arena o a acarrear ladrillos. Después se quejaba de que le dolían las manos y yo me reía: «Nosotros, los deportistas, conocemos el trabajo por experiencia, mientras que vosotros, los escritores, sois más finolis y solo sabéis escribir con elegancia sobre él».

Ota tenía un don poco corriente. Emil decía sobre él: «Escribe acerca del deporte de tal manera que a un deportista no le chirría al leerlo, a un lego le entretiene y a los dos les emociona». Creo que acertó completamente en la expresión. Yo además admiro su estilo elegante, su manera de adornar el deporte, de vestirlo con palabras hermosas. Solo que el deporte es también una dura realidad y muchas veces no tiene nada de idílico. Le pregunté a Ota por qué elegía sistemáticamente para sus obras gente buena o, más exactamente, por qué no quería ver los aspectos malos de la gente sobre la que escribía. En aquella ocasión me dijo: «Es que soy así de tonto. Trato de encontrar en la gente solo buenas cualidades, aunque por supuesto sé que tienen otras. No soy capaz de dar una imagen completa de las personas...». Ay... hoy sé muy bien que Ota no solo era honesto y trabajador, sino también sabio. Por desgracia se fue demasiado joven y el final de su vida fue un infierno. Emil y yo fuimos testigos de sus graves ataques maniaco-depresivos y pudimos asomarnos al profundo abismo de su alma. Fue un amargo sufrimiento... Pero debo decir que, gracias a Dios, los momentos luminosos y alegres que vivimos con él fueron muchos más. Durante años incluso fuimos parientes a través de Pedro, un foxterrier andaluz que Emil recibió de nuestro amigo vasco Patxi Alcorta. Se lo regalamos a Ota y supimos que al final de su vida le proporcionó al menos un poco de alegría.

Hoy, al leer los relatos de Ota, regreso a toda aquella felicidad.

Gracias, querido Ota, de parte de Emil y de la mía.

## El último partido de František Kloz



studiosa h3

Un sol de primavera iluminaba a ratos las ventanas de la habitación del hospital. En la segunda cama yacía František Kloz. Tenía la pierna izquierda sujeta a una polea, le dolía mucho. De vez en cuando aparecía la enfermera Antonie y le sonreía. Siempre había tenido suerte con las mujeres. Era famoso y alegre, y eso es lo que más las atraía. Pero por lo demás, como decía la esposa del doctor Neumann, era un tipo con mala suerte.

—Está usted gafado, František.

Aunque los defensas rivales le lesionaban a menudo las piernas, nunca consiguieron infundirle miedo. Siempre volvía a la pelea con sus piernas huesudas y acababa disparando a puerta. ¡Y, madre mía, cómo disparaba! Una vez Franta Plánička, el mejor portero del mundo, recibió tres goles en Kladno. Se los hizo todos él, precisamente con la pierna que ahora colgaba de la polea. En un lado del muslo se veía solo un inocente agujerito, pero en el otro tenía el hueso astillado y le faltaba un trozo de carne. Debió de ser una bala dum-dum. Pero confiaba en que saldría de aquella y volvería a jugar. ¿Acaso los hospitales no eran la esperanza vestida con bata blanca? En la revolución había tenido de nuevo mala suerte.

Trabajaba como ayudante y conductor del doctor Neumann. El doctor, con su diminuto bigotillo bajo la nariz, era un ferviente seguidor del equipo de fútbol de Kladno. Quince años atrás lo había traído a Kladno como promesa futbolística y le había enseñado todo lo que tenía que saber un enfermero. A su consulta acudían un montón de mineros, a los que también atendían en sus pequeñas y modestas casas de los pueblos de alrededor: Dobrá, Družec, Braškov, Vrapice. Kloz canturreaba mientras conducía aquel Tatra 57 y, a su lado, el doctor Neumann fumaba uno de sus puritos. Aquel no era un trabajo alegre, sobre todo en la época de la crisis y durante la guerra, cuando a todos les unía el odio a los alemanes. Después de lo de Lídice<sup>[1]</sup> aquel odio se hizo aún más fuerte.

Pero llegó la revolución y con ella la hora de saldar cuentas.

Salió de la consulta y subió a ver a la señora Neumannová, que se había convertido en su segunda madre.

—Señora, me voy a luchar contra los alemanes.

—¿Es que se ha vuelto usted loco, František? Usted no es soldado y ni siquiera sabe disparar.

Pero no hizo mucho esfuerzo por disuadirlo. Lo conocía bien. Franta siempre tenía que estar allí donde había barullo. Sentado en la cocina con la gabardina puesta, se echó el sombrero hacia atrás y comenzó a canturrear. Era verdad que veinte años atrás no lo habían aceptado en el servicio militar por no dar la talla. Fue después, en la cancha, cuando dio el estirón. Aquello le dolió mucho, como si la vida le negara algo.

Fue a cambiarse de ropa. Se puso unos pantalones de esquiar, se caló al costado una bayoneta y en la gorra se colocó un escudo con la bandera tricolor que tenía escondido en casa desde los tiempos de un torneo en América. En el punto de encuentro todos recibieron órdenes: los mineros, los maestros, los obreros de la Poldi. En las cabezas, boinas y cascos robados. A él lo conocía en Kladno todo el mundo, desde los chavales hasta el alcalde. Vio que estaban contentos de tener entre ellos a un temido cañonero, aunque fuera solo futbolístico. Había pocas armas, pero a él le dieron inmediatamente un fusil. Era un bonito fusil, y disparaba. Un camión los llevó a Hříškov, cerca de Louny, a intentar tomar un almacén de munición. En el lugar principal, justo detrás de la cabina del conductor, iba como comandante precisamente él, que en su vida no había disparado más que con una carabina en alguna caseta de feria. Bajaron de los vehículos. En el pueblo reinaba un silencio sepulcral. Se esparcieron a lo largo de la carretera y comenzaron a avanzar. Allí, en algún lugar, los esperaba el enemigo. De momento no lo veían, solo intuían su presencia. Eso era lo peor: él estaba acostumbrado a ver al rival.

Las manos, que sostenían el fusil, empezaron a humedecerse. Sintió una angustia extraña que en nada se parecía a los nervios de antes de un partido. Podría ser miedo, pero se negaba a admitirlo. Delante de ellos se empezaron a dejar ver los uniformes verdes de los alemanes. Con el primer disparo —igual que con el pitido inicial del árbitro— cesaron sus temblores. Comenzó una lucha diferente a todas las que había conocido.

Estaba de pie, apoyado en un portón con unos hermosos herrajes circulares.

Disparó y se convirtió así en soldado de nuestro país.

El tiempo pasaba muy despacio. Las balas de las ametralladoras y las metralletas retumbaban al estrellarse contra las paredes de las casitas. Debía de haber muchos alemanes.

Vio en la lejanía a unos alemanes junto a una ametralladora. Se afanaban en ponerla en funcionamiento, probablemente se les había atascado la cinta. Era la oportunidad perfecta para avanzar. Así que echó a correr sin advertir que al otro lado tenían una segunda ametralladora. Defendían aquel importante espacio por medio de lo que se conoce como fuego cruzado. En cuanto se puso en movimiento, oyó cómo empezaba a rugir aquella segunda ametralladora. Y en el momento en que se dio cuenta de que tenía que hacer algo —echarse al suelo o volver—, un objeto grueso le golpeó en la pierna. Cayó rodando por la cuneta, se tentó y vio un montón de sangre. Quedó tendido en la hierba hasta que se lo llevaron a la escuela del pueblo. Después los alemanes lo pusieron en un camión con sus propios heridos y lo llevaron al hospital de Louny. Por el camino un alemán que llevaba la macabra calavera en su gorra quiso matarlo y arrojarlo del camión. Ya había sacado de la funda su pistolón, pero otro alemán lo convenció para que no lo hiciera. Durante todo el camino observó el deseo que tenía aquel alemán de liquidarlo.

En las calles iban terminando las batallas. En la habitación empezó a reinar el silencio, interrumpido únicamente por la respiración de los heridos. En la cama contigua a la de František yacía un alemán gravemente herido.

Las blancas puertas se abrieron y comenzaron a llegar las visitas. Con cada una de ellas entraba un pedazo de vida y un pedazo de recuerdos.

Jindra, su mujer, con sus ojos bondadosos.

En comparación con él, era muy jovencita, casi una niña. Se casaron cuando él ya había dejado atrás su periodo de gloria. En aquella época jugaba en el Slaný y luego lo haría en un equipo de categoría regional, el SK Vinařice. No le iba mal. Siempre llevaba a casa alguna vianda que le daban el doctor Neumann o los comerciantes de Vinařice. Ya tenía una edad y se sentía cansado del trabajo y de tantos partidos jugados. Se dejaba caer en el sofá al llegar a casa y el día antes del partido se frotaba las piernas con alcohol de romero y se las envolvía en unas enormes bufandas de colores. Jindra nunca lo tuvo fácil con él, pero ahora, en el hospital, no se apartaba de su lado, fiel como solo las mujeres saben ser y como ningún hombre es capaz.

—¿Qué tal los niños? ¿Cómo está Blanka? ¿Y František?

Jindra le trajo los primeros panecillos crujientes que aparecieron después de la guerra. Le encantaban. Mientras los mordía, se acordó del alemán moribundo que yacía en la cama contigua. A lo mejor se moría, pero no podía tener muy sucia la conciencia: los alemanes debían de haberlo reclutado en la escuela.

—Dale un panecillo, Jindra.

Así era él. Sabía dar todo lo que tenía: copas, medallas, su frac, los gemelos de oro que le regaló Jan Masaryk cuando ejercía de embajador en Londres. Era capaz de quitarse la camisa si veía que otro la necesitaba. Por una victoria con el Sparta recibía mil coronas: la mitad la repartía entre los amigos que estaban sin trabajo y con la otra mitad organizaba un banquete en U Šamsů. Había nacido en la aldea de Mlékosrby, en la zona de Bydžovsko, pero su corazón estaba en Kladno. Prácticamente no había conocido a su padre, que murió de repente mientras trabajaba en la fábrica de gaseosas. Su madre trabajaba en una fábrica de ladrillos y se ocupaba de él y de otro hermano. Sabía lo que era la miseria y por eso repartía lo que tenía. Solo le quedaba una medalla: la del célebre encuentro Inglaterra-Checoslovaquia. Era una medalla preciosa. Todos los jugadores del partido recibieron una. Plánička, Kolský, Puč, Říha, Nejedlý y los demás. Era de oro puro. En el anverso llevaba grabados la inscripción *The Football Association*, el escudo con los tres leones y la corona real, y en el reverso decía *England-Czechoslovakia*. Ya entonces los ingleses sentían gran respeto por el fútbol checo. El encuentro tuvo un desarrollo dramático y se marcaron en él nueve goles. Tras una enconada lucha los ingleses acabaron ganando 5-4.

Vino a visitarlo Mirek Šebor, un chico fantástico, futbolista de Kladno, que ahora vivía en Louny. De Vinařice vinieron sus amigos Mejtský, Kasík, Danda. Al alemán lo habían trasladado a otro lugar. En los pasillos se reían y tocaban el acordeón los rusos. Solía aparecer por allí el joven Sasha. En el cabestrillo que sostenía su brazo herido llevaba ramilletes de flores de acacia. Y es que afuera estaban floreciendo ya las acacias, que tenían aquel olor amargo...

De Kladno vino el doctor Neumann. František inmediatamente le preguntó:

—El jefe del equipo médico dice que me deje cortar la pierna. ¿Qué cree usted, doctor?

—Yo en tu lugar le haría caso.

Neumann compartía el diagnóstico de los médicos de Louny. Estos lo habían intentado convencer de que se dejara amputar la pierna. Tenían miedo de que se le gangrenara. Tuvo que firmar un papel diciendo que se negaba. No, todavía no podía. En su experiencia médica había visto heridas peores y los pacientes habían salido con vida de ellas. Él también saldría de aquella: con las dos piernas. Tenía voluntad. Una de las visitas dijo algo de que le darían por invalidez una taberna, que se podría llamar *El cañonero Kloz*. Por

poco lo echa de allí. No podía imaginarse la vida sin aquella pierna con la que había metido tantos goles.

La fiebre le hizo perder el conocimiento y volvió a jugar sus grandes partidos. Jugaba en casa, con la camiseta blanquiazul del Kladno, ante un público de mineros y obreros de la Poldi, en una cancha cubierta con escoria de la fundición. Tenían los oídos y el pelo llenos de ceniza, estaban ensangrentados, pero peleaban por todo el campo alentados por el imponente grito de ¡Vaaamos, Kladno! Eran los años de mayor éxito del «sistema Kloz». El mediocentro Kája Kraus enviaba pases rasos y precisos a los atacantes, sobre todo al pequeño Pepík Junek y al delantero centro Milda Procházka, y estos servían balones altos o a media altura al área grande. Él, Kloz, arrancaba. Atravesaba la defensa o conseguía escaparse de ella y disparaba desde el aire, de volea o de media volea. El Teplitzer FK había empezado muy bien la liga. En los últimos cinco partidos no había recibido un solo gol. Su portero Patzelt era fenomenal. František le marcó tres goles en un partido.

Durante un tiempo jugó en el Slavia y después en el Sparta. Pero no se sentía a gusto en Praga. No jugaba bien, le faltaban sus compañeros de siempre. Procházka, Junek y el ambiente de Kladno. Volvió a sus orígenes, solo rendía al máximo con el Kladno, cuando las gradas tronaban: «¡Vaaamos, Kladno!».

Muchos no entendían por qué solo era capaz de jugar bien con el Kladno. Poco después de volver de Praga le metió al Sparta cinco goles en un partido. Tras el encuentro se le acercó corriendo el belga Braine, delantero del Sparta.

—František, si jugaras así con el Sparta no podría ganarnos nadie.

Fue tres veces el máximo goleador de la liga.

Estadio San Siro de Milán. El Kladno jugaba la Copa de Europa Central contra la famosa Ambrosiana. Bajo los palos, Ceresoli, con un jersey a rayas, y en la zaga, el internacional Allemandi. Se escapó del mareaje de Allemandi y metió gol. Resultado minutos antes del final: 2-2. Otro disparo suyo pasó rozando el larguero y retumbó al estrellarse contra la pared de la grada. Recibió de nuevo el balón y realizó un disparo imparable al palo largo que significó el gol de la victoria. ¡Ceresoli salió de la portería y fue a felicitarle!

Sonreía en sueños. Jindra lo acariciaba con la mano.

Y es que iba rumbo a América en el barco *Olympic*. Jugaban descalzos en la cubierta con una pelota de trapo, como cuando eran niños. Revivían la feliz infancia. Navegaban por el río Hudson hacia Nueva York. Los rascacielos iluminaban el cielo como enormes faros marítimos o como imponentes iglesias.

A su llegada a Chicago los recibió el pitido del claxon de siete mil automóviles. En medio de aquel atronador alborozo los pasearon por la ciudad en descapotables. El último encargo de Čermák, el alcalde de la ciudad, cuyo padre había sido un minero de Kladno, fue este:

—¡Traten bien a mi gente de Kladno!

Čermák —un tipo enorme y valiente, que, como se sabía en todo Chicago, no temía ni a los gánsteres— murió de un balazo de un revólver. Aquel Čermák, originario de Kladno, se convirtió en una de las figuras más importantes de los Estados Unidos de América.

En el equipo que el Kladno había traído a Chicago había muchos jugadores pequeños, y Fencl, el manager del Chicago Sparta, le preguntó a Kraus, el capitán:

—¿Qué niños son estos que has traído?

La respuesta la obtuvo en el estadio Soldier Field en forma de nueve goles que recibió el Sparta Chicago. Kloz metió seis, el más bonito de ellos a una distancia de treinta metros.

Estaban sentados en el Radio City, ataviados con trajes claros y corbatas con los colores del club: el azul y el blanco. Estaba cantando Grace Moore, la famosa actriz y soprano de Tennessee. Era encantadora. Su trayectoria había sido como la de un gran delantero de fútbol, pero en otro terreno. Había empezado su carrera en el Musical Comedy y después debutó en el Metropolitan interpretando a Mimi en *La Bohème* de Puccini. Había actuado y cantado por todo el mundo y cosechó un gran éxito en Latinoamérica. Y ahora era como si aquella Grace estuviera cantando exclusivamente para el SK Kladno. Después de la actuación, todo el equipo se fue a la taberna U Kostků a festejar la victoria con la comunidad checa asentada allí. Kája Kraus se sentó al piano, marcó el compás y todo el equipo se puso a cantar: «La pequeña iglesia de Kladno y a su alrededor el oscuro bosque...».

Pero no todo fue bonito. Al volver de América, en la Estación Wilson de Praga, se le acercó un hombre:

—Dame la maleta, Franta. Ya te la llevo yo.

Le entregó tranquilamente su preciosa maleta. Llevaba en ella regalos de los emigrantes checos para sus parientes de Kladno: cámaras de fotos, plumas estilográficas, dólares. Aquel hombre se llevó de verdad la maleta. No lo volvió a ver. Tuvo que reponer todos los regalos.

Jugó de nuevo en Noruega, en Malta, en Inglaterra. Y sobre todo en aquel campo cubierto de escoria de fundición y rodeado por una valla de madera tras la que asomaban los pinos. Los mejores defensas —Burgr, Čtyřoký,

Fiala, Ženíšek— trataban en vano de frenarlo. El león sobre la camiseta blanca. Jugó con la selección de Checoslovaquia contra los húngaros. Los checoslovacos llevaban ocho años sin derrotarlos. Cuando salieron los jugadores al terreno de juego, algunos espectadores empezaron a silbar. No les gustaba la alineación: Melka, del Prostějov, en el centro y Kloz, del Kladno, en el interior. Frente a ellos, con jersey blanco, el portero Palinkas. Kloz le marcó un gol nada más comenzar, pero el árbitro —el inglés Lewington— le pitó fuera de juego. Después estrelló un disparo contra el poste. Tras media hora de juego los húngaros dominaban en el marcador. Kloz recibió el balón de Rulc y empató. Todavía le marcó a Palinkas un segundo gol, un tercero y un cuarto. Kopecký, del Slavia, metió el quinto. Después vendría el famoso partido de Inglaterra en el que perdieron 5-4. Allí, en un banquete, fue donde recibió aquella medalla de oro.

La guerra. Aunque ya no era joven, le ofrecieron jugar en un equipo alemán. Rechazó la oferta. Entrenó y jugó en el modesto SK Vinařice. Iba hasta Vinařice en bicicleta. Marcó goles y los ayudó a ascender de categoría. Jugaba sobre todo en pueblos, en campos de ceniza, pero soñaba que después de la guerra todos los campos de la región de Kladno serían de hierba.

¿Qué canción era aquella? Ah, ya se acordaba. Gustaba mucho en América, la cantaban en todas las ciudades: «Houpy, hou, una canoa se balancea sobre las olas, mi canción sube hacia las estrellas...».

Apareció con Pepík Junek delante de la empresa Cachia de Chicago. Iban en un coche negro de punto y estaban los dos sentados en el pescante. Delante de ellos trotaban unos preciosos caballos blancos. Se dio la vuelta y vio que en el coche no había viajeros sino un ataúd.

—¿Para quién es, Pepík? —le preguntó a Junek.

Pepík nunca había tenido los ojos tan tristes. Permaneció largo rato en silencio.

—Es para ti, František —respondió finalmente.

Se despertó empapado de sudor y volvió a quedarse dormido.

Estuvo tres semanas luchando de esa manera. Después llamó al jefe de médicos.

—Córteme la pierna, doctor. La vida es demasiado bonita...

—Veremos, señor Kloz, lo que puede hacerse todavía.

En Kladno corrió entonces la voz de que Kloz estaba en el hospital. A pie o en cualquier vehículo, venía la gente de los pueblos para ofrecer su sangre. Para František. También los otros pacientes del hospital le ofrecieron sangre como para salvar a un batallón. Pero a František Kloz, el mejor futbolista que

había habido en el gris Kladno, ya no podía salvarlo nadie. No podía hacerse nada. Era demasiado tarde. Lo trasladaron a una habitación para casos terminales. El hospital sufrió aún un ataque aéreo. Llevaron a casi todos los pacientes al sótano, pero a él no pudieron moverlo. Cerca de allí cayó una bomba, como si la muerte quisiera asegurarse de que se iba al otro mundo.

En la habitación había solo dos camas. En una estaba él y en la otra velaba Jindra. Con su presencia quería ayudarlo en aquellos días difíciles.

Le inyectaron morfina para aliviarle el dolor. Seguía peleando en aquel largo partido. Su último partido. Sabía que se estaba muriendo.

¿Por qué demonios había ido a luchar contra los alemanes?

Una vez, hacía ya mucho tiempo, antes de que los alemanes llegaran a este país, jugaron un partido muy lejos, en el norte de Europa, en la ciudad noruega de Stavanger. Después del partido los invitó a su casa un noruego rico que estaba casado con una checa. Lo pasaron muy bien, comieron las más exquisitas viandas. Notó que la mujer quería decirles algo. Pero no decía nada, no se atrevía. Salieron de la casa, estaban en penumbra en las escaleras de la entrada, se despedían. Solo entonces la mujer se atrevió a hablar:

—Quería pedirles que me cantaran nuestro himno. Hace mucho tiempo que no lo escucho.

Alguien del grupo se negó inmediatamente:

—¿Aquí y ahora? ¿Es que nos hemos vuelto locos?

Pero al instante otro lo hizo callar:

—¡No digas tonterías!

Kája Kraus les dio el tono y en aquel jardín, bajo el cielo nórdico, todo el equipo se puso a cantar el himno de un país en el que estaba su hogar y también el de aquella mujer que permanecía de pie en las escaleras mientras las lágrimas corrían por sus mejillas y brillaban a la luz de la luna.

Se acordaría de aquella escena muchas veces, quizá también en el momento en que cogió el fusil y se subió al camión. Y es que durante toda la guerra habían tenido la sensación de que estaban en las escaleras de una casa ajena y que vivían en un país que no era el suyo. Estos recuerdos se le mezclaban con los de su último partido, que había jugado con el SK Vinařice precisamente el Primero de Mayo. Lloviznaba y en el aire se sentía ya la libertad. A pesar de que le dolía la pierna, chutaba con facilidad y metió tres goles en la primera parte.

Fue su último partido de fútbol.

Ya no volvería a jugar otro. No volvería a coger en sus manos la camiseta, que siempre lo esperaba plegada, con olor a sol y a jabón.

Ya no marcaría ningún gol. Hacía calor y otra vez estaba lloviendo. El balón estaba mojado y terriblemente pesado, estaba pegado al suelo y se hundía en el barro.

—¡Ya, Pepík! —le gritaba en vano a Junek.

Nadie le centraba. Sus piernas parecían de plomo, no podía moverlas.

Después se sintió mejor.

Había terminado un importante encuentro. Debía de haber jugado bien. Siempre sabía cuándo había hecho un buen partido. Pero hoy debía de haber sido otro tipo de encuentro: nadie le había dado un sobre con dinero por la victoria. A su alrededor, trajeados como para una ceremonia, estaban sus amigos: Pepík Junek, Kraus, Milda Procházka, el doctor Neumann, Mejtský, Kasík. Iban todos al restaurante U Šamsů. Les iba a ofrecer un último banquete. Y había invitado también a los mineros, a los obreros y empleados de la Poldi. Kája Kraus se volvió a sentar al piano y a tocar los viejos éxitos. Al final tocó uno nuevo:

Kladno, mi gris Kladno,  
nunca te olvidaré.

Salieron fuera. Había un montón de gente esperando. Nunca había visto tanta gente junta. Lo subieron a hombros y lo llevaron como en sus momentos de mayor gloria...

En el valle, debajo de la pequeña iglesia de Kladno, reinaba la tranquilidad. Solo se oían, a lo lejos, los gritos de los muchachos que corrían tras la pelota. Florecían los castaños y el aire olía a primavera. En el mármol negro se veían su cara sonriente y sus hombros y su pecho enfundados en la camiseta de fútbol. Aparte de eso, solo dos palabras y unas cuantas cifras:

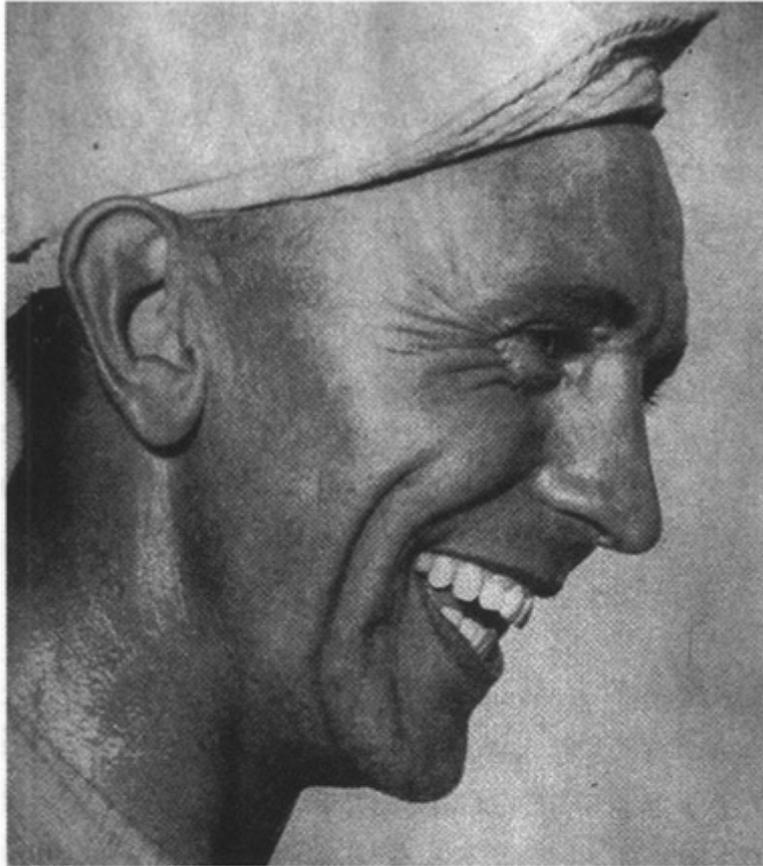
FRANTIŠEK KLOZ

19-5-1905

13-6-1945



## Un error



Me dieron otra vez flores, me devolvieron los diplomas en un tubo rojo, me abrazaron y besaron de nuevo, y dijeron, entre otras cosas, que había sido un error. Uno llegó incluso a decir que había sido un malentendido y yo sentí unas ganas tremendas de darle un guantazo, porque yo no acepto ese tipo de malentendidos. Aquello había sido sencillamente una cochinada. Primero te daban de bofetadas y después se disculpaban. Me dio mucha pena que eso hubiera ocurrido precisamente en el mundo del deporte, porque el deporte tiene que ser como un manantial de agua pura.

Dentro de un momento tengo que dar, en compañía de mi amigo Kubr, mi última vuelta de honor en este velódromo de Pilsen. Es la última vez en mi vida como ciclista que voy a correr delante del público. Tengo miedo de romper a llorar si gritan mi nombre. Hace tiempo que no oigo a nadie decir mi nombre y, si lo he oído, ha sido en un contexto desagradable.

—¡Viva Veselý! ¡Viva Veselý! —gritan como solían hacerlo.

Y quizá ni siquiera saben qué es lo que pasó realmente. Pero yo no puedo dejar de pensar en ello, ni siquiera ahora, cuando estoy corriendo la vuelta más importante de mi vida.

En aquella ocasión, en la décima edición de la Carrera de la Paz, no esperaba hacer una buena actuación, pero tampoco pensaba que iba a estar tan jodido. Hacía más de un año que no entrenaba como es debido, quería dejar el ciclismo. Ya era viejo, llevaba casi veinte años compitiendo. Para colmo sufría un enfriamiento en los riñones y me dolía la espalda, pero no podía negarme. Este es un cuentista, habrían dicho. Me dejé convencer para participar.

—Va a ser fantástico, Honzík —me dijeron—. Vas a terminar tu carrera deportiva de manera espectacular, precisamente en la décima edición de la Carrera de la Paz.

Se equivocaron y, sobre todo, me equivoqué yo. Y es que nunca supe decir que no. Solo con la experiencia aprendí a hacerlo.

Ya en la primera etapa entre Praga y Brno se vio que aquello iba a ser una ruina total. Empecé a quedarme atrás con los húngaros y los finlandeses. Pero pensé: «¡Voy a darle duro! ¡Todo va a salir bien!». Llegué a Brno en el puesto setenta y dos. Bajé de la bicicleta y la gente se abalanzó sobre mí como en los tiempos en que corría de verdad. Solo después comprendí.

—¡Qué mala suerte, Honzík! ¡Mira que pinchar tantas veces!

Los locutores del estadio no podían creer que hubiera hecho una etapa tan mala y convencieron al público de que había tenido varias averías durante el recorrido. Quise sacarles de su error. ¡Pero qué demonios decís! ¡Si no he pinchado ni una sola vez! Pero lo dejé estar. Quizá sirviera para algo. Quizá acabara cogiendo el ritmo. Mañana. El segundo día me esforcé más que cuando gané la Carrera de la Paz. Solo que otra vez hice una etapa espantosa. Pero seguía sin rendirme. Me dije: «¡Tengo que llegar a Praga! ¡Adelante!», y otras frases de ánimo similares que uno se quiere creer cuando está hecho polvo. Aguanté en el pelotón hasta Dobříš. Fue allí donde me quedé descolgado. En Praga había ganado muchas veces, pero en esa ocasión llegué en el puesto setenta y tres. Solo Kubr lo dio todo e hizo una buena actuación en esta tercera etapa. Y en la cuarta aprendí más de lo que había aprendido en los veinte años que llevaba compitiendo.

Soplaba un viento fuerte y frío de cara, como el que sopla en el norte de Europa. Renqueaba con Kubr en la cola del pelotón. Kubr estaba otra vez agotado y pedaleaba despacio. Seguramente estaba tan mal como yo. Lo habían operado de varices recientemente, la sangre no le circulaba bien por las piernas. Además, se quejaba de un dolor en el pecho. Los médicos no le debían haber dejado participar. Formábamos una pareja triste. Hasta entonces había tenido moral, pero de repente me harté de aquel continuo esfuerzo. En sus Tatra de ocho cilindros, los funcionarios ya habían comprendido que aquella vez no iba a conseguir la gloria ni para mí ni para ellos. Cuando pasaban a mi lado, me traspasaban con la mirada. Ya me habían enterrado. Ni uno de ellos había venido a preguntarme por qué estaba corriendo tan mal o siquiera para animarme. ¿Acaso no estaban allí para eso? Quizá no hubiera servido de nada, pero al menos habría visto que mostraban interés.

Lo que es seguro es que no estaban allí para darte una patada como a una pelota de trapo cuando ya no te necesitaban, cuando no tenías fuerzas para seguir pedaleando. Aquellas miradas tuyas acabaron conmigo. Entre ellos había algunos que tras mis victorias en los estadios se habían apretado contra mí delante de las cámaras para que los vieran sus conocidos. Todavía podía oír su Honzík por aquí y su Honzíček por allá. ¡Pero esta vez me iba a cagar

en ellos! No era capaz, seguía pedaleando por inercia. Si volviera a ganar — me dije—, sería una persona completamente diferente. Les daría la espalda con tranquilidad cuando vinieran a felicitar-me. Aunque seguramente no lo haría, soy demasiado idiota para eso. Todos volverían a ser mis mejores amigos. Aquella etapa era un auténtico rompepiernas. En una cuesta, antes de llegar a Pilsen, había una jugadora de balonmano famosa, y cuando pasé totalmente fundido junto a ella, me espetó a la cara:

—¡Eres un mierda!

Si no hubiera sido una mujer, me habría bajado de la bicicleta y le habría dado una bofetada. Pero no me quedó más remedio que agachar la cabeza y seguir pedaleando. Por amor de Dios, ¡cómo podía una deportista soltar algo así! ¿Acaso no había hecho nunca un mal partido? ¿Qué sabía ella de las etapas que había corrido en África bajo un calor insoportable y con los labios tan agrietados que era incapaz de emitir sonido alguno? ¿Sabía acaso lo que significaba una competición por etapas? ¿Sabía que a veces todo el equipo dormía boca abajo porque teníamos el trasero completamente llagado? ¿O sabía que una vez todos, absolutamente todos, hicimos un juramento de sangre comprometiéndonos a no volver a participar en esta horrible competición, la Carrera de la Paz, y sin embargo, al día siguiente, pedaleamos como bestias y les dimos una tremenda paliza a los alemanes, que en aquella ocasión eran de verdad muy buenos? ¿Sabía lo que sentía un ciclista cuando se le acababa el agua de los botellines, no tenía qué beber y, en medio del calor, debía perseguir a un grupo de escapados solo para lograr ser el tercero del equipo? Todo eso mientras los seguidores estaban en bañador a lo largo de la carretera, a cuya orilla corrían ríos y arroyos donde chapoteaba la gente. En esta vida he realizado trabajos duros. De muchacho trabajé con un labrador, después repartí con mi bicicleta enormes cestos de pan, conduje un camión, pero nada puede compararse con el ciclismo de carretera. A veces es un deporte y una satisfacción, pero mayormente es un maldito reventadero. ¡¿Podían siquiera imaginárselo los funcionarios y los periodistas?! Una vez, cuando gané una etapa, escribieron de mí como si fuera un héroe. Pero había ganado casi sin esfuerzo. Hice toda la etapa en el grupo de cabeza y en la llegada sencillamente fui más rápido que los demás. Y, sin embargo, en otra ocasión pedaleé como una bestia para ser el tercero del equipo, fui acortando distancias durante muchos kilómetros, hice un esfuerzo diez veces mayor, al final lo logré, y los periódicos dijeron: «Veselý solo consiguió ser vigésimo segundo». No sé si se pasaban la carrera durmiendo en sus coches o si es que no les permitían ver nada. Lo cierto es que a veces los periodistas checos eran

unos desgraciados; todo el rato iban por detrás de nosotros y solo en una o dos ocasiones el coche de enlace los hacía pasar a nuestro lado y nos mostraba como si fuéramos animales exóticos. Entonces no debían escribir largas y detalladas letanías. Lo que tenían que hacer era preguntar al corredor qué es lo que había pasado en la etapa. Pero todo esto no es más que un pequeño detalle en medio de los pensamientos que me venían a la cabeza y me acongojaban.

En aquella etapa llovía cada vez más. Tenía las extremidades entumecidas. No podía ni doblar los dedos para frenar. Tenía la piel de gallina por todo el cuerpo y me dolía horriblemente la espalda. No sentía la planta de los pies y casi me meaba de dolor. Y justo cuando estaba en ese terrible estado, al pasar por Bečov, Honza Kubr se bajó de la bicicleta, hizo un gesto de renuncia con la cabeza y dijo que él no seguía. «Estoy mal», declaró. Yo también me bajé de la bici. Nos encontrábamos los dos solos de pie en la carretera, en medio de un bosque, como dos desterrados. E imagínate lo tonto que soy, que lo convencí de que siguiera. Kubr siempre me hacía caso. Yo sustituía un poco a su padre, al que se habían cargado los fascistas en la guerra. Durante años yo había sido para él y para los demás el capitán del equipo. Le solía decir: «¡Tienes que atraparlos!». Y él siempre me hacía caso. Por supuesto, como capitán del equipo no solo tenía que azuzarlos, también tenía que defenderlos, tenía que decir, por ejemplo, que en las instalaciones de la concentración hacía frío, que la comida era espantosa o que los métodos de entrenamiento nos parecían inadecuados. Para los funcionarios yo era el mayor rebelde y esa era una razón más para sus miradas asesinas y para el ajuste de cuentas que vendría después. Sencillamente a algunos les venía muy bien que estuviéramos corriendo tan mal. Hacía dos años que no me dejaba de aquella manera la piel en una etapa, ni lo volvería a hacer nunca más. Y en estas se me jodió la bicicleta. Desde el coche de asistencia me dieron, por segunda vez en aquella competición, una bicicleta de repuesto mal montada. Me puse como una fiera.

—¡A la mierda con esta carrera! —grité.

En realidad no lo decía en serio, es que no pude controlarme en aquel estado de desesperación.

—¡Pues mándala tranquilamente a la mierda! —me respondió el que en aquel momento era el entrenador del equipo nacional.

Yo me quedé helado, porque sentí que lo decía en serio. No podía comprender cómo el entrenador era capaz de decirme eso en la última etapa, cuando estaba en juego la victoria por equipos para Checoslovaquia. Solo

después comprendí que él habría preferido que hubiera abandonado en aquel momento. Puede que, desde el punto de vista del ciclismo, el entrenador lo dijera con buena intención, pero para mí aquello estuvo muy mal y aún hoy sigo convencido de ello. Discutí con él sin bajarme de la bicicleta.

—Si fuera por ti, no daba ni una pedalada más, pero voy a acabar la carrera por la gente.

Y efectivamente conseguí llegar hasta la meta en aquella bicicleta mal montada y ganamos la clasificación por equipos. Aquel «por la gente» no era la frase hecha que utilizaban habitualmente los periódicos para referirse a esta competición. Yo lo decía absolutamente en serio. Aquello se llamaba la Carrera de la Paz. ¿Pero acaso hay paz en alguna competición? Allí íbamos, como solemos decir nosotros, a muerte, un ruso persiguiendo a un francés, un polaco a un checo, sin piedad. Los extranjeros se reían:

—Sí, sí, esto sería pacífico si fuéramos en plan exhibición, de pueblo en pueblo, ¿pero así? Si a la velocidad que vamos no podemos ni ver cómo los han decorado.

Me llevaba muy bien con Schur. En aquella ocasión peleábamos nada menos que por el maillot amarillo y al final se lo llevó él. Se me escapó cuando iba despacio al final del pelotón porque necesitaba orinar. Quizá no sabía que estaba orinando, o quizá lo sabía, pero nunca se lo tuve en cuenta. Sencillamente así es la vida y así es la lucha deportiva. ¿O te puedes imaginar a un capitán que dijera a sus chicos algo así como «hoy tenéis que pelear por la patria»? Seguramente me habrían pegado con las bombas de inflar las ruedas. Nosotros teníamos una consigna como de Švejk, sacada de aquella canción sobre Herzegovina: «¡Por el emperador!». Eso significaba acelerar. Yo solía decirlo en el momento apropiado y los chicos pedaleaban al límite, por muy agotados que estuvieran.

Corríamos de verdad por nosotros mismos y por la gente. Por la buena gente que venía a vernos a las charlas y nos miraba embelesada de admiración, porque habíamos conseguido algún éxito y un par de veces habíamos sido la causa de que el nombre de CHECOSLOVAQUIA apareciera en letras mayúsculas en todos los periódicos del mundo. Tenían la mente cansada y los brazos tan estirados del trabajo que les llegaban al suelo, y ni siquiera se daban cuenta de que ellos también corrían todos los días por Checoslovaquia. Por esa gente tenía que llegar a Varsovia y ayudar a que ganáramos la clasificación por equipos, para que otra vez tuvieran un motivo de alegría. Y quería que también lo intentara Kubr, así que le dije:

—¡No puedes abandonar, Jeník! ¡Tienes que seguir!

Y él, como siempre, me obedeció, porque yo era su capitán. Montó trabajosamente en la bicicleta y siguió pedaleando mientras lloraba de dolor. En realidad hizo una gran tontería escuchándome, porque si hubiera abandonado en aquel momento, no habría pasado lo que pasó después.

Yo corrí detrás de él hasta el final de la etapa como un ángel de la guarda, no fuera que se arrepintiera. Llegamos a la ciudad los últimos.

En el cuarto de baño me olvidé de muchas cosas. El agua caliente después de una etapa es algo maravilloso, quizá lo más maravilloso del mundo. En Karlovy Vary nos alojaron en el Grandhotel. Las dos noches que estuvimos allí las pasamos en blanco. Estábamos con los nervios completamente destrozados. No parábamos de ir a lavarnos y de abrir y cerrar las ventanas. Se lo noté también a Kubr cuando Vlasta Růžička, que compartía habitación con nosotros, volvió de madrugada. Nunca habíamos reprendido a Růžička por beber. De hecho, ni siquiera era completamente responsable de ello. Estaba demasiado enganchado al alcohol. El padre se le mató en una carrera de motos, creció solo entre viñedos y mamó aguardiente en vez de leche. Sin embargo, en aquella ocasión Kubr le gritó que dejara la bebida o dejara el deporte. Por poco llegan a las manos.

En realidad nosotros apreciábamos a Vlasta. Yo incluso lo admiraba en un aspecto. Lo que conseguía sacar de sí mismo por pura fuerza de voluntad, sin un entrenamiento adecuado, no lo conseguía nadie. Se agarraba al pelotón como una garrapata y después dejaba atrás a todos. Una vez llegó a beber durante la etapa alcohol de romero y a veces rellenaba uno de los botellines con coñac mezclado con zumo de limón. Un día, en medio de una etapa, me sentí de repente mal del estómago. Llegué hasta donde estaba él y se lo dije.

—¡Echa un trago! —me respondió.

Me pasó su combustible. Por poco salgo volando de la bicicleta de lo fuerte que era aquello. Vlasta empezaba a beber siempre en los momentos decisivos, generalmente a un par de kilómetros de la meta. A él aquello lo estimulaba tanto como a otros el dopaje. Y después salía lanzado como un cohete, sin miedo de nada ni de nadie. El pavés de la carretera, los ciclistas extranjeros que iban como locos, todo le daba igual. A otro, aquello lo hubiera matado, pero parece que a él aquel dopaje alcohólico lo ayudaba durante un rato. Y aquel año del aniversario, cuando Kubr y yo estábamos totalmente fundidos, Růžička ganó la etapa de Leipzig. Nos la lio buena. Los periódicos se ensañaron conmigo y con Kubr, dijeron que éramos unos mierdas. Y entonces llegó la etapa de Berlín.

Ya no podía más. Mis piernas no eran capaces de pedalear ni podía mover los brazos, me dolía terriblemente la espalda y el ánimo iba extinguiéndose. Cuando pensé que aún tenía por delante la mitad de la carrera, sentí un pavor espantoso.

Ya había comido otras veces huevos crudos durante una etapa. Los cascaba contra el manillar y los sorbía. Una vez me comí uno podrido, fue asqueroso. Y ahora me sentía como aquel día, cuando me comí aquel huevo maloliente, o quizá aún peor. O como aquella vez, llegando a Jelenia Góra, cuando iba a toda velocidad y atropellé un perro y dejé la bicicleta hecha un ocho. Me sentía como un boxeador noqueado que se tambalea por el ring sin saber qué va a pasar. Pero el boxeador lo tiene peor, porque el otro le sigue golpeando. O quizá mejor, porque su entrenador puede lanzar al ring la toalla blanca de la rendición si ve que su salud está en peligro. Yo tenía que hacerlo solo. Pero a mi lado corría Kubr. Y también un par de finlandeses y húngaros. Solo por Kubr me daba vergüenza bajarme de la bicicleta, porque antes lo había convencido para que siguiera y ahora era yo el que quería abandonar. Y además tenía miedo de que, en cuanto me viera, él también abandonara. Así que lo mandé para adelante. Fue la última indicación que di como capitán:

—¡Dale! ¡Rompe este grupo de pringados!

Me miró con tristeza, pero aceleró. Ya estaba lejos, así que pude bajarme. No me resultó nada fácil dejar de pedalear, aunque era mucho más difícil seguir pedaleando. Me bajé de la bicicleta y me metí como un ratón en uno de nuestros coches. No hablaron mucho conmigo. Para ellos era un traidor. Naturalmente Kubr se enteró enseguida de que yo no seguía.

«Ahora sí que la hemos jodido», dicen que dijo.

Y se bajó también de la bicicleta. Yo lo comprendí. Durante la carrera le había dado a entender que no solo él estaba fundido. Y cuando abandoné, no tuvo fuerzas para seguir adelante. Nos acusaron de que estábamos conchabados y de que habíamos abandonado como protesta. Hicieron de ello un escándalo. Habíamos abandonado la Carrera de la Paz y con ello habíamos traicionado a la Paz y también a la clase obrera.

Antes de nosotros, campeones del mundo y otros ases del ciclismo habían abandonado competiciones por etapas e incluso clásicas, pero en esas ocasiones nadie se había preocupado por ello. Decidieron enviarnos a casa directamente desde Berlín. Dejaron de llamarme Honzík o Honzíček y los sustituyeron por «camarada». Después pasaron a tratarme de usted:

—Recibirá instrucciones de lo que debe hacer mañana.

—Mañana a las cinco de la mañana se trasladará a otro hotel.

Me puse furioso. ¿Eramos acaso ovejas sarnosas de las que era necesario aislar a las demás? Nos negamos. Iríamos al otro hotel tras haber dormido y haber comido algo. Nos marchamos después del desayuno y vinieron a despedirse Schur y el inglés Brittain: ciclistas que sencillamente comprendían que a veces uno no puede más y tiene derecho a bajarse de la bicicleta. Lo único que les sorprendía era que nos fuéramos tan pronto. En el nuevo hotel deberíamos haber tenido arreglados los almuerzos y las cenas, pero no estaba arreglado nada. Nosotros ya nos lo imaginábamos, así que en el desayuno nos habíamos metido unos panecillos en los bolsillos.

Anduvimos de aquí para allá por aquella ciudad extraña e inacabable y, aunque por todas partes había muchísima gente, nos inundó una ridícula soledad. Simplemente habíamos dejado de existir. Ningún responsable que viniera a hablar con nosotros, ningún médico que viniera a reconocernos para ver cómo estaba nuestra salud física y mental. Solo dos billetes para un tren nocturno de vuelta a casa. En la frontera los aduaneros nos iluminaron con sus linternas.

—Así que sois vosotros —fue lo único que dijeron.

Aquella vez las noticias fueron más rápidas que el tren.

Llegamos a Praga al amanecer, como perros apaleados. En cierta ocasión, el jugador de hockey Franta Tikal dijo una frase que se hizo famosa: del aeropuerto y de la estación principal de Praga debería salir un túnel para los deportistas que no ganan nada en las competiciones en el extranjero. Después, la Federación Checoslovaca de Educación Física dictó una resolución. Solo porque había abandonado una competición. Me escribieron que debía devolver el diploma al mérito deportivo y me pusieron una sanción de dos años sin poder competir. A mis treinta y cuatro años aquello era el prometido final a mi carrera deportiva. Algunos periodistas que se habían portado bien conmigo vinieron a preguntarme por mis logros como ciclista. Les dije:

—Varias veces he hecho una buena actuación en el campeonato del mundo. En Copenhague fui octavo.

—He ganado una vez la Carrera de la Paz y en dos ocasiones he sido segundo.

—Siendo yo capitán, hemos ganado cuatro veces la clasificación por equipos de la Carrera de la Paz.

—En la Carrera de la Paz he ganado dieciséis etapas.

—He ganado ocho veces la competición checoslovaca más larga y más dura: Praga - Karlovy Vary - Praga.

—He sido veinticinco veces campeón nacional de pista y de carretera.

—Y he abandonado una vez la Carrera de la Paz.

Se rumoreó que, cuando recibí la carta en la que se me pedía que devolviera el diploma al mérito deportivo, metí en una caja de zapatos no solo esa medalla y ese diploma, sino todos los demás diplomas y medallas, y que después até la caja con una cuerda y la llevé a la recepción de la Federación Checoslovaca de Educación Física. Lo de la caja de zapatos y la cuerda es una exageración. La verdad es que metí todos, absolutamente todos los títulos en un sobre grande y lo llevé efectivamente a la recepción. Por las victorias nosotros recibíamos generalmente diplomas y copas. Las copas son bonitas, pero ya tenía todos los armarios llenos y no sabía dónde meterlas. Y lo curioso es que mucha gente pensaba que nos daban coches como premio por las victorias. Yo tenía una solicitud para un coche desde hacía tres años, pero al final acabé comprándome un Opel de segunda mano y lo monté durante el invierno en una colina junto a Praga. Gané muchos premios en especie, pero casi todo se lo comían la bicicleta, los recambios y una buena alimentación. En el equipo del ejército teníamos buenas condiciones, así que pude dedicarme a fondo al ciclismo, pero nunca recibí ni una corona por mis victorias. Eso no eran más que bulos. Además, por culpa del ciclismo no pude tener nunca un trabajo estable y construirme mi propio nido, como el que tenían muchos de aquellos que me condenaron y pusieron en la lista negra. Había gastado ya la mitad de mi vida y no era nadie ni sabía hacer nada.

Eso sí, me quedaban los recuerdos de las luchas en la carretera y en la pista, los recuerdos de los momentos en los que vas en solitario y tienes que arreglártelas tú solo, porque nadie puede ayudarte. O de los momentos en que un amigo te ayuda o tú lo ayudas a él. Esos sentimientos no te los puede arrebatar nadie. Sencillamente no es posible escribir una carta para que los devuelvas.

En cualquier caso, no todos eran iguales. También en la federación había gente razonable, pero en aquella ocasión no pudieron imponer su criterio, o bien tuvieron miedo de intentarlo. Los que se portaron bien fueron, sobre todo, la gente corriente, de la que ya he hablado. Para ellos seguí siendo Honzík. Aunque es cierto que algunos decían que había sido un idiota por no fichar por un equipo profesional francés aquella vez en que me hicieron una oferta fantástica.

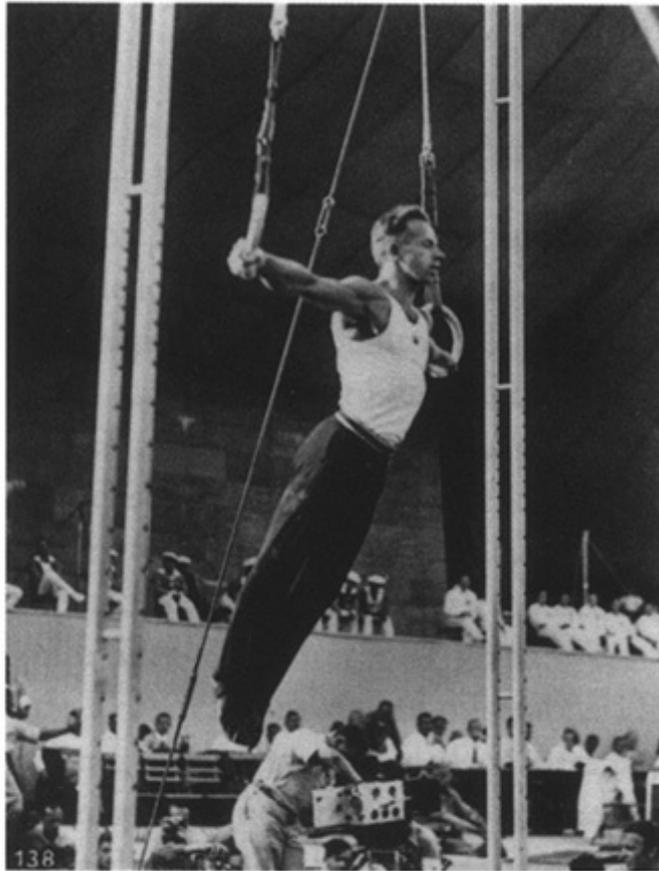
La verdad es que en aquel momento recordaba todas las oportunidades perdidas de mi vida, probablemente como hace cualquiera al final del camino. Si hubiera pensado solo en mí y no en las victorias por equipos, que en el mundo ciclístico no se valoran tanto, podría haber ganado la Carrera de la Paz

dos, tres veces. Si hubiera tenido más posibilidades en las duras competiciones del extranjero y no hubiera ido como turista, podría haber ganado otras carreras importantes y quizá incluso el campeonato del mundo.

Pero siempre hay alguien que entiende que uno puede cometer un error o equivocarse y que no hay que abofetearlo inmediatamente por ello.

Y después algo cambió. Nuestros ciclistas abandonaban por enfermedad o agotamiento no solo en las competiciones por etapas, sino también en las clásicas, porque se dieron cuenta de que no tenía sentido destruir su salud cuando ya no tenían fuerzas. A los ciclistas se les daba dinero por sus victorias para que lo gastaran en bicicletas, tubulares y una alimentación adecuada. Me devolvieron todos los títulos y me pidieron disculpas. Pero nadie puede devolverte lo que perdiste ni recompensarte por lo mal que lo pasaste. Y nadie puede tampoco devolverte los años que viviste atenazado, como si alguien te estuviera pisando el pie y además sujetándote del brazo. No, eso nadie puede repararlo. No basta con decir que fue un error.

## Setecientos gramos de oro



Chirrió el portón de la casa, salió de ella un hombre menudo y comenzó a subir hacia Vyšehrad. Las farolas de gas colgaban de las paredes de los edificios y arrojaban su luz hacia abajo. El rostro del hombre permanecía oculto en la penumbra y acabó por fundirse con la oscuridad del túnel que conducía a las murallas. Sabía el camino de memoria. Solía venir aquí durante la guerra, sobre todo desde que se negó a entrenar a los muchachos del Kuratorium. Le prohibieron la entrada al gimnasio. Mientras no lo metieran en la cárcel, al menos saldría a pasear al aire libre. A ventilar los pulmones y a contemplar Praga. Vivía a un paso de allí, en la calle Krokova. Su vida era miserable. Desde el comienzo de la guerra sufría vértigos, le daba vueltas la cabeza y el mundo era un carrusel. Se quedaba sentado en una silla de la cocina y el péndulo del reloj se deslizaba dos metros hacia la derecha y dos metros hacia la izquierda. Estaba reventado de trabajar con interminables columnas de números y de los quince años de esfuerzo en el gimnasio. Los alemanes terminaron de liquidarlo, querían vengarse de él por su victoria en Berlín. Durante los constantes registros de su casa le decían:

—En una de estas lo vamos a llevar con nosotros.

Las noches estaban repletas de pesadillas. Su mujer lo encontró una vez en la calle, tendido en el pavimento con la cabeza partida. Su cuerpo, acostumbrado al movimiento, sufría. Durante la guerra fue todos los días andando al trabajo, cruzando toda Praga. En aquellos años caminó miles de kilómetros. Solo tenía las caminatas, su Vyšehrad y un huerto en Hajnovka. Allí horadaba la tierra como un topo que tiene miedo de la luz y de la gente. Solo a veces surgían momentos luminosos. Una vez, desde detrás de la valla del huerto, oyó inesperadamente su nombre igual que solía oírlo en las competiciones.

—¡Hudec! ¡Hudec!

Junto al portón vio a un profesor con toda la clase, los chicos y las chicas coreaban su nombre. Después se marcharon y aquel anciano aún les contó algo, gesticulando con entusiasmo.

En busca de recuerdos similares salía hacia el cercano Vyšehrad, hacia aquella colina sobre el Moldava donde no había más cubierta que el cielo abierto y donde disponía de un espacio interminable para sus saltos y sus volteretas. Se encaramaba de un brinco a las nubes y entrenaba. Primero con cuatro hermanos en medio del patio de su finca del pueblo. La barra fija estaba hecha con unas vigas y un listón de madera. Solían ir con un carrito a actuar a los pueblos vecinos. El cochero, tocado con un espectacular sombrero de plumas, avanzaba por el cielo y hacía restañar el látigo. En el 31, siendo aún un muchacho, viajó a París. Cancán y un mar de coches, el brillo de las luces y mujeres hermosas. En el patio de la escuela militar de Joinville se iba a proclamar campeón del mundo al deportista que consiguiera en cada competición de aparatos y de atletismo al menos sesenta puntos. Fue pasando de aparato en aparato, trepó por la soga, saltó por encima del listón colocado a la altura de su estatura, en las anillas deslumbró por primera vez al mundo. Tras quince horas de competición fue el único en reunir los requisitos para ser campeón del mundo.

—¡Bgavo! ¡Idek! ¡Checoslovaquí!

En el camino de vuelta a casa lo esperaban Pilsen con su cerveza, Beroun con pasteles y Praga, que lo paseó en hombros por la plaza de Wenceslao.

En la ciudad las cosas eran diferentes. Vivían de la cartilla de racionamiento, su sueldo era pequeño, no le llegaba para comprar comida o ir a buscarla a los pueblos.

Solo una vez apareció un rayo de esperanza. Estaba sentado en el sillón del dentista:

—Mire, señor Hudec, en ese cajón hay preparadas para usted setenta y cinco mil coronas.

Alzó la vista sin comprender.

—Traiga su medalla olímpica. Con ella podremos hacerle dientes a la gente. Cuando acabe la guerra ya ganará otra.

Veían en aquella medalla solo el oro. Una vez se sintió tan desesperado que pesó la medalla en una balanza de cocina. Pesaba setecientos gramos. Después lo pensó mejor, no la vendería nunca, prefería morir. Era lo único que había conseguido. Había cosechado victorias por todo el mundo, pero solo había disfrutado de la primera clase mientras viajaba en el tren de honor y repiqueteaban las máquinas fotográficas. Aquello de «eres nuestro hermano» valía solo en las canciones y los discursos. Le ofrecieron una posición fabulosa. Conocía ese tipo de promesas hechas en caliente. Se las

hacían siempre que gracias a él se izaba la bandera en el asta. Después se olvidaban rápidamente.

El domingo competían en Viena y el lunes a las seis tenía que estar en Brno, en el torno. Más adelante, la gente de Praga consiguió traerlo a la capital y le dieron un puesto de funcionario subalterno. Todos los días trabajaba y entrenaba dieciséis horas. Y tenía que seguir compitiendo. A menudo tomaba calmantes incluso durante las competiciones. Con una hernia inguinal viajó hasta Yugoslavia en tercera clase. En Budapest ganó el título de campeón del mundo en anillas con un desgarró muscular.

No se desprendería de la medalla de oro de Berlín. En los edificios y en los estadios ondeaban ya las esvásticas cuando luchó por ella.

En Berlín no debía ganar ningún checo.

Así que los jueces le dieron en las barras paralelas una puntuación injusta que lo relegó al cuarto puesto. En la barra fija ignoraron el inédito salto mortal con el que acabó el ejercicio.

Pasó a las anillas. Miró a los ojos a los veinte mil espectadores como si solicitara su imparcialidad durante unos segundos.

Subió de un salto y su cuerpo menudo se quedó inmóvil. Comenzó a moverse lentamente y pasó a la posición del cristo. En lugar de un cristo, como era lo esperado, realizó cinco, uno de ellos cabeza abajo. No lo mantuvo durante los tres segundos establecidos sino durante una eternidad. Una parte del público no pudo aguantar la emoción y comenzó a aplaudir, los aplausos fueron aumentando a medida que avanzaba el ejercicio, se produjo una comunión entre él y los espectadores, dio todo lo que podía dar. Terminó con un salto mortal hacia atrás que consiguió clavar.

Vinieron a reverenciarlo científicos, artistas, políticos, los mayores maestros de la gimnasia. Aquellos jueces parciales le dieron una puntuación que nadie antes había conseguido en unos juegos olímpicos. Obligó a aquellos uniformes marrones y negros y al hombre del bigotillo a honrar un himno que hablaba del hogar de los checos y del resplandor de los relámpagos sobre los Tatras.

Los periodistas escribieron: «Nunca volveremos a ver una actuación como la que realizó Hudec en Berlín. Este milagro solo puede suceder cuando está en juego el honor de la nación, cuando uno está envuelto en una lucha de la que solo puede salvarlo un esfuerzo sobrehumano».

Sobrevivió a la guerra de las esvásticas.

Por debajo de Vyšehrad corría el río, ya no había disparos por ninguna parte. Ya no volvería por aquí, no tendría tiempo. Empezaría de nuevo en el

gimnasio.

Precisamente hoy iba a entrenar por primera vez.

Entraría en el gimnasio, en un gimnasio real donde chirría la barra fija y se balancean las anillas.

Bajó por el camino hacia el río.

Las ventanas del pabellón deportivo de Vyšehrad estaban iluminadas, ya no era necesario correr las cortinas. Entró como en sueños, se desvistió lentamente, disfrutó del contacto con la camiseta y los leotardos.

En la sala la gente estaba esperándolo. Desde la repleta tribuna le hacía señas su hija, que jamás lo había visto entrenar. Introdujo las palmas de la mano en el polvo blanco de magnesio y las pasó despacio por la fría superficie de la barra fija.

Se estiró hacia arriba trabajosamente. Superaba despacio los momentos difíciles, pero entrenaba con la misma ansia con la que bebe el sediento.

—¡Señor Hudec, enséñenos su salto mortal! —le pidieron los niños.

Todavía no tenía la capacidad para medir y calcular el espacio, quizá por eso en un primer momento dudó.

Pero al final tomó impulso, realizó varios giros y varios vuelos hacia delante. En medio de aquel pasatiempo se preparaba para el difícil final. ¿Cómo decían los periodistas y los locutores de radio? Hudec vuela alto por encima de la barra y desciende en *looping*.

En esto, ya se había soltado y volaba por el aire. Sin embargo, sus músculos tenían demasiada energía acumulada. Pasó volando por encima de las colchonetas, se salió de la pista de aterrizaje como un avión cuyo piloto no controla la maniobra. El suelo duro, la sensación de sorpresa, el dolor en las piernas.

Se lo llevaron con las dos piernas fracturadas.

En cuanto los huesos se soldaron, aprendió a caminar. Llegó el día en el que por primera vez pudo ir al trabajo en tranvía. Pero volvía a casa pasito a pasito. Llegaba empapado de sudor. Su mujer le acariciaba el pelo mojado que, de pronto, se le había llenado de canas.

Después vinieron a pedirle que entrenara para una exhibición. Los rusos querían verlo, habían oído hablar mucho de él. Lo llevaron al gimnasio de Vinohrady y lo subieron a las anillas.

Un año más tarde ganó en Nueva York una competición contra Estados Unidos. Volvió a repetir su éxito en Dinamarca.

Y de repente, el final. Era demasiado viejo. Además, ya no lo necesitaban. Un sastre rápido le cosió al abrigo el escudo de «atleta veterano». Alguna

gente lo evitaba. Solo le quedaban los recuerdos y aquella medalla olímpica.

Comienza la primera Spartakiada de después de la guerra y salen al estadio los mejores deportistas de este país. Los espectadores aplauden, el clamor aumenta y la iluminación del estadio se hace más intensa.

—Alois Hudec, campeón absoluto del mundo en gimnasia de aparatos y campeón olímpico de Berlín —anuncia el altavoz.

La luz de los reflectores se dirige a él. Tiene el cabello plateado y está un poco encorvado.

—¡Viva Hudec! —grita de nuevo la gente.

Se yergue. Aprieta en su mano la medalla al mérito deportivo. Cuando llegue a casa, la colocará junto a la medalla olímpica. Esta nueva medalla no es de oro, pero para él tiene el valor del oro. Le recordará hasta sus últimos días que la gente no lo ha olvidado.

## Cómo corrió aquella vez Zátopek



Siempre había tenido un deseo: escribir sobre Zátpek. Ahora ha llegado por fin el momento, pero tengo miedo como un corredor que sale a la pista: sobre Zátpek se ha escrito mucho y bien. Todos sus récords han caído ya. ¿Pertenece también el propio Zátpek al pasado? Empecé a trabajar en ello hace tiempo, en Vel'ká Fatra. Emil y su mujer Dana celebraban su duodécimo aniversario de boda. Bebimos vino de Moravia, Emil se puso un poco chispa y, por primera y última vez, le oí vanagloriarse de sus éxitos. Nos contó una carrera de la que yo no había leído nada en ninguna parte. Su rival era un perro. En la época de sus grandes actuaciones entrenaba en la meseta checomorava y en cierta ocasión se llevó consigo un pastor alemán. El perro meneó el rabo. ¡Cuándo había querido alguien ir a correr con él! Salieron. El pastor alemán ladraba contento, corría en círculos alrededor de aquel hombrecillo, lo incitaba a ir más deprisa; conocía perfectamente, como todos los perros, su superioridad sobre el ser humano en la carrera. Pero no tenía ni idea de que estaba corriendo con Zátpek. En el décimo kilómetro los ritmos de uno y otro se igualaron. Después el perro comenzó a rezagarse y a sacar la lengua, y al final Emil acabó azuzándolo por delante de él alrededor de un gran estanque. Por la noche la señora de la casa estaba sorprendida.

—¿Qué demonios le pasa a este perro? No quiere ni comer ni beber.

Al día siguiente Emil Zátpek salió otra vez a correr. En cuanto lo sintió con el olfato, el pastor alemán pegó un aullido y se metió a toda prisa en su caseta.

En otra ocasión, un sábado por la mañana, hablamos de la carrera de los cinco mil metros de Helsinki, de cómo abandonó el belga Reiff. ¿Cuándo llega realmente el momento de abandonar? Después fuimos corriendo desde Dejvice hasta Troja, donde los Zátpek estaban construyéndose una casita. Hacía un calor horrible. Corrimos con toda la ropa puesta. Emil incluso llevaba un maletín bajo el brazo. Me dejó que lo adelantara, como si él no pudiera correr más rápido. Quería hacerme creer que yo era capaz de aguantar su ritmo. En realidad él iba a medio gas. En Stromovka atravesamos las vías y

nos metimos entre la maleza. Al parecer iba corriendo todos los días desde el trabajo hasta la obra: realizaba el recorrido en doce minutos.

Acarreamos arena, hicimos la masa y Emil además se puso a colocar ladrillos. Trabajaba a un ritmo increíble. En realidad, mientras trabajaba seguía corriendo, ora por el cemento, ora por el agua. Hace muchos años que soy reportero y nunca había visto a nadie trabajar así. Estaba absolutamente concentrado y ya no hablaba tanto. A las dos horas los ojos me hacían chiribitas: él no bajaba su ritmo. A las tres horas, empapado de sudor, se desnudó completamente, se echó por encima dos cubos de agua y continuó. Yo tuve que sentarme, no podía más. Aún no eran las seis. Ya estaba harto de aquello y además sentí algo que jamás había sentido: junto a la admiración, la envidia. Al final me escapé de allí. Me largué a Stromovka. Me sentía como aquel pastor alemán: no quería ni comer ni beber.

Antes de los juegos olímpicos de Helsinki un grupo de atletas checoslovacos comenzó su preparación en Kiev. La Unión Soviética iba a participar por primera vez en una olimpiada. Los especialistas soviéticos pusieron todos sus medios científicos y técnicos al servicio de la preparación de los deportistas. Crearon un aparato para medir el impulso de las pisadas. Este era un tema importante también para los corredores, cuyo movimiento de piernas se compone precisamente del impulso de la pisada y de su frecuencia, es decir, del número de zancadas en un determinado espacio de tiempo. El resultado, que hasta hoy sigue sin publicarse, fue absolutamente desconcertante. De entre doscientos atletas el peor impulso de pisada lo tenía el plusmarquista mundial Emil Zátopek. Los organizadores estaban desolados. Zátopek se mostró triste, no quería decepcionarlos. Pero quizá era el único allí que desde hacía tiempo sabía que tenía menos condiciones naturales para correr que muchísima gente. Se repitió la medición. Quiso contentar a los organizadores e intentó realizar el mayor impulso posible, pero el aparato reflejó el mismo resultado. Dos meses más tarde ganó en Helsinki tres medallas olímpicas. La decimoquinta olimpiada, en la que participaron 5870 deportistas de 69 países, pasó a la historia como la olimpiada de Emil Zátopek.

¿Cómo fue que consiguió ganar precisamente él?

Intentemos encontrar una respuesta.

En las olimpiadas de Berlín de 1936 la medalla de plata de los mil quinientos metros la ganó el norteamericano Cunningham: había sido un

inválido. En Melbourne el vencedor del lanzamiento de martillo fue el también norteamericano Connolly: de niño había sufrido poliomielitis y tenía un brazo más corto que el otro. En Roma la medalla de oro de los cinco mil metros fue para el neozelandés Hallberg: había sufrido una lesión en el tórax y desde entonces solo podía mover completamente un brazo. La vida los había vulnerado, pero ellos buscaron su oportunidad y la encontraron. Querían, al menos, lo mismo que los demás y por eso tuvieron que esforzarse dos veces, diez veces más.

¿Cuál era la historia de Emil Zátopek?

Fue uno de los ocho hijos de un carpintero de Moravia. Ni el mayor, del que los padres siempre están orgullosos, ni el más pequeño, al que siempre se mima. Tenía voz de pito, sus amigos se reían de él, decían que no era un hombre. Una vez le preguntaron en la tienda:

—¿Qué desea la niña?

Volvió a casa compungido.

—¿Por qué dice la gente que soy una niña? —le preguntó a su madre.

Su madre, una mujer sencilla de campo, no lo consoló.

—Eres un canijo.

Un enclenque, un blandengue. No se peleaba, no tiraba piedras, no le pegaba a nadie, aparte de a su hermano pequeño. Y a este solo le daba un guantazo cuando su madre estaba suficientemente lejos para no oír los gritos. No destacaba en el fútbol, pero quería jugar. Era demasiado flojo, corría entre los otros jugadores de aquí para allá, sin ninguna utilidad.

Pero era listo. Tenía una memoria fantástica, era buen estudiante. El primero en valorarlo fue su padre. Una vez la profesora les puso como tarea que se aprendieran para el día siguiente tres estrofas del poema *El rey Lávra*. Él se aprendió de memoria el poema entero. Al día siguiente lo recitó delante de toda la clase. Todavía no tenía experiencia y tras su triunfo miró orgullosamente a su alrededor. La profesora estaba extasiada, pero con aquello no se ganó la admiración de sus compañeros. Solo en una ocasión tuvo la posibilidad de disfrutar de una alegría juvenil: en una carrera. En Kopřivnice los muchachos le echaron el ojo a una pista de aproximadamente un kilómetro de largo. Emilek fue el que más aguantó: parece que tenía buenas piernas y buenos pulmones. Corría a pasitos cortos y sonreía alegre. Al final consiguió la admiración y el reconocimiento por algo en que los otros eran siempre mejores. Uno de sus hermanos mayores incluso le ofreció su

pañuelo para que se seicara el sudor. Aquello fue un hermoso regalo. Solo que la felicidad duró poco: de chaval no volvió a disfrutar de algo así. En el pueblo se jugaba solo al fútbol.

Pero tenía otra cualidad. Y precisamente esa cualidad era la que quizá lo predestinara a encontrar un nuevo método de entrenamiento, a traspasar la frontera de las posibilidades humanas y a acabar con el excepcional dominio de los corredores nórdicos. Lo hacía todo al contrario que los demás. No mataba la mosca que se le había posado en la mano; dejaba que le chupara la sangre. Observaba a la gente inteligente y astuta, y se preguntaba si cuando pensaban que estaban haciendo las cosas bien, en realidad no las estaban haciendo mal. Así, en el mercado se fijó en un comerciante tacaño que espantaba constantemente a los muchachos para que no le robaran nada. Parecía que a aquel tipo no lo podía engañar nadie. Un día atrajo su atención con una piedra lanzada en dirección contraria y le robó delante de sus narices un pote de madera. Su madre quería saber de dónde lo había sacado.

—Lo he robado —dijo—. Un tipo lo estaba vigilando como si fuera un tesoro y pensaba que nadie se lo podría birlar.

La madre se escandalizó: su hijo robaba. A él le disgustó su reacción. Ya no volvió a hacerlo. Pero la facultad de inventar, de meter la nariz en todo y actuar de manera diferente a los demás la conservaría siempre.

Ingresó en la Escuela Laboral Ba'á de Zlín, recomendada para los jóvenes.

La historia se repetía. La Escuela Laboral Ba'á no era otra cosa que el ambiente de tiempos pasados en una versión más dura. Para que los valientes se hicieran más valientes. Para que los fuertes se hicieran más fuertes. En el internado en el que dormía estaba escrito este lema: «Los cobardes no han luchado con nosotros y los débiles se han quedado por el camino». O este otro: «Dejad a las águilas jóvenes volar hacia el sol».

¿Acaso era él un águila? Si en casa a veces había podido jugar al fútbol, aquí no tenía oportunidad, porque se jugaba sin miramientos, y si a uno le pegaban una patada, ni esperaban a que pudiera salir cojeando del campo. Como no sabía protestar, lo pusieron en uno de los peores trabajos, en la fábrica de goma. En cada turno colocaba en la horma dos mil quinientas zapatillas de deporte, la línea de producción no podía pararse. Por el día trabajaba hasta diez horas en la fábrica y por la noche estudiaba tres horas en la escuela de formación profesional. No estaba entusiasmado con su nuevo

entorno, se sentía conmovido. En la cama se acordaba, con lágrimas en los ojos, de su casa, de la que había querido irse porque pensaba que en otro lugar estaría mejor. Pero se amoldó a la situación y seguiría amoldándose durante los ocho años que estuvo en Baťa. Trabajaría en talleres donde se realizaban experimentos, talleres conocidos entre los trabajadores como las islas del diablo. Trabajaría con sosa cáustica en un lugar insalubre, manipularía mercurio, que siempre puede derramarse y destruir. Molería silicatos, fabricaría jabón, evitaría las encerronas. Era astuto y después de aquellos ocho años lo sería aún más. Era listo y sería aún más listo. Aprendería a trabajar bien y con tenacidad. Aquello le bastaría sin duda para llegar a ser un obrero eficaz, un oficial o un técnico de laboratorio, de los que van con bata blanca. En aquella época ser técnico de laboratorio era su gran sueño.

En Zlín se organizaba tradicionalmente una carrera por la ciudad. Para los jóvenes «hombres de Baťa» era obligatoria. Pero Zátpek, que tenía entonces diecinueve años, no quería correr. ¿Tenía que trabajar, estudiar y además matarse a correr? Hacía tiempo que había olvidado su triunfo en aquella carrera de niños. Fue al médico y le pidió un justificante para librarse de la competición.

—No tienes nada —le dijo el médico mirándole por encima del hombro—. Puedes correr tranquilamente.

A la hora de la carrera se escondió con un libro de química en la sala de estudio. Lo encontraron y lo obligaron a tomar la salida.

Estaba allí de pie, entre los demás, y le comía la rabia. Su modo de pensar era diferente del de la mayoría de los muchachos, que como revancha corrían despacio. Él hizo lo contrario: corrió a toda velocidad. Algunos compañeros doblaban la esquina y allí los esperaban sus amigos con el abrigo. Al final por delante quedó solo un pequeño grupo y, más tarde, solo Zátpek y Krupička, que era un atleta entrenado. La gente los aplaudía. Algo le relampagueó en la cabeza: «¡El aplauso es también para mí!». Por primera vez en la vida alguien lo aplaudía. Le gustó la sensación. De repente quiso ganar. No ganó, pero ya no olvidaría.

Había encontrado su oportunidad y se agarró a ella con todas sus fuerzas.

Los siguientes tres años perdería la mayoría de las competiciones. Pero no soltó la oportunidad de su vida. El atleta y abogado de Zlín «Ali» Haluza le dio los primeros consejos y le mostró que el astro Šale incluía en su entrenamiento los doscientos metros.

—¿Ves? Eso es lo que hace fuerte a Šale.

Nunca se olvidaría de lo de los doscientos metros. Sin embargo, en aquel momento Haluza y Šale eran para él ejemplos inalcanzables. Los tomaba como modelo para sus entrenamientos. Quería asimilar sus principios, pero no sus errores. En adelante le parecería estúpido seguir repitiendo viejos errores y pronto consideraría completamente erróneo el entrenamiento habitual de los corredores de fondo.

Hasta entonces en Ba'a le habían encomendado trabajos agotadores. Ahora pediría él voluntariamente otros aún más duros. Se había multiplicado su enorme deseo de ser al menos tan bueno como los demás. No pensaba en victorias olímpicas ni en récords mundiales como tantos otros principiantes (si no los consiguen rápidamente, abandonan la carrera deportiva). Solo mucho después comenzaría a soñar con grandes victorias. Su objetivo era subir un escalón más. En cuanto comenzó, intentó siempre dar un paso adelante. Volvió del revés las supuestas verdades de la vida para encontrar sus propias verdades:

—Permanecer en un estado dado no es difícil. Lo difícil son los cambios y para un corredor esto se ve en cada paso hacia un entrenamiento más duro.

—El dolor es misericorde. Cuando dura mucho tiempo sin interrupción y es muy intenso, acaba por no sentirse.

—En el deporte y en la victoria se alcanza la felicidad.

Además, por fin podría hacer lo que más deseaba. Salir de la normalidad. Idear cómo hacer las cosas de una manera diferente. Utilizar la palabra *si*. ¿Qué pasaría si uniera el fondo con la velocidad? ¿Y si alternara tramos rápidos y tramos lentos? ¿Y si entrenara diez, veinte veces más que los demás? A cualquiera se le podían haber ocurrido ideas parecidas, pero los expertos habrían dicho lo que generalmente se decía a los innovadores absolutos: ¿Te has vuelto loco? Solo quedaba una salida: demostrarlo con los hechos. Así lo hizo y triunfó. Eso no se lo podía quitar nadie, aun cuando sus récords comenzaran después a caer. Como no tenía gran talento, al principio tuvo que superar las dificultades del entrenamiento con un enorme esfuerzo, que acababa desencajándole la cara y la boca. A miles de personas esta mueca les repugnaba y al mismo tiempo les atraía. El que mejor la definió fue el escritor francés Magnan: «Un hombre que corre como nosotros. Un hombre que visiblemente paga un gran precio por el triunfo».

Ganó sus primeras carreras. El dique se había resquebrajado y ya nadie podría parar el aluvi3n, a pesar de que muchos lo intentar3n. Había nacido un

corredor. Emprendía el camino con la alegría de un muchacho que embarca en un transatlántico e ignora las tormentas que le aguardan.

Después de la guerra Emil Zátopek abandonó Zlín. Le atraía el nuevo ejército, en el que se empezaba a practicar el deporte. Sus amigos lo intentaron disuadir, diciéndole que si se alistaba no podría competir más. No los escuchó e ingresó como cadete en la academia militar de Hranice. Aquello era un reventadero. Tenía poco tiempo libre, pero al menos hacía ejercicio físico, había posibilidades de poner el cuerpo en movimiento. Podía hacer algún deporte complementario: la pista americana, el avance reptando. Y además estaban los desplazamientos a paso ligero. Mientras otros se quejaban de que no tenían tiempo libre, él hacía deporte. En uno de sus libros el profesor de estética Emil Utitz cuenta cómo el célebre escritor Egon Erwin Kisch se asombraba de que le pagaran por las conferencias que impartía, pues para él aquello era más una diversión que un trabajo. Al que se siente feliz haciendo algo, todo le parece más fácil.

Cada vida humana tiene sus sueños y sus objetivos. En su pupitre de cadete militar, Emil Zátopek soñaba con poder correr todos los días. Solo podía entrenar por la noche. Aprovechaba el más mínimo momento, a menudo lo robaba a las horas de estudio. Cada noche corría quince vueltas en la pista. Solo que en las inmediaciones de la pista siempre estaba de guardia un soldado diferente que gritaba en la oscuridad:

—¡Alto!

E inmediatamente después:

—¡Alto o disparo!

No siempre estaba contento, a veces se sentía desconsolado. Una vez no se pudo controlar y le gritó al centinela:

—¡Pues dispara!

Y siguió corriendo. El centinela no disparó. Al día siguiente se armó una buena. A partir de entonces entrenó en las caballerizas, hundiendo los pies en el serrín. Se puso a experimentar, empezó a ponerse unas botas altas de militar. Pensaba que después, en las competiciones, correría más ligero sin aquellos zapatonos. Pero pronto lo echaron también de las caballerizas, porque estropeaba los caminos para los caballos. En esas condiciones estuvo entrenando nada menos que siete años.

Aquellas dificultades habrían hecho desistir a cualquiera. Pero la vida le había dado ya demasiados golpes, así que no se dio por vencido.

Tras graduarse en la academia, fue destinado a Milovice como jefe de destacamento. En su nueva posición tenía mucho trabajo y a veces entrenaba a media noche; pintó las esquinas de la cancha con cal para no darse un golpe en la oscuridad. No tenía entrenador y tampoco lo tendría nunca. Se preparaba él mismo. A veces no tenía tiempo ni de ir a cenar y se echaba unas sopas de pan en una cerveza. No había ducha, así que en invierno, después del entrenamiento, se arrojaba por encima agua fría en un baño adornado por carámbanos. Lo que habría destrozado a otros, a él lo hacía más fuerte. En aquella época estaba convencido de que las condiciones duras conducen a resultados excelentes. Cuando entrenaba durante el día, se metía en áreas militares reservadas, donde nadie podía reírse de él o gritarle. En el bosque se sentía bien. El único sonido era el canto de los pájaros y el zumbido de los insectos. Los trozos soleados, cubiertos de musgo y brezo, eran una invitación directa a correr. Corría un tramo deprisa, de nuevo despacio, otra vez deprisa, de nuevo despacio... A veces se quitaba la ropa y corría desnudo. Sentía una felicidad indecible. El mundo aún no sabía de él y todavía no le pedían miles de autógrafos ni cientos de charlas.

A veces viajaba para competir. Llegaron las primeras victorias y las primeras derrotas amargas. En Oslo, en el campeonato de Europa, quedó el quinto en los cinco mil metros. En distancias más cortas, en competiciones internacionales, se vio superado por Reiff y por el holandés Slykhuis. Al día siguiente de cada derrota, se ponía a correr con redoblado ahínco. Empezó a superar los récords nacionales de Checoslovaquia. Había dejado muy atrás a Šale y a Haluza.

Los finlandeses lo invitaron a una competición con Viljo Heino. En las olimpiadas celebradas hasta entonces los deportistas finlandeses habían conseguido más de cien medallas de oro. Viajó por primera vez a Finlandia, lleno de deseos de ver y conocer. Se comportó como un turista, quería visitarlo todo: los monumentos, las saunas, las tiendas. Durante aquellas noches blancas casi no durmió ni se concentró en lo que lo había traído allí.

Por fin estaba en la línea de salida junto al plusmarquista mundial Heino. Correría después muchas otras carreras contra importantes rivales y contra importantes récords, pero aquella fue la carrera más dura de su vida. El estadio, a rebosar, dio la bienvenida a Heino, que nunca había sido derrotado en Helsinki y que había tomado el relevo de otros famosos corredores nórdicos: Kolehmainen, Nurmi, Ritola, Hägg. Aún no se había dado la salida y el público ya coreaba: «¡Suomi! ¡Finlandia!». De repente se dio cuenta de que contra él no corría solamente Heino, sino todo aquel país de deportistas,

todo el norte de Europa, que no quería aceptar el final de su célebre superioridad en las carreras de fondo. Había también muchos suecos y muchos periodistas de Suecia.

Se estremeció al advertir que no tenía ninguna táctica, que no estaba preparado psicológicamente y que se encontraba cansado a causa de tantas impresiones nuevas. ¿Qué iba a hacer ahora? Y sobre todo, ¿qué iba a hacer en los próximos minutos? Ya había destrozado a muchos grandes corredores con su enorme ritmo en la pista. Lo intentaría también con Heino, de acuerdo al más sencillo principio: el que se escapa, gana. Salió como una bala nada más escuchar el pistoletazo de salida. Iba todo el rato el primero, pero no estaba solo. A su espalda sentía el aliento de su rival y creía oír sus zancadas. Había pasado muy poco tiempo, pero le había parecido una eternidad. Quería sacudirse de encima al finlandés de la misma manera que quería sacudirse el cansancio que se le empezaba a acumular en los músculos. Aceleró, inclinó hacia abajo la cabeza de un modo poco habitual, lanzó un bufido y corrió un tramo con la cabeza inclinada, como un caballo de tiro. Después pegó un tirón, solo que no pasó nada. Al contrario, el griterío del estadio aumentó hasta convertirse en un huracán: Heino lo adelantó y comenzó a imponer un ritmo aún más infernal. En los minutos siguientes ocurrió algo tremendamente inusual en las carreras de fondo. Se adelantaron continuamente uno a otro en tramos de unos doscientos metros. Los dos querían ir a la cabeza y destrozarse los nervios y la fuerza física del otro. Pero en realidad se estaban comportando como colegiales, porque quedaban todavía dos kilómetros para llegar a la meta.

En el mundo del atletismo se dice que lo peor son las competiciones de cuatrocientos y de ochocientos metros, en otras palabras, los cuartos y las mitades. En ellas el atleta debe correr todo el rato al máximo. Lo que Zátopek y Heino están corriendo en este momento es una continua carrera de cuatrocientos metros sin final. La gente empieza a darse cuenta de que está asistiendo a algo excepcional. Heino ataca la recta de meta de la penúltima vuelta, Zátopek debería ir por delante pero no puede. Heino alarga su zancada. Ya no queda casi nada: los últimos doscientos metros. El finlandés va primero, la gente se vuelve loca: «¡Suomi! ¡Suomi!». Zátopek está al límite absoluto de sus fuerzas, así que no puede decirse aquello de que «corrió con sus últimas fuerzas». Lo que Emil moviliza en ese momento es algo desconocido, algo que tenía guardado para el instante más difícil, una reserva física y anímica que uno solo encuentra cuando está en juego su vida. El público se calla de repente, como si alguien hubiera arrojado un enorme cubo

de agua fría encima del estadio. Zancada a zancada Zátopek acorta distancias hasta igualar a Heino. Ya corren uno al lado del otro. Emil lo supera un par de centímetros y en la meta consigue sacarle un pecho.

Tras la línea de llegada se fundieron en un abrazo: en realidad se estaban sosteniendo uno a otro, porque no les aguantaban las piernas. Había sido una lucha insólita. Desde aquel momento los nórdicos adoraron a Zátopek, como si fuera suyo en lugar de nuestro. Los dos atletas siguieron extenuados mucho tiempo después de la carrera. Emil Zátopek se escapó del cóctel para ir al mar. Seguía sintiéndose fatal. Se acercó a la orilla y vomitó.

Un año después de la carrera de Helsinki consiguió en Londres, en la prueba de los diez mil metros, la primera medalla de oro para el atletismo checoslovaco. Heino, reventado por el ritmo impuesto por Zátopek, tuvo que abandonar. A aquel enclenque de otros tiempos lo aplaudían ahora miles y miles de personas: médicos, obreros, pilotos, artistas, científicos, ministros, millonarios y los mejores deportistas del mundo. Al subir al podio olímpico pensó precisamente en ello. La fama y la admiración ya no eran un pañuelo amablemente prestado por el hermano. Ahora tenía el reconocimiento del mundo entero. Y había aprendido: tras la victoria no miró orgullosamente a su alrededor, como aquella vez cuando recitó *El rey Lávra*. Permaneció erguido y recibió la ovación con modestia.

En la prueba de los cinco mil de las mismas olimpiadas dejó escaparse demasiado a Reiff y perdió la medalla de oro. Aquella victoria le valió a Reiff la Orden de Leopoldo y a Zátopek una lección, pagada muy cara: mientras el rival no haya llegado a la meta, la carrera no está perdida.

Después de los Juegos de Londres batió muchos récords: dieciocho récords mundiales y sesenta y uno checoslovacos. Tenía también lo que los ingleses llaman *big competition spirit*: espíritu para las grandes competiciones. Sabía luchar en la pista hasta el último metro. En decenas de carreras había sido capaz de correr a tope aun después de haber dejado muy atrás a sus competidores. Adelantaba a todos y a continuación corría él solo contra el cronómetro y se preparaba para el momento en que sus rivales no se lo pusieran tan fácil. Junto con otros deportistas traspasó la supuestamente infranqueable frontera de las posibilidades humanas. Se convirtió en el corredor número uno del mundo. La gente del deporte lo llamaba «la locomotora checa».

Pero todo en la vida tiene dos caras. Con los éxitos llega la envidia de los mediocres, que son incapaces de hacer nada extraordinario. Le pronosticaron que su manera de competir dejaría secuelas en su salud. En realidad se consolaban pensando que su propia vida gris era fantástica. Una jugadora de baloncesto llegó a decir en la celebración del Primero de Mayo que no participaría en el desfile con aquel negociante. Zátpek era también un hombre sin entrenador. Nuestros preparadores no estaban de acuerdo con su estilo y con sus métodos de entrenamiento. Solo el abogado Haluza lo lanzó como un cometa en la dirección adecuada. A partir de ahí tuvo que volar y brillar por sí mismo. Su modo de correr, su modo de vivir, todo lo que hacía estaba sujeto a crítica. Lo llamaban profesional. ¿Pero acaso era él un corredor profesional?

La medalla de Londres la consiguió tras la preparación que realizó, en gran parte, en la academia militar y en el destacamento. Después de Londres lo enviaron a una oficina del ministerio. Tuvo que entregarse al papeleo y despachar los asuntos por orden de llegada. Entrenaba por la noche. A esas horas el gran estadio de las Spartakiadas estaba ya cerrado. El campeón olímpico y plusmarquista mundial tenía que saltar la valla. Su esposa Dana lo intentó convencer para que dijera en el trabajo que no tenía tiempo para entrenar. No lo hizo. Cuando perdió un par de carreras, lo llamó el jefe del Club Deportivo del Ejército. Lo trasladaron allí para que tuviera tiempo para entrenar. No puede decirse que en ninguna etapa de su vida se dedicara exclusivamente a correr. Durante un tiempo fue comandante de una compañía de atletas, filmaron con él un documental, posó para escultores, atendió a cientos de periodistas de todo el mundo, tuvo que firmar miles de autógrafos, fue miembro del Comité de Defensores de la Paz y en una semana llegaba a dar hasta veinticinco charlas, más que un conferenciante profesional. Era un conversador estupendo y entretuvo a miles de personas con sus charlas. Aquel Primero de Mayo sintió ganas de decirle a la baloncestista: «¡Chica, yo estoy peor que tú!». Estudió idiomas, habló con el presidente de la RDA, con el de Finlandia y con el nuestro, con deportistas excepcionales como Nurmi, Owens o Hägg, con el científico Joliot-Curie. Tras su victoria en una carrera invernal de campo a través en Bélgica, en la que, entre otras cosas, rechazó el equipamiento de invierno y prefirió meterse unos periódicos viejos debajo de la camiseta, Jean Noel, funcionario del Royal Racing Club de Bruselas le dijo:

—Me gusta mucho cómo es usted. Sería muy hermoso que siguiera siendo siempre así.

En los cuatro años posteriores a los juegos olímpicos de Londres batió una serie de récords mundiales y ganó decenas de competiciones. Pero esperaba con impaciencia las siguientes olimpiadas, soñaba con ellas. Y al final llegaron. Los decimoquintos juegos olímpicos los organizaba Finlandia, un país en el que había corrido muchas veces y en el que siempre se sentía feliz. Pero no todo fue tan fácil como podía parecer en la retransmisión radiofónica y aun en el propio estadio olímpico. Lo instaron a que prometiera varias medallas de oro. Aquello iba contra sus principios, pero al final aceptó: se comprometía a conseguir una medalla de oro. Inmediatamente le reprocharon que iba a renunciar a la victoria en los cinco mil metros, como había hecho en Londres. No le quedó más remedio que prometer dos medallas de oro. Por mayor seguridad se inscribió en tres competiciones. Pero aquel año olímpico enfermó gravemente de anginas. En el campeonato internacional de Kiev — treinta y nueve días antes de su participación en las olimpiadas— corrió a tope y, sin embargo, en los cinco mil metros quedó tercero, tras los atletas soviéticos Kazantsev y Popov. Además, la mejor marca de los cinco mil la había alcanzado aquel año el alemán Schade. No le quedaba otra que confiar en un entrenamiento colosal y en su fe en el triunfo.

En aquella época corría también en el Club Deportivo del Ejército Stanislav Jungwirth, que después llegaría a ser plusmarquista mundial de los mil quinientos metros. Había con respecto a él ciertas reservas. Pero Emil prometió que lo tomaría bajo su tutela, le prestó libros y le explicó muchas cosas. Vio que era un muchacho formal y que podía responder por él.

—¡Si no va a las olimpiadas, yo tampoco voy!

Al parecer nadie tomó en serio la amenaza. Zátpek debía viajar a Helsinki en el primer avión. Eso hubiera significado volar sin Jungwirth. Se negó. Empezó un pequeño drama.

—¡Coge el avión, no seas idiota! —le decía todo el mundo.

El propio Jungwirth ya se había resignado. Estaba sentado cabizbajo.

—¡Vete sin mí, no merece la pena!

Zátpek se fue a entrenar a Strahov. Antes de irse, le dijo a Jungwirth:

—Te quedas aquí para que no puedan decir que no te han podido encontrar. Si no viajas, entregas mis cosas con las tuyas.

El drama alcanzó su punto culminante. La participación del que sería el mejor deportista de los juegos estaba en peligro. El primer avión despegó sin él. Pero en el segundo iban sentados juntos Zátpek y Jungwirth. Bajo ellos apareció Finlandia.

El 20 de julio de 1952 Zátopek ganó en Helsinki los diez mil metros. Los ganó sobre todo psicológicamente. A excepción de un atleta, nadie tenía confianza en derrotarlo. En virtud de su condición de plusmarquista mundial, en la salida lo colocaron en la primera fila, como si le dijeran «haga el favor de ganar». El único peligro era el atleta argelino Mimoun, que competía por Francia. Corrió en esta competición —y en las que vendrían después— como si fuera la sombra de Zátopek. No lo relevaba, se dejaba llevar esperando la posibilidad de llevarse el gato al agua en la recta final. Zátopek sabía lo astuto que era Mimoun. Salió con su ritmo de siempre, como una locomotora. Arrastraba decenas de vagones. Después echó carbón a la caldera, como si quisiera librarse de aquella pesada carga y, uno tras otro, los vagones fueron desenganchándose. A un kilómetro de la meta solo llevaba tras él a Mimoun. Pero a la astucia de este —igual que hacía de niño— respondió con una astucia mayor. Pegó el tirón justo en el momento en el que doblaba a dos corredores. Mimoun ya no tuvo fuerza para adelantarlos y acortar además la distancia que había abierto Zátopek. La carrera estaba decidida: la primera medalla de oro. Mimoun fue segundo, Anufriyev tercero. Vinieron a felicitarlo muchas personas, entre ellas la excepcional atleta Chudinova.

—Emil, *ty molodets!*<sup>[2]</sup>

Después de la carrera de los cinco mil Chudinova le dijo:

—Emil, *ty geroi!*

Y tras el maratón:

—Emil, *ty velik!*

La victoria de Zátopek en los diez mil metros era esperada. Durante siete años, repartidos entre antes y después de Helsinki, participaría en esta distancia en treinta y siete competiciones ¡sin una sola derrota!

En la competición de los cinco mil metros los cincuenta atletas participantes fueron divididos en tres grupos. Los cinco primeros de cada ronda pasarían a la final. Ya en este aperitivo se pudo ver lo dura que sería la final. En la primera ronda el alemán Schade batió el récord olímpico, en la segunda Mimoun superó el récord francés. Emil corría en la tercera ronda. Al comienzo de la carrera permaneció a la zaga; ahorraba fuerzas, no sabía lo que le esperaba en aquella carrera y, sobre todo, lo que le esperaba en la final. Tras varias vueltas corriendo por detrás, tenía que recuperar la distancia perdida. Se dio cuenta de que llevaba pegado a Stone, un americano joven y simpático. Lo animó a seguirle:

—*Come with me.*

Así van avanzando y superan a cinco corredores. Frenan un poco el ritmo para descansar. Emil le dice a Stone que en la siguiente vuelta vuelvan a atacar juntos:

—*Next round again.*

Adelantan a otros cuatro y se acercan al grupo de cabeza. Emil no consigue animar al americano, que ya no tiene fuerzas. Zátópek continúa solo. Consigue conectar con los cuatro corredores de cabeza. Tienen suficiente distancia sobre sus perseguidores. Emil se da cuenta y les dice que son cinco, que no tienen por qué ir tan deprisa. Pero no todos los del quinteto tienen tanta experiencia. El joven atleta soviético Sasha Anufriyev quiere adelantar a Emil, precisamente en la curva, donde hay que hacer mayor esfuerzo para ello.

—*Sasha, ňe náda!*<sup>[3]</sup> —le dice Emil.

Pero Sasha se abre paso hacia delante. Zátópek no quiere competir, está preparado para utilizar solo las fuerzas necesarias para conseguir clasificarse. En ese momento le da a Anufriyev una ligera palmada en la espalda mientras le dice:

—*Idi!*<sup>[4]</sup>

Este razonable y amistoso gesto despierta el aplauso del público, aunque en algunos también una sensación de disgusto: ¿por qué ese checo cede el paso a un ruso tan generosamente? Gana Anufriyev, el sueco Albertsson es segundo, Emil prueba a esprintar los últimos cien metros, corre con ligereza —en la medida en que puede decirse eso de él—, a un par de centímetros del suelo, como si volara por el aire. Termina tercero de su ronda y está contento. No ha enseñado nada de lo que guarda para la final. Los días que no tiene competición entrena en la villa olímpica y en sus alrededores.

Habían venido a verlo decenas de periodistas, atletas famosos, habían venido los más listos de entre los listos, médicos y entrenadores, querían hablar con él, saberlo todo sobre su método de entrenamiento. Entre ellos estaba el entrenador australiano Cerutty. Quería observar a Zátópek el mayor tiempo posible. Había traído una manta para poder quedarse hasta por la noche. Y por la noche empezó a llover. Emil no quiso que se marchara en medio de la lluvia, le ofreció su cama y se fue a dormir con el equipo de remo. Por la mañana no encontró a Cerutty. Para mantener el orden, los responsables lo habían arrojado a la lluvia.

En aquella dramática competición de atletismo los papeles principales los desempeñaron unos cuantos corredores. El alemán Schade (el flamante plusmarquista olímpico, funcionario del ayuntamiento de Sollingen en la República Federal Alemana; antes de la final de los cinco mil metros le regaló a Zátopek una preciosa cubertería en señal de amistad); el belga Reiff (campeón olímpico de los cinco mil metros en Londres, periodista); el francés Mimoun (un experto y valiente soldado, gravemente herido durante la guerra; luchó contra los fascistas en África); el joven Anufriyev (el nuevo descubrimiento del atletismo soviético; al parecer en su país comía carne cruda; en Kiev le dijo con énfasis a Zátopek que no tenía miedo ni de un oso); Chataway (el corredor con estilo más elegante, futuro ministro británico); el inglés Pirie (funcionario de correos). Y, por supuesto, nuestro Emil Zátopek.

¿Qué hizo una hora antes de la carrera más dramática de su vida? Fue al estadio en un coche especial. No podían atravesar la multitud de gente agolpada delante del estadio. El conductor gritó señalando al asiento de atrás: —Zátopek.

Se abrió inmediatamente un pasillo, la gente coreaba «*Satu-Peka*», que en finlandés quiere decir «*el fabuloso Pedrito*». Emil los saludaba con la mano como un gladiador famoso, sonreía, pero en realidad no les prestaba demasiada atención, dejaba que su cerebro descansara. Ni en el estadio cambió de actitud. Lo estaban esperando los periodistas. Les respondió con aire ausente. Tenía que hacer lo más importante: ejercicios de calentamiento. Concentrarse en medio de la multitud. Cuando Dana le confesó sus miedos antes de la prueba de lanzamiento de jabalina, le espetó:

—Ya has perdido otras veces, así que al menos ya sabes cómo se hace.

Aquel día ganó la medalla de oro con un espectacular primer lanzamiento.

Estaba de nuevo solo. Se le acercó el entrenador nacional.

—Entonces, ¿qué? ¿Vas a correr? Va a ser una escabechina. Schade ha batido un récord, Mimoun también. Vas a tenerlo muy difícil para ganar. Quizás sería mejor que no participaras.

Se quedó boquiabierto. Quedaban pocos minutos para la salida. Se dio cuenta de que en aquella competición casi nadie creía en él.

Su plan era aguantar el ritmo de los demás y comenzar el esprint final nada menos que a cuatrocientos metros de la meta. Durante cuatro años se había preparado para este largo esprint, inusual en las carreras de fondo. Hoy quería ponerlo en práctica. En la villa olímpica lo había visitado el famoso

corredor sueco Gunder Hägg y también le había recomendado que durante las primeras siete vueltas no corriera a la cabeza. Ahora, en el césped, los competidores se miraban de reojo para ver cómo se encontraban sus adversarios. Emil no se sentía bien. A diferencia de los cinco mil metros de Londres iba a competir contra cuatro o cinco corredores muy rápidos. Saludó a su amigo Schade, que estaba pálido como una sábana. Le recordó que dosificara sus fuerzas y que no corriera muchos tramos a la cabeza.

Los setenta mil espectadores que abarrotaban el estadio ronroneaban como un gigantesco enjambre de abejas. El favorito, Schade, hizo todo de acuerdo a las normas. Después lo describiría en el libro *Atleta en cinco continentes*: «Plegué el pantalón de chándal y la sudadera, porque estaba acostumbrado a hacerlo desde hacía años, y también para que nadie pudiera recriminarme nada».

Se colocan detrás de la línea de salida. A Zátópek le ha correspondido en el sorteo salir en la parte de atrás del grupo. Tras el pistoletazo se sitúa entre los últimos. A la cabeza va Chataway, tras él Schade, Reiff, Mimoun, Pifie. En esta carrera ninguno de los favoritos puede permitirse quedarse atrás, podría perder irremediablemente contacto con el grupo de cabeza. Emil tiene que ir hacia adelante, pero le cuesta un tremendo esfuerzo atravesar la franja de treinta metros en la que corre el pelotón. Por delante ahora marca el ritmo Schade. Emil adelanta a Sasha Anufriyev, lo anima, pero Sasha hoy no tiene fuerzas, se agotó innecesariamente en la lucha por el primer puesto de su ronda clasificatoria (en la final acabará en décimo lugar). Tras la segunda vuelta se forma un cuarteto de cabeza: Schade, Chataway, Reiff, Mimoun. La distancia que lo separa de ellos es aún pequeña, pero va aumentando, así que Zátópek decide emplear parte de sus fuerzas para alcanzarlos, ya que después le podría costar mucho más. Acelera y en la recta final de la pista se mete en un hueco, se pega al cuarteto de cabeza y descansa. Schade sigue tirando del grupo. Emil exhala profundamente y no se preocupa del ritmo, se deja llevar. Brilla el sol, las piernas corren y los nervios descansan. Peor se encuentra Schade. El corredor que va primero no solo corta el aire, sino que afronta la responsabilidad de tirar del grupo, tiene que concentrarse mucho más en el ritmo. Arrastra a los demás. Es como cuando alguien abre un camino a través del bosque y el resto va cómodamente tras él. Emil ya ha descansado durante algunos segundos, vuelve a conectar el cerebro. Por el momento las piernas corren de manera más bien automática. Schade sigue a la cabeza. ¿Pero, por amor de Dios, por qué sigue tirando? Pirie se ha quedado atrás, pero Mimoun, Chataway y Reiff se dejan llevar. Antes de la carrera, Emil se ha propuesto

firmemente no pasar a la cabeza. Tiene derecho a estar más cansado que los demás. Ha corrido los diez mil metros y además aún le queda el maratón. Pero en ese momento contempla la posibilidad de tomar el relevo. En esos segundos le pasan por la cabeza decenas de pensamientos. Nunca ha sido un aprovechado y tampoco lo va a ser hoy. ¿Pero qué pasará si se agota y después no tiene fuerzas para el planeado esprint de los cuatrocientos metros finales? Prefiere perder que ganar así. ¿Es que va a comportarse taimadamente? ¿Y por qué no prueba a tomar el relevo al menos una vez, una sola? Se ha preparado durante cuatro años para esta carrera y ahora quiere echarlo todo por la borda por un ataque de generosidad. Pero Schade es su amigo. Eso acaba moviendo el fiel de la balanza. No quiere hacer de héroe, pero tampoco quiere ser un cobarde. Así que hace un gesto de caballero y va a tomar el relevo. Adelanta a Schade y le dice que va a tirar él durante las próximas dos vueltas:

—*Komm mit, zwei Runden!*<sup>[5]</sup>

El público lo recompensa gritando:

—*Hive Satu-Peka!*<sup>[6]</sup>

Pero Schade no confía en él, a pesar de que Zátópek es su amigo, y vuelve a pasar a la cabeza. A Emil no se le ocurre otra cosa que pensar: «¡Será idiota!».

Ya han pasado el ecuador de la prueba. El quinteto formado por Schade, Reiff, Zátópek, Mimoun y Chataway da vueltas casi tranquilamente por el oval de la pista. Es la calma antes de la tormenta. El público espera impaciente ver cuándo estalla. Todos corren, pero todos se encuentran mal. El cerebro y las piernas están cansados, los sentidos están embotados. También Emil Zátópek intenta recuperar fuerzas en esta segunda mitad. Le molestan sus cuatro compañeros de grupo, se siente incómodo. Una vocecita le susurra al oído: «¡Ataca! ¡Escápate! ¡Déjalos atrás! ¡Meriéndatelos!».

Aparta de su cabeza estos pensamientos. Sería una locura. Es demasiado pronto. Tiene su plan. Son el cerebro y los nervios los que lo incitan a desviarse de él. Y antes de poder pensarlo con más detenimiento, es Gaston Reiff el que ataca. Reiff no ha olvidado su victoria en las olimpiadas de Londres, en las que se escapó de Zátópek y de Slijkhuis en la prueba de los cinco mil, y ahora quiere repetirla. Se escapa del resto del grupo, pero en realidad corre hacia su perdición. Se lanzan tras él como perros de caza, lo alcanzan y lo abandonan a su destino. Reiff no tiene fuerzas para engancharse otra vez al grupo. Ni siquiera le quedan fuerzas para continuar: gira hacia la blanda hierba, donde ya no tiene que correr a ninguna parte. Ya son solo cuatro —Schade,

Mimoun, Zátopek, Chataway—, pero solo hay tres medallas. En la penúltima vuelta Emil va en tercera posición y desde ella piensa lanzar el ataque. Lo tiene todo bien estudiado, ha estado cuatro años pensando en este momento. No escaparse desde la primera posición. Será peor para sus rivales si los adelanta desde atrás, y así su victoria duplicará su valor. ¡Clic, clic! Última vuelta. La campana suena como en un barco que se hunde. Zátopek da el tirón. ¡Sálvese quien pueda! En ese instante todo el público se levanta de su asiento. De repente el estadio crece dos metros. Zátopek esprinta y se pregunta: «¿Llevaré cinco o diez metros de ventaja?». Pero inmediatamente tiene que reconocer que en realidad no lleva ninguna ventaja. ¡Los otros lo adelantan! Ahora todos se golpean sin piedad como boxeadores, con la única diferencia de que no corre la sangre. Los cuatro han corrido miles de kilómetros para preparar esta competición y ahora están corriendo los últimos trescientos metros. Para Emil aquello es una catástrofe absoluta. Es cuarto y debería ser el primero, el resto corre ahora más rápido que él. Se encuentra en la misma situación por la que ha pasado Reiff: lo han alcanzado y lo han superado. Quería pegársela a los rivales y al final se la han pegado ellos a él. ¿O es que en realidad lo que ha hecho es dar un fuerte tirón y volver después al ritmo normal? El cuerpo y los músculos desprenden una enorme reserva de energía, pero eso no es nada comparado con lo que produce el cerebro. ¿Acaso los cuatro tenían pensada la misma táctica? ¡No es posible! Hasta que no lleguen a la meta no está todo perdido. Solo ha fallado el plan. ¡Tienes que pensar otro! Quizá solo se han dejado provocar. Quién sabe cómo van a poder correr los últimos cien metros. Así que se coloca tras ellos y los observa. Quedan doscientos metros para la meta y corren de modo extraño. De repente piensa: «¡Están fundidos!». Acelera. Schade va primero, Chataway segundo, Mimoun tercero. Solo que Mimoun ya no quiere dejar pasar a nadie, ni al mismísimo Zátopek. Teme que lo encierren, así que le propina un codazo a Zátopek. Pero Emil ya no es aquel muchacho que dejaba que lo sacudieran, tiene tras de sí la experiencia de la extenuante escuela de Ba'á, de la academia militar, de decenas de duras competiciones. De modo que le devuelve a Mimoun el codazo y sigue adelante. En ese instante el futuro ministro inglés Chataway no puede soportar más la lucha y se derrumba. Se levanta enseguida pero solo alcanza a ser quinto, por detrás de Pirie. Ya nadie puede detener a Zátopek: esprinta y vence. Mimoun adelanta al exhausto Schade, que tras todo el esfuerzo tiene que contentarse con la medalla de bronce. Los periodistas alemanes escribirán de él: *Geschlgen. Molido*. Emil

inmediatamente le ofrece su medalla de oro, al menos como recuerdo, pero Schade no la acepta.

Emil Zátopek —la locomotora checa— subió por segunda vez a lo más alto del podio. Lo que había prometido en casa, lo había cumplido: dos medallas de oro.

La noche antes del maratón no podía conciliar el sueño. Y sin embargo, sabía lo importante que era dormir. Al menos permanecía tumbado con los ojos cerrados y descansaba. Deseaba no pensar, pero su cabeza no paraba. Por todas partes aparecía el miedo al maratón. Al día siguiente iba a correr un maratón por primera vez en su vida y además delante de un público que hasta ahora solo lo había visto ganar. Algunos especialistas checos le habían aconsejado que probara a correrlo contrarreloj. No les hizo caso. Los tiempos de sus rivales en diferentes maratones no podían compararse. En cuanto respondía a una pregunta, aparecían muchas otras. ¿Se había medido el recorrido con exactitud? ¿El trazado había sido en una sola dirección o de ida y vuelta? ¿Había soplado el viento o no? Y así sucesivamente.

Pensaba también en su discusión con un periodista checo que había escrito que los organizadores y los árbitros capitalistas le habían robado la medalla de bronce al atleta Sujarev en los cien metros lisos. Emil había visto la foto finish en la que se apreciaba claramente que Sujarev era cuarto.

—¿Acaso permitirían algo así los finlandeses, conocidos por su deportividad? —le espetó al periodista—. ¡Son más honrados que nosotros!

El periodista no quiso reconocerlo y discutieron. Seguía pensando en ello y no podía tranquilizarse. Iba a perder la carrera por aquella tontería.

La noche seguía su curso y el sueño no llegaba. Pero sus rivales tampoco dormían. En realidad la carrera ya había empezado. ¿Quién conseguiría dormir más y llegar mañana más fresco a la salida? Decidió respirar profundamente, oxigenar la sangre y caer en una especie de desvanecimiento. Así consiguió dormirse, pero pronto se despertó y se levantó bruscamente de la cama. Estaba asustado, había soñado que ganaba el maratón y que subía al podio. ¡Menudo sueño! Hasta en sueños tenía miedo de pensar en la victoria que aún no había llegado.

Antes de la prueba de maratón suele repasarse quién lo ha ganado antes y cuándo. Durante decenios los corredores de maratón han ido recogiendo los laureles de la victoria, pero hasta ahora no han triunfado algunos de los países con más tradición deportiva, como son Inglaterra, Alemania o Suecia. Los

mejores fondistas del mundo —sesenta y ocho corredores de treinta y dos países— se habían preparado concienzudamente durante cuatro años para esta prueba. Habían corrido los maratones de Boston, Košice, Tokio. Al parecer, a algunos les habían prometido importantes sumas de dinero si ganaban. Por ejemplo, el argentino Juan Zabala había recibido del estado una casa por su victoria en un maratón. A Emil Zátopek no le habían prometido nada. Al contrario, en Praga seguía en pie la propuesta de imponerle un castigo por crear complicaciones en la representación olímpica nacional.

En la salida, Zátopek, completamente novato en la prueba, se encontraba un tanto atolondrado. Ninguno de los especialistas contaba con él. Emil observaba a tres veteranos japoneses. Durante el calentamiento incluso se pusieron a dar volteretas. ¿Debería hacer lo mismo? Le pareció que los japoneses aquellos estaban despilfarrando sus fuerzas antes de empezar. No, ya daría un par de volatines después de la prueba. De hecho, no calentó en absoluto. ¿Y si necesitara después esas fuerzas? Todo su calentamiento se limitó a atravesar trotando el estadio para ir al cuarto de baño. Ahorraba movimientos. Solo a veces realizaba un trote rápido, se ponía a dar saltos o apretaba los puños. Quería comprobar cómo reaccionaban los nervios y los músculos. Después probó a correr despacio, elevando ligeramente las piernas por encima del césped. Se colocó en la línea de salida.

Los corredores de maratón formaban una abigarrada tropa, con sus gorras o sus pañuelos anudados a la cabeza. Él llevaba una camiseta roja de tirantes con el león blanco, unos pantalones cortos blancos, calcetines y zapatillas. Comprobó que todo estaba en orden, en los calcetines tenía unas gomitas para que no le entraran piedrecillas. Fue muy cuidadoso, pero aún así no advirtió un pequeño pliegue en el calcetín (este le provocaría después una dolorosa ampolla; también las uñas de los dedos gordos se le pondrían negras del continuo golpeo contra la punta de las zapatillas y se le acabarían cayendo). Le producía cierto temor la carretera. En su opinión las carreteras eran para los coches y no para los atletas. Por primera vez iba a probar esta superficie y tenía curiosidad por saber de lo que sería capaz en ella. Tenía su plan: pegarse al más veterano de los maratonistas, el inglés Jim Peters. No dejó nada al azar, comprobó que el número ciento ochenta era en realidad Peters.

—*Are you Peters?* —le preguntó.

—*Yes, I am.*

Tras la salida Emil corrió en medio de aquel ovillo de corredores. Antes de salir del estadio oyó claramente cómo la gente le deseaba buen viaje:

—¡Zátopek!

Le entraron unas ganas terribles de saludar con la mano. Hubiera sido un gesto bonito y muy de acuerdo con el espíritu olímpico, pero no se atrevió a hacerlo. Se sentía contento de estar otra vez corriendo. No le parecía difícil e incluso le sorprendió comprobar que hasta en cierta manera deseaba que llegara el momento de aquella lucha desconocida.

Solo que Peters había salido más rápido de lo que Zátopek imaginaba. No entendía por qué, pero había algo que le decía que debía pegarse a él y no dejar que le tomara mucha distancia, ya que podría escapársele sin remedio. Al final escoge la opción intermedia y decide correr sin perder nunca de vista al inglés. Emil ve por delante solo su espalda blanca y su movimiento flexible, económico. Él se encuentra en un grupo de diez corredores.

El grupito va reduciéndose a cada kilómetro.

Al final quedan solo el sueco Jansson y él. Mientras los dos persiguen a Peters, le asaltan las primeras dudas. ¿No van demasiado deprisa? Los argentinos y japoneses más experimentados están por detrás. Jansson le pregunta algo a Emil, pero solo sabe sueco, y Emil no habla sueco. Lo intenta a su vez sin éxito en inglés y en alemán. Que van muy deprisa lo confirma el tiempo al finalizar el quinto kilómetro. Al borde de la carretera, vestidos de gris, se encuentran los miembros del Grupo de Cantos y Danzas Julius Fučík, que le gritan:

—¡Confiamos en ti, Emil! ¡Enseguida vuelves por aquí!

Emil se ríe y les hace un leve gesto con la mano, pero no quiere levantarla demasiado. Economiza todos sus movimientos y se concentra exclusivamente en la carrera.

Sin reparar en el ahorro, Peters corre cinco kilómetros por un lado de la carretera, y los siguientes cinco por el otro, con estricta meticulosidad británica. Emil no quiere hacer ni un metro de más; por los árboles intenta adivinar hacia donde gira la carretera y corre, en la medida de lo posible, en línea recta.

A los quince kilómetros la ventaja de Peters se acorta. Parece que se le han agotado las fuerzas. Emil lo alcanza y le pregunta:

—¿No vamos demasiado rápido?

Peters le responde que todo va bien. Ya no tiene fuerzas para decirle que en realidad todo va mal y que ha sucumbido a su propio ritmo. Está agotado y en ese momento ya ha perdido la carrera. Emil lo invita a que corran juntos:

—*Together!*

Pero Peters no puede más y abandona. El mismo Peters que en el maratón de Canadá tuvo fuerzas para llegar al estadio, pero que allí se desplomó y cruzó rodando la línea de salida pensando que era la de llegada. Después perdió el sentido y el resto de corredores lo sobrepasó, mientras los espectadores se daban la vuelta para no ver aquello. Cuando se despertó en el hospital, su primera pregunta fue si había ganado. La enfermera le dijo que sí, porque no tuvo corazón para decirle lo contrario. Se echó a llorar y se marchó, y él lo entendió todo. En ese momento el miedo se apodera de Emil: «Peters ha marcado el ritmo no solo para él sino también para nosotros dos; si ese ritmo ha acabado con él, ¿no acabará también con nosotros?». Mira de reojo a Jansson, está tranquilo, como si no hubiera pasado nada; entonces quizá de verdad no haya pasado nada y todo irá bien. Entretanto el expectante estadio recibe la noticia de que a la cabeza van Jansson y Zátopek. Una ola de emoción recorre al público. Emil de momento no piensa en la victoria, aunque le vienen a la cabeza multitud de pensamientos. Ya no corre con la alegría del comienzo, en el kilómetro veinte le empiezan a doler los muslos y las pantorrillas, se encuentra abatido, y eso que aún no ha cubierto ni la mitad del recorrido. Ahora la carrera le parece la caza de una liebre, eran tres y los perseguían sesenta y cinco cazadores. Ya habían cazado a Peters y ahora venían a por él y a por Jansson.

Llegan juntos al punto en el que el recorrido toma la dirección contraria para volver al estadio. A Emil le sorprende el viento de cara y le propone a Jansson que corran uno a rebufo del otro, que se vayan relevando a la cabeza. Pero el sueco no entiende, o quizá no quiere entender, lo mira con aire desconfiado. No hay nada que hacer, corren el uno al lado del otro y los dos gastan innecesariamente su energía contra el viento.

En el kilómetro veinticinco, donde se encuentra el avituallamiento, Jansson coge un limón. Emil lo rechaza, no sabe qué efecto puede producir el limón en un cuerpo cansado, esperará a ver cómo le sienta al sueco. Jansson sigue corriendo, pero en el siguiente repecho su larga zancada comienza a acortarse. Emil ya no oye su respiración ni sus pisadas. De repente piensa: «¡Estás solo!». En vez de estar contento de haberse deshecho de Peters y Jansson, sus más directos competidores, se siente aterrado. En ese momento no piensa en la victoria, le asalta el terror de la soledad. Peters y Jansson no eran solo competidores, sino compañeros que luchaban con él contra los que venían por detrás. De los tres solo queda él y seguramente le llegará su turno. ¿Caerá también? Hay momentos en los que los pensamientos afloran a la

superficie como las piedras de un río al bajar el caudal. Se encuentra en la misma situación en la que se encontraba Schade en la prueba de los cinco mil metros. Él, que no había corrido nunca un maratón, tenía que marcar el ritmo a decenas de especialistas, alguno de los cuales corría contra él con el cronómetro en la mano. Todo el peso recaía ahora sobre sus hombros.

En los siguientes minutos vive de manera comprimida toda una dura vida de corredor de maratón. Lo peor es pensar en la rendición. También él, tenaz entre los tenaces, se ve de repente asaltado por este pensamiento. Le llega en el momento en que va primero y, al mismo tiempo, tiene miedo de lo que está por venir. Ha entreabierto la puerta de atrás y el miedo se ha instalado en su cerebro, incitándole: «¡Abandona! ¡Total, no vas a aguantar! ¡No vas a conseguir ganar a todos!». Pero no abre del todo esa puerta trasera. Aleja de sí ese angustioso pensamiento. ¿Volverá? No, ya no va a volver. Lo peor en la vida son los cambios. Ahora tiene que acostumbrarse al hecho de que debe seguir corriendo en solitario.

En los siguientes kilómetros se siente un poco mejor, intenta no pensar en nada. En su subconsciente se agolpan todas las tragedias ocurridas hasta el momento en las competiciones de maratón. ¿Acaso no habían muerto por agotamiento el portugués Lázaro y el griego Stamulis? En la olimpiada de Londres había visto cómo el belga Gailly, que había ido a la cabeza durante veintiséis kilómetros, llegaba primero al estadio, pero no conseguía ganar. Comenzó a dar trompicones, se detuvo y, completamente desubicado, corrió de vuelta hacia la puerta.

En el kilómetro treinta Zátópek vuelve a rechazar el avituallamiento. ¿Y si había sido precisamente el limón lo que había acabado con Jansson? En ese momento consigue serenarse anímicamente, pero aumenta el sufrimiento físico. Sigue brillando el sol. Hace calor. Le duele cada pisada. Tiene sed y se está asando dentro de aquella ligera camiseta. Se enrolla la camiseta hacia arriba, le cuesta un esfuerzo terrible. No es muy sano, pero el viento ahora lo refresca. Un par de kilómetros más adelante la camiseta se le desenrolla. Ya no tiene fuerzas para volver a subírsela, así que deja que la meza el viento. Entra en un estado de apatía. Solamente constata: «Se me ha bajado la camiseta».

Por detrás, los perseguidores ya se han organizado. Toman el mando los argentinos Corno y Cabrera, que había sido campeón olímpico en Londres; los finlandeses Karvonen y Puolaka, que conocen cada kilómetro del recorrido; el fantástico corredor coreano Yun-chil Choi y el sueco Jansson, que aún no ha renunciado a la victoria. El estadio, Finlandia, todo el mundo

del deporte, sabe a través de la radio y el telégrafo que Emil Zátopek va en cabeza. También lo saben los corredores que van tras él, pero confían en que no resista una tercera competición de tal dureza.

Solo él sabe lo mal que se siente y el enorme esfuerzo que le está costando este maratón. En el futuro nunca hablará de ello, porque habría sonado ostentoso enumerar todos los sufrimientos que había pasado. Helsinki todavía está lejos, pero empiezan a aparecer grupos de gente a los lados del trazado. Están asombrados de su actuación, y aunque habrían preferido ver en cabeza a un finlandés, dejan a un lado su decepción y lo animan:

—*Hive Satu-Peka!*

El maratón es un auténtico ejercicio de aritmética, repartido en dos horas y media y dividido en varias decenas de miles de zancadas. Los mejores del grupo perseguidor ya han hecho sus cálculos para la victoria, consultan sus cronómetros y estos les dicen que de momento está todo en orden: rebasarán a Zátopek. En ese momento Emil toma una decisión: va a intentar aumentar la distancia ahora que aún tiene fuerzas. Acelera y los perseguidores se enteran de que el escapado está abriendo más hueco. No, contra Zátopek no se puede correr con un cronómetro en la mano. Emil es una persona sin reglas ni leyes, ha hecho añicos todos los tiempos medidos hasta el momento. A los perseguidores les asalta por primera vez el pensamiento de que quizá nadie consiga ya alcanzarlo. Pero hay en juego una medalla demasiado preciosa como para rendirse sin más. Así que van a exprimir todas sus fuerzas contra Zátopek y las van a seguir exprimiendo hasta llegar al estadio. Toma el mando del grupo el esbelto argentino Corno, quiere repetir la victoria de su compatriota Cabrera en las anteriores olimpiadas.

Emil comienza a darse cuenta de lo horriblemente largo que es aquello. Desde el kilómetro treinta hasta el treinta y cinco cada kilómetro ha sido una esperanza lejana en el horizonte, desde el treinta y cinco cada kilómetro es sencillamente infinito. Le duelen los músculos de las inusuales pisadas en la carretera, siente que algo le corta y le desgarras, como si se le estuviera destruyendo el tejido muscular. Piensa que hace rato que ha desconectado el cerebro, pero no es así, no puede correr inconscientemente, dejaría de tener técnica y ritmo. Se encuentra en una situación por la que no pasa ninguna persona corriente: no siente ya las piernas y el corazón le late con fuerza en las sienas. Apenas percibe a los espectadores que lo rodean, cada vez hay más. Sigue corriendo en medio del dolor, la cabeza le va a estallar.

Ya está pasando junto a la villa olímpica, su cerebro medio inconsciente identifica entre el público los rostros de rivales conocidos. Algo se le ilumina

en la cabeza: ¡Ese es Reiff! El que abandonó en los cinco mil. ¡Ahí está Mimoun! El que siempre corría detrás de él como un zorro astuto. ¡Y ese es Pirie! El que le había dicho hacía unos días que era un pillo, porque durante la competición se ponía a hablar para mostrar que estaba fresco y destrozar así al rival. A Emil le hicieron mucho daño aquellas palabras. Su intención al animar a los demás era siempre buena. Ahora ve sus bocas abiertas, gritan su nombre. En sus ojos hay admiración, pero también envidia, y al mismo tiempo el deseo de que gane. Si vuelve a ganar, su grandeza disculpará la derrota de ellos.

Pero él sigue corriendo en una especie de trance. Deja de percibir rostros individuales. Todavía alcanza a reconocer a los del Fučík, que gritan algo sobre el valiente Emil. Solo que ya no tiene fuerzas para saludarlos (más tarde algunos de ellos se lo recriminarán: «¡Ay, Emil, ni siquiera nos saludaste con la mano!»). No tiene fuerzas ni para sonreír. Además le cabrean esos gritos sobre el valiente Emil: está ya hasta las narices de tanta valentía).

—¡Iros a la mierda! —masculla a media voz.

Helsinki ya no puede estar muy lejos. Comienzan a hacerse más grandes los grupos de gente. Los organizadores le dicen desde el coche que sus rivales están lejos, él no lo tiene en cuenta, el final llegará cuando cruce la línea de meta. Los espectadores dejan ya solo un estrecho pasillo por el que él corre. Lo animan, pero eso en lugar de ayudarlo, lo mata. Nunca ha corrido entre enormes hileras de gente como aquellas. No está acostumbrado. Nunca le han gritado tan fuerte y nunca ha sentido un cansancio tan grande en una competición. Nunca le ha dolido tanto la cabeza como le duele ahora. Querría gritarles: «¡Por favor, dejad de chillar!». Pero no puede, no tiene fuerza. Y tampoco serviría de nada. Solo puede seguir corriendo resignadamente. Piensa en lo bonito que sería estar ahora corriendo en el silencio del bosque en el que solía entrenar a menudo. Pero no es posible. Tiene que pagar un alto precio por la competición de hoy y tiene que vivir el maratón con todo lo bueno y todo lo malo. Durante algún entrenamiento había corrido en un día una distancia superior a aquella, pero no se había sentido agobiado por la sensación de liderar la carrera, por los rivales, por los espectadores, por la carretera.

Por fin ve a lo lejos la torre del estadio olímpico. De repente le inunda una sensación de bienestar. Pero el destino todavía le reserva una prueba para saber si merece ser campeón olímpico de maratón. Le pone delante un repecho de unos cien metros. En un principio piensa que no será capaz de subirlo corriendo, que tendrá que hacerlo a gatas. Pero así lo alcanzarán.

¡Tiene que seguir corriendo! Desplaza sus piernas por la pendiente, le cuesta muchísimo, pero logra hacerlo. Al llegar arriba, lanza un grito de entusiasmo: «¡Lo he conseguido! ¡Genial! ¡Y ahora a bajar hasta la meta!». Aparece en el estadio olímpico. El público ya sabía que iba primero y sin embargo estalla en un grito de sorpresa. ¡Es él!

Corre ya por la blanda pista, se convence por fin de que llegará a la meta y de que nadie lo adelantará. En la meta sonríe, lo que hará pensar erróneamente a miles de personas que llega fresco. En realidad está reventado. Las piernas, acostumbradas a varias horas de carrera continua y monótona, no responden a la orden de pararse. Escupe todo aquel terrible esfuerzo y se siente contento de no tener que seguir corriendo. Solo un rato después comenzará a sentir con plenitud la alegría de la victoria.

Dos minutos y medio después aparece en el estadio el argentino Corno: ¿dónde está Zátopek? Y tras él, el compañero de carrera de Zátopek, el sueco Jansson. En el podio, el sueco está contento de haber conseguido la medalla de bronce. Corno está enfadado con el mundo y consigo mismo por no haber ganado.

¿Y cómo se encuentra ahora Emil?

Todos están entusiasmados con su tercera victoria y, sin embargo, él vive en el podio el momento más triste de su vida.

—*Näkemiin Satu-Peka!*<sup>[7]</sup> —gritan los finlandeses.

Emil se da perfecta cuenta de que ese adiós es de verdad. Se encuentra en lo más alto del podio y en la cima de sus fuerzas, nunca podrá demostrar más. Ha competido en aquel país once veces y no ha perdido nunca. Ha ganado allí tres medallas olímpicas. Ahora se despide de él todo el país. Es como si los finlandeses intuyeran que ya no volverán a verlo con las zapatillas de corredor. Desearía volver a vivir todo aquello de nuevo, pero la vida no es así: las cosas más bonitas las da generalmente solo una vez.

Saluda con la mano al público.

—*Näkemiin!*

Tras los juegos olímpicos de Helsinki, Emil Zátopek siguió compitiendo otros cinco años. Batió todos los récords mundiales entre los cinco y los treinta kilómetros, fue de nuevo campeón de Europa, venció en duras carreras de campo a través. En un periodo de diez años lo consiguió todo, no era posible demostrar más. Récords olímpicos, récords mundiales, victorias en campeonatos internacionales.

Recibió el título de mejor deportista del mundo. Era capaz de comunicarse en siete idiomas, se convirtió en embajador de la paz entre gentes de diversos países. Era y es un personaje peculiar, ni se aferraba ni se aferra a nada. Algunos deportistas se hacían fotografiar delante de sus vitrinas repletas de trofeos, pero él sus trofeos los regalaba. Su corazón siempre estaba abierto, ni siquiera mantuvo nunca el secreto de su revolucionario método de entrenamiento. Los mejores entrenadores y corredores venían a verle a Praga. Se lo contaba todo y los animaba a que no tuvieran miedo de practicar la velocidad ni de las grandes dosis de entrenamiento. Él llevaba años entrenando de ese modo. El entrenador húngaro Igloi pasó con él un día entero, no quería almorzar, no quería cenar, solo quería escuchar a Zátopek y observar cómo entrenaba.

Pero en el mundo no puede detenerse la trayectoria de ningún fenómeno. Los más listos tomaron de Zátopek todo lo que necesitaban, descubrieron cosas nuevas y después lo superaron como se supera a alguien en la pista de atletismo.

El mundo del atletismo movilizó sus fuerzas contra él. Los médicos deportivos ofrecían el resultado de sus investigaciones a los entrenadores y juntos buscaban, entre cientos de corredores, nuevos talentos. Los entrenadores soviéticos empezaron a trabajar con Kuts de acuerdo a un gráfico para alcanzar en tres años la cima de la forma física. Poco después de que Kuts empezara a batir varias plusmarcas mundiales, el primer viaje que hizo el entrenador Jomenkov fue para ver a Zátopek.

—Te estamos muy agradecidos. Fuiste el primero que no tuvo miedo a los fuertes y largos entrenamientos y con ello nos mostraste a todos el camino.

Era la época en la que creció en Australia el que después sería plusmarquista mundial: Ron Clarke. Cuando aún era estudiante, se compró con su asignación semanal una película con las victorias olímpicas de Zátopek; la veía una y otra vez, y se admiraba de su voluntad y su valentía.

El más intrépido entre los intrépidos fue al final derrotado. Un hombre que mayormente corría sin entrenador. Igual que supo ganar, supo también perder, retirarse a tiempo y colgar para siempre las zapatillas. Pronto se hizo también a la idea de que sus récords serían superados. En realidad, la grandeza de un récord debe medirse siempre en el contexto de la época en la que se consiguió.

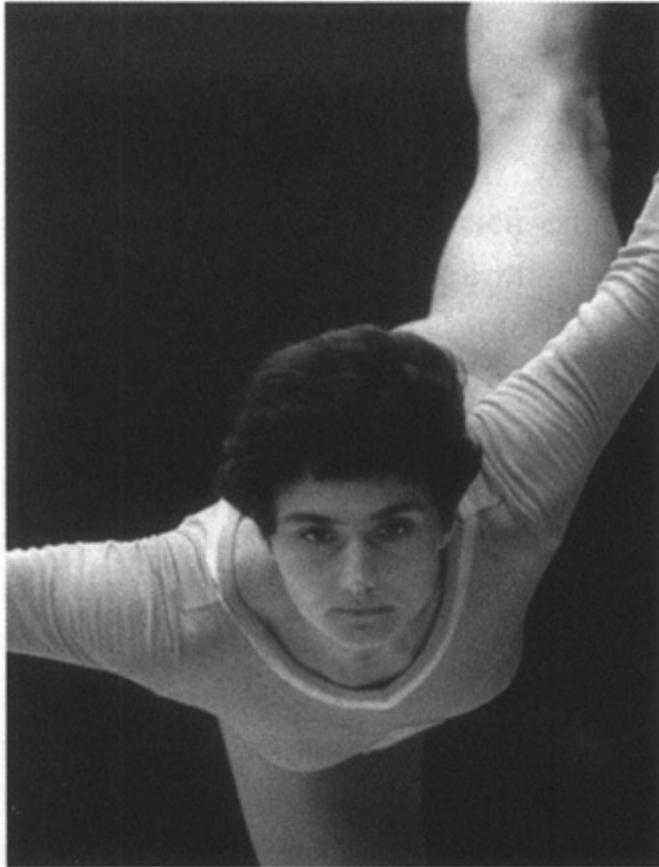
Pero su voluntad sigue siendo infinita, es un continuo acumulador de inagotable energía.

Llegó y se fue. Como suele ser habitual en el deporte.

Llegó y se fue. Y se quedó. Seguro que en nuestro país habrá otros que continuarán por el camino que él emprendió. Zátpek se ha convertido en este siglo en un gran ejemplo no solo para los fuertes y naturalmente predispuestos, sino también para los débiles y faltos de disposición natural, porque este había sido precisamente su caso.

Fue capaz de encontrar los peldaños por los que avanzar hacia arriba. No se limitó a soñar sus sueños. Cada día hizo algo para convertirlos en realidad.

## Salto mortal hacia atrás



En el Palacio de los Deportes de Moscú estaban realizando sus ejercicios de suelo las mejores gimnastas del mundo. Las enormes lámparas iluminaban el cuadrado verde. En la sombra esperaba Eva Bosáková. Solo quedaba un minuto para su actuación. Estaba temblando y tenía el rostro húmedo. Esta vez las palabras *no puedo llorar* no la ayudaron. Y sin embargo los ejercicios de suelo eran su especialidad. Sentía que había nacido para la danza gimnástica, los movimientos emanaban de su cuerpo uno tras otro. Había aprendido a combinar la ligereza de una bailarina de ballet con las acrobacias de una atleta circense. Lo había pulido todo hasta la perfección. Solo le faltaba incluir el salto mortal hacia atrás como parte de aquella gran tabla de multiplicar. Los responsables y los entrenadores del equipo la instaron a que incluyera ese salto en su ejercicio.

—¡Tienes que hacer un mortal hacia atrás! Si no, no te van a dar el título de campeona del mundo.

Dijo que sí. Llevaba mucho tiempo persiguiendo la escurridiza felicidad de superar por fin a las rusas y las japonesas, de ser algún día la mejor del mundo.

Hasta entonces no había sentido miedo de verdad. Y si lo había sentido, lo había pisoteado en el trampolín y lo había dejado colgado de las barras asimétricas. Pero durante el vuelo hacia atrás y durante el aterrizaje era como si la seguridad del cuerpo no existiera. Perdía la noción de dónde estaba, tenía miedo a desnucarse.

Todavía quedaban varios meses para el campeonato del mundo, así que pensaba que tenía tiempo de sobra.

Los meses se convirtieron en semanas. Todo el equipo checoslovaco había practicado ya el salto mortal hacia atrás. La mejor de ellas, Bosáková, no era capaz.

Jan Seehák era quien acompañaba al piano a las gimnastas. En los momentos más duros del entrenamiento les ofrecía una refrescante melodía como un vaso de soda fría. Tocaba. Las chicas se sentaban a su alrededor y escuchaban, el cansancio desaparecía de sus ojos.

Ella inspiraba a Seehák con su batalla sobre el tapiz. Él se lo pagaba con composiciones dedicadas a su explosivo temperamento. Le prometió que haría el salto mortal.

—Voy, Jenda, toca...

—¡Vamos, Evička!

Las manos del pianista se aceleraron al compás de sus saltos, iniciaron un *crescendo* en el momento en que ella tomaba carrerilla, redoblaron como los tambores de un circo anunciando el momento culminante, pero después siguieron bailando solas por las teclas blancas y negras. Aquel cuerpo humano se había quedado parado, permanecía de pie y temblaba convulsivamente.

—No voy a hacerlo —gritó.

Pero ya nadie le contestó. El coreógrafo Luboš Ogoun y el entrenador Padušák la ataron con una correa, como a un caballo encabritado, y realizó el salto ayudada por ellos. Así se sentía mejor, pronto saltaría sola. Tomaba carrerilla... y nada. Solía llenar con su figura todo el espacio del gimnasio, pero ahora se acurrucaba sollozante en el suelo para hacerse lo más pequeña posible. Y sin embargo, seguía imponiendo su presencia: eso reflejaba la importancia y la tragedia del momento. Otras veces se ponía a golpear con los puños el tapiz y gritaba que también ella tenía derecho a fallar en algo. Pero como a todos los que persiguen denodadamente un gran objetivo, aquellas excusas no le duraban mucho tiempo. Otra vez volvía al tapiz. Ogoun hizo un mortal hacia atrás delante de ella y después le gritó:

—¡Ahora tú!

—No voy a saltar. ¡Seguro que me rompo la nuca!

El miedo se presentó con más intensidad que otras veces, lo sentía sobre los hombros y la empujaba hacia abajo, como si quisiera devolverle todos los agravios que ella le había infligido durante diez años.

Ya nadie tenía fuerzas para aguantar aquello y quizá habían dejado de creer que lo conseguiría. Todos abandonaron excepto uno: el entrenador. ¡Solo Dios sabe lo que intentó!

Cuando a ella le salían bien las cosas, lo ignoraba, pero cuando estaba en aprietos, él siempre la ayudaba. En los momentos en los que el miedo le impedía realizar el salto, soñaba con un piso confortable en el que preparar una buena cena: soñaba con lo más normal del mundo para muchos de los que envidiaban su vida. Su adolescencia había sido un solo vestido de fiesta y diez maillots de gimnasta. Ni siquiera había ido al baile de graduación del instituto.

El entrenador no paraba de gritarle, el gimnasio parecía una jaula de fieras. Se quedaban allí hasta la noche. Él había sido lanzador de disco y tenía unos brazos robustos. Si ella cayera de cabeza, la agarraría. La zarandeaba, la regañaba, pero al mismo tiempo sentía lástima y la disculpaba. Quizá por eso no lo conseguían. Aunque no cayó en la cuenta hasta mucho después. Eva confiaba: llegará el día en que seré capaz.

Pero ese día llegaba solo en sueños, en los que a menudo se veía dando vueltas por el aire.

En el campeonato del mundo la recibieron como a la reina de los ejercicios de suelo. Los juegos olímpicos de Melbourne y la victoria en Leningrado la habían aupado al trono. No sospechaban que tenía su talón de Aquiles. Delante del entrenador gastaba bromas sobre ello:

—¡Cuando esto reviente, se va a liar una buena!

Las otras gimnastas no tenían ni idea de que no sabía hacer el mortal hacia atrás. Las japonesas lo habían realizado incluso con giro. Conocían a Bosáková y la temían. Miraban de reojo a aquella extraña pareja e intentaban imaginar qué arma secreta utilizaría. El entrenador la llevaba de una correa como un perro. Cuando realizó de mala manera una especie de mortal hacia atrás, las japonesas sonrieron. Ya conocían ese tipo de trucos. El entrenador la soltó, ahora tenía que saltar sola.

Todo terminó en la carrerilla.

—Delante de las japonesas no lo puedo hacer.

El entrenador sabía que era solo una excusa, ella también lo sabía. No tenían que decirse nada el uno al otro, solo había que esperar a terminar aquello de alguna manera y regresar a casa.

Después de ese instante se quedó sola. Mientras los minutos iban convirtiéndose en segundos, sentía que le abandonaban las fuerzas. De las mil oportunidades de hacer el salto mortal hacia atrás durante los entrenamientos solo quedaba una: hacerlo por primera y última vez en el campeonato del mundo, delante de las juezas y de veinte mil espectadores. Era una locura. Podía eliminar el salto mortal de su ejercicio, pero así no ganaría.

Arriba en el tapiz acababa de terminar su actuación la participante más joven del campeonato, su amiga Čáslavská. El Palacio de los Deportes se deleitó con aquella nueva promesa del firmamento gimnástico. Pero de Bosáková la gente esperaba más, lo que se espera de una artista consagrada. El locutor la anunció con patetismo:

—¡Eva... Bosáková!

Fue ascendiendo, le temblaban un poco las piernas. Su última mirada la dirigió al piano. En el taburete estaba sentado Jenda Seehák, su camisa blanca brillaba con calma en medio del grupo de respetables y trajeados funcionarios. La saludó y se rio como si fuera a realizar un mero ejercicio de exhibición.

Seehák había compuesto una canción muy especial. Cuando los olímpicos volvían de Melbourne en el barco soviético *Georgia*, un marinero le preguntó si podría componer una canción sobre unos marineros que llevaban a unos deportistas a Vladivostok. La canción tenía la fuerza de las olas del mar. Al principio sonaba suavemente pero después iba creciendo. El recorrido lineal y dificultoso del barco recordaba la trayectoria vital de las personas.

Sonaron los primeros compases. Ella permaneció inmóvil. La música quería preparar para el ejercicio también al público. Era un comienzo inusual y atrevido, como si dijera: «¡Vais a ver algo impresionante!».

En la canción de Seehák el barco había ya zarpado, confiaba solo en sus propias fuerzas. Bosáková se fundía con la música en el tapiz reluciente. El mortal hacia atrás iba al comienzo del ejercicio, poco después de la carrerilla inicial y de una rueda lateral. Ya había realizado esos dos movimientos, estaba de pie apoyada en los dos pies y tomó impulso...

Puso en aquel impulso toda su rabia y su odio contra el miedo. Vio por encima de ella la cubierta iluminada del pabellón, que le indicaba la dirección que debía tomar en su vuelo. El techo apareció y desapareció en medio del giro. De repente, al volar por el aire, se sintió tremendamente ligera. Las piernas y la cabeza terminaron de realizar el giro completo y clavó con seguridad la salida.

Se quedó sorprendentemente parada. Estiró los brazos hacia el techo y por primera vez en mucho tiempo rio sinceramente sobre el tapiz. Ahora tenía a Jenda Seehák detrás de ella, pero este le diría después que había visto cómo hasta su espalda se reía.

En cada uno de los movimientos siguientes sonaba su risa. En su recorrido por el perímetro del cuadrado dio tres volteretas hacia atrás, conocidas como *flic-flac*. Las realizó despacio, tenían la delicadeza de los encajes checos y el movimiento de las aspas de los molinos de viento holandeses. Giró su cuerpo en espirales, viajó por el aire, primero con las piernas abiertas y después hecha un hatillo. Puso así final al dolor de meses de continuas derrotas en los que se desmoronaba y, presa de la impotencia, golpeaba con los puños el tapiz.

Las estrictas juezas sucumbieron a su entusiasmo, levantaron mecánicamente las más altas puntuaciones. Aquello significaba la medalla de oro y el título de campeona del mundo en suelo. Solo un puñado de gente en el pabellón sabía que Eva había realizado el salto mortal hacia atrás por primera vez en su vida. Para ese puñado de gente aquello fue sencillamente increíble. Los demás dijeron y escribieron: «Bosáková cumplió con las expectativas y consiguió la medalla de oro con una magnífica actuación».

## Hermanos



Por encima de los hangares de Ruzyně aparece un sol congelado. Un gran avión está a punto de transportar a los deportistas olímpicos. Mientras tanto los jugadores de hockey charlan con sus familias en la sala de embarque. Están confusos. Tienen ya una pierna en el avión y la otra aún en casa. Algunos beben en la barra del bar las últimas cervezas permitidas. Otros repiten las frases ya dichas mil veces:

—Ten cuidado con los niños.

—Si empieza a gotear el techo, llama a Karel para que te busque un fontanero.

—No te me resfríes.

Y en una de estas, en medio de las conversaciones, se oye una frase que puede ser fatal para uno de los jugadores. El pelirrojo enorme es Franta Tikal, oriundo de la Ciudad Vieja de Praga, ídolo de los obreros de ČKD y de los muchachos de Letná y Vysočany, de los oficinistas y de las amas de casa. Reparte sonrisas a su alrededor. Entre aquella multitud da unos achuchones a unos niños igual de pelirrojos que él. El que había dicho la frase, a media voz, era el periodista František Steiner, siempre bien informado:

—En el equipo de Australia juega también un Tikal. Lo dice el *Sport* de Zúrich.

Franta no puede oír más porque esas dos frases bastan para sofocarlo. La cicatriz de aquella herida recibida en el juego empieza a quemarle de nuevo, sus párpados se ponen a temblar. Recuerda con resentimiento que precisamente por eso no lo dejaron salir del país durante cinco años. No lo dejaron salir hasta que se casó con la hija de Fáber. Era conductor de trolebús y no se detenía ante nada. Se dirigió a todas las instancias, desde el ministerio del interior hasta el mismísimo presidente. Consiguió que lo dejaran viajar. Primero a Moscú, después a la Alemania occidental. Ya estaba todo arreglado. Y tenía que ocurrir aquello precisamente ahora, unos minutos antes de partir para la olimpiada de América. De todos los rostros de la sala solo se fija en uno: ha salido por la puerta del servicio de aduanas y se dirige hacia él.

Sabe que ese tipo es de la policía secreta. Le pide que lo acompañe. ¡Ya está!  
¡No te vas a ninguna parte!

—Seguramente ya sabes quién va a jugar en América. ¿Qué me dices?

No sabe qué decir, se limita a parpadear con tristeza.

El secreta se acerca a la barra del bar.

—Dos cervezas.

El camarero coloca los esbeltos vasos. Franta se prepara para una larga introducción en la que, como en ocasiones anteriores, se le explicará y razonará todo. Y después le dirá que no puede ir. Él asentirá y se marchará a casa en taxi. El secreta coge su vaso y lo choca contra el suyo en señal de brindis.

—¡Buen viaje!

Y nada más. Franta bebe mientras el color le vuelve al rostro. Percibe de nuevo a la gente que lo rodea; allí está Honzík, allí está Frantík, y a su lado está Daša, su mujer. Ahora la palabra la tienen los altavoces:

—La expedición olímpica a Squaw Valley debe prepararse para embarcar.

Se despide y se dirige al avión. No siente el viento, no se da cuenta de nada de lo que ocurre a su alrededor, camina por el helado hormigón como si lo hiciera sobre una mullida alfombra. Se sienta al lado de la ventanilla y contempla cómo cae la nieve. Parece que por fin aquello ha terminado.

El avión tiene la ruta libre: París - Nueva York - San Francisco.

El mundo es pequeño cuando los caminos se encuentran en un cruce dibujado por el destino. En Squaw Valley, Franta caminaba lentamente por la nieve desde la villa olímpica hacia el estadio de hockey. Llevaba el cuello levantado, la bufanda envolviéndole la barbilla y en su interior un gran desasosiego. Quizá por eso le había pedido a Karel Gut, su compañero en la defensa, que lo acompañara:

—Vamos, Karel.

Karel se vistió a toda prisa, sabía que Franta lo necesitaba. Llevaban años jugando juntos, a menudo uno salía en sustitución del otro, se lanzaban sin miedo a tapar los disparos del rival, jamás se decían una mala palabra ni se dedicaban una mirada fea. Ahora iban juntos al encuentro del hermano de Franta.

Caminaban en silencio. Franta se había preparado para aquel encuentro. En realidad llevaba ya años preparándose para aquello, cuando de muchacho se sentaba junto a su llorosa madre en la calle Josefovská, cuando bajaba la vista y no sabía qué decirle ni cómo consolarla. Después tuvo también hijos, que solían preguntar:

—Abuela, ¿cuándo van a volver el tío y el abuelo?

—Siempre estáis con lo mismo. Ya os he dicho que están en Australia y que volverán cuando acaben allí el trabajo.

Su madre sencillamente sufría. Aquellos dos prácticamente le habían arrancado el corazón del cuerpo. Franta siempre había querido a su hermano Zdeněk, pero desde que había emigrado a veces lo llamaba «ese idiota nuestro», eso sí, nunca delante de la madre. Pensaba que nunca llegaría el día en que podría decírselo todo a la cara. Y ahora estaba reuniendo el coraje para hacerlo.

Se detuvo con Karel Gut junto a la barrera de plexiglás. El sol atravesaba el techo abierto del estadio, iluminándoles la espalda y dibujando en el hielo la sombra de los aros olímpicos de la cubierta. Justo en medio de ese dibujo de sombras había reunido el entrenador, oriundo del Canadá, a los australianos. Les estaba reprochando algo. Cada uno de ellos tenía una figura, un rostro diferente, probablemente procedían de todos los rincones del mundo. El entrenador hizo un gesto violento con la mano, gritó algo y los australianos fueron esparciéndose por la pista.

No había nadie más en el estadio.

Desde una de las esquinas de la pista se acercó uno de los australianos. Llevaba un preciosa camiseta amarilla de lana, parecía más pequeño de lo que Franta esperaba, pero sí, no había duda de que era Zdeněk. Franta lo reconoció por aquella peculiar mirada blanda. Mientras se acercaba a ellos y pasaba sucesivamente el peso del cuerpo de uno a otro patín, sus ojos iban adquiriendo aún mayor blandura, hundiéndose como islotes en el mar. Después, la mirada de Franta se deslizó hacia la camiseta amarilla y blanca en la que se veía el continente australiano con un canguro sentado en medio. Aquel canguro le trajo el recuerdo de cuando, de muchachos, se acostaban en la cama, el uno junto al otro, y en susurros hablaban de que un día jugarían los dos en la selección nacional y lucirían en el pecho el mismo león que había conseguido el príncipe Bruncvík. Levantó la vista y vio cómo el mar entero se derramaba en los ojos de Zdeněk. A lo mejor Zdeněk había pensado lo mismo al ver el león de Franta. Karel Gut los dejó solos. Ahora estaban uno frente a otro. Se dieron un fuerte abrazo.

—¡Dios te bendiga, hermano! —murmuró Zdeněk.

Franta dijo algo parecido. El entrenador canadiense estaba ya llamando a Zdeněk para que volviera al entrenamiento.

Lo esperaría y cuando terminaran, irían a charlar a una cafetería que se llamaba Squam Lodge. Permaneció allí de pie y observó melancólicamente a los australianos. Eran bastante malos.

Karel Gut regresó al alojamiento.

Estaban sentados en el Squam Lodge. Franta permanecía callado. De repente supo que no le diría a su hermano nada de lo que quería decirle, al menos no ahora.

Así que se puso a hablar de cualquier cosa. Sobre todo de su madre. Zdeněk, ya sabes que tú lo eras todo para mamá. Cuando ella me castigaba a ponerme de rodillas, tú la convencías para que me perdonara. Siempre fuiste su preferido. En primavera le llevabas flores, setas, y ella te llamaba «mi florecilla». Te da las gracias por la combinación (mejor no le diría que la tenía guardada en el armario porque le quedaba pequeña). A menudo le duele el corazón, pero conserva todavía su precioso pelo castaño (tampoco eso era verdad: tenía canas y se teñía el pelo). Sigue siendo tan alegre como siempre (a veces llora y suele ir a San Tadeo a rezar por ti y por papá). Le ha comprado al señor Špalec un cachorro de collie, que se llama Ajax, y sigue con la venta ambulante de ropa, todo le va muy bien (en invierno se le quedan las manos heladas).

Y la plaza de Wenceslao sigue en su sitio, igual de bonita que siempre. Te voy a decir una cosa, Zdeněk, he recorrido un buen trozo del mundo con el hockey, he paseado por Picadilly y Oxford Street, por Broadway, pero en cuanto llego a casa, salgo con Daša y le digo: «Chica, no hay nada como la plaza de Wenceslao».

De repente Franta dejó de hablar, vio que de un momento a otro Zdeněk se iba a echar a llorar. Solo ahora se había fijado en las canas de sus sienes y se había dado cuenta de que tenía un aspecto más triste que en otros tiempos. Así que le dijo: «Y tú, ¿qué? Seguro que te van bien las cosas, ¿verdad?».

Ahora todo genial (al principio no fue así, intenté dedicarme al hockey en Múnich, pero no me fue bien). Eso sí, nuestros comienzos fueron muy duros (salí del campo de refugiados con un jersey de señora y los dedos de los pies me asomaban por los agujeros de los zapatos). En Australia estuve un año cavando zanjas con papá y con otros inmigrantes, después papá se dedicó a varios oficios, es un auténtico manitas, ya sabes, cerrajero, pocero, albañil, yo me puse a trabajar de comercial y las cosas empezaron a irnos bien. Me casé y después me divorcié (aquella chica, que había escapado también de Checoslovaquia, buscaba fortuna en Australia y acabó arruinándose). Ahora

me he casado con una austriaca, tenemos una casita (a plazos, eso sí). No me quejo.

Ya sabes, papá es un machote (ya no es aquel machote que escapó conmigo rodeando el Lago Negro, con los policías de fronteras pisándonos los talones). Echa de menos Praga, el sur de Bohemia y los lagos (si supieras, František, cuánto echa de menos todo, se va a morir de pena y yo voy a tener que enterrarlo en un cementerio de Melbourne). Papá es muy bueno (no es verdad, pero no quiero desilusionarte, tú siempre lo has idolatrado).

Vendo chocolate danés de la marca Dana Confectionery, he echado raíces en Australia para siempre (pero a veces pienso en el viejo hogar, sobre todo en Navidad veo cómo mamá decora los cuadros de la casa con piñas). En definitiva, yo soy australiano y tú checo (no es del todo verdad, encargué que me hicieran un jersey rojo, azul y blanco para ser, al menos un rato, uno de vosotros).

Aquello de que Zdeněk era australiano y él checo, lo recordaría Franta después. Mientras él se comía un bistec y bebía un zumo, Zdeněk bebía leche con azúcar y se comía la carne con mermelada.

—¿Cómo puedes comerte eso?

—¿Y cómo puedes tú comerte eso?

Había ya muchas cosas que los hacían diferentes, el mundo los había separado. Franta pensó en ello, sobre todo al acercarse el primer partido de Checoslovaquia. Esperaba que Farda, el entrenador, no lo alineara.

Pero Eda Farda lo puso en la alineación inicial, porque precisamente en aquel primer partido contra Australia necesitaba preparar al equipo para enfrentamientos más difíciles. No se imaginaba el juego sin Tikal, todo el equipo apreciaba al «pelirrojo». Franta era el líder, no solo sabía defender, sino centrar y empujar hacia adelante el ataque. En Canadá, y sobre todo en Trail, lo admiraban. Para los canadienses, Bubník y él eran dos jugadores excepcionales. Sencillamente Tikal iba a jugar. Y en el equipo de Australia salió un tal Taikl, como, con brillante pronunciación inglesa, presentó a Zdeněk el locutor de la radio checa.

Al salir a la pista Franta siempre se transformaba hasta hacerse irreconocible, y así pasó en Squaw Valley contra los australianos. No defendía solo con su enorme complejidad física, sino también con el corazón. Había conseguido parar con un *bodycheck* a los jugadores más rápidos. Había mandado al suelo a Bobrov, a Starshinov, a Warwick, a Tumba Johansson.

No tenía miedo de detener los disparos del adversario con su cuerpo ni de disparar él también. En uno de los victoriosos encuentros contra los suecos el médico tuvo que atenderlo tres veces y en el último tercio, cuando la victoria pendía de un hilo, evitó el gol parando un disparo de Tumba ¡con la cabeza! Las arrugas aparecieron en su frente, había una que cruzaba las demás en sentido vertical. Le salieron de todas aquellas luchas en la pista y de las horas de insomnio antes de los partidos difíciles, en las que tenía que tomar pastillas para que su cuerpo y su mente pudieran descansar un poco. Solo se sentía bien en el hielo, cuando, con las piernas abiertas, se balanceaba suavemente y esperaba el ataque del rival, y cuando sentía que la malla térmica empezaba a humedecerse y el sudor le corría por la espalda y por la frente y le goteaba de la nariz.

Contra los australianos también le corría el sudor. Intentaba jugar lo mejor que sabía, como quería el entrenador, y es que aquel partido inicial les tenía que dar tranquilidad y compenetración en el juego. Además, también tenía cierto miedo a que después alguien le recriminara que contra el equipo de su hermano no había jugado a tope. Contra un rival tan débil siempre es difícil jugar: uno nunca sabe lo que va a hacer un amateur.

De momento no se había encontrado con su hermano en el hielo. Solo a veces chocaban sus sticks, pero no se habían enfrentado directamente, como si los entrenadores lo hubieran dispuesto así.

Acabó ocurriendo en el segundo tercio.

Los australianos habían conseguido salir de una situación embarazosa junto a su portería y al contraataque salió precisamente Zdeněk. Franta miró aquellos ojos marrones. No había en ellos temor, sino una ingenua fe infantil en que conseguiría escaparse. El locutor retransmitió para Praga:

—Taikl intenta sobrepasar a Tikal.

Sin mucha dificultad Zdeněk hizo pasar el disco entre las piernas de Franta e intentó escaparse por un lado. Franta bajó a propósito la mirada desde aquellos ojos marrones hasta el canguro australiano, se olvidó de todo y quizá recordó los agravios que había sufrido por culpa de aquel muchacho. Golpeó a Zdeněk con el hombro igual que un toro embiste al torero con sus cuernos. Se lo quitó de encima. En ese momento sintió que toda la protección que llevaba Zdeněk era de papel.

Zdeněk quedó tumbado sobre el hielo, vinieron todos a socorrerlo. Franta lo agarró por debajo del brazo y lo ayudó a levantarse.

—No era mi intención, de verdad, hermano.

Solo que Zdeněk permaneció en silencio.

Franta ni siquiera supo cómo acabó aquel estúpido partido. Su hermano no volvió a aparecer sobre el hielo. En el último tercio lo trajeron con el brazo vendado. Permaneció de pie detrás del banquillo australiano y observó tristemente cómo en la pista iban cayendo uno tras otro los goles en su portería. Tenía el hombro dislocado. Pero eso a Franta se lo dijeron los otros, porque cuando terminó el partido y ya abandonaba el hielo, Zdeněk no respondió a su pregunta de cómo se encontraba.

En el vestuario y en la ducha Franta estuvo todo el rato pensando si Zdeněk lo estaría esperando. Habían quedado en que regresarían al alojamiento juntos.

Zdeněk estaba esperándolo.

Caminaron el uno junto al otro en silencio. Un silencio muy largo para haber estado once años sin verse. Acabó rompiéndolo el hermano mayor.

—No voy a poder jugar en lo que queda de olimpiada. He hecho el viaje de Australia a América para jugar media hora.

—¿Y qué querías? ¿Que te dejara pasar? ¿Crees que lo que jugáis se puede llamar hockey? ¡En Checoslovaquia no ganaríais ni un campeonato de barrio!

Y aún le espetó:

—Puedes estar contento de no volver a jugar. Por lo menos no pondrás en evidencia a los Tikal.

—Quizás tengas razón, František.

—Buenas noches, Zdeněk, y no te enfades conmigo.

Delante de la villa olímpica esperaba el autobús de los deportistas australianos. Todos estaban ya dentro, solo Zdeněk permanecía fuera con Franta. Zdeněk regresó a Australia para jugar en el estadio de Melbourne y vender chocolate danés. Franta haría publicidad de las locomotoras checas T 678, conocidas como *Koko*, y jugaría ante el público checo, que a menudo gritaría:

—¡Viva Tikal!

## El ciclista maldito



Había oído que existían poetas malditos. Yo conocí personalmente a un ciclista maldito. No sé qué parcas tejieron su destino en la cuna, pero debieron de ser muy malvadas e ingeniosas y, al mismo tiempo, terriblemente interesantes. Antes de marcharse, la última seguramente le dijo:

—Que tu alma sea arrastrada por la vida de aquí para allá como son arrastradas las nubes a través del cielo. Tu alma nunca alcanzará la tranquilidad, nunca dejará de anhelar la conquista, el conocimiento y el éxito, y será como el alma de un caballero errante.

Así vino al mundo Honzík Kubr en la localidad de Milevsko, en el sur de Bohemia. La madre, maestra; el padre, empleado público. El padre fue después ejecutado por su actividad antifascista. En 1941, en Buchenwald. Honzík Kubr tenía entonces siete años. Caminaba largos kilómetros para ir al molino a comprar harina y en las piernas se le formaban unos pequeños corazoncitos, futuras varices.

### *Querría escribir un libro sobre ti*

Conocí a Kubr después de la guerra. Fue en una carrera por Bohemia y Moravia, en aquella época nadie se acordaba de Eslovaquia. Le tenía envidia a mi compañero Pondělík, porque tenía a Jan Veselý. Entonces a eso se le decía «tener tu propio caballo». A Veselý también lo tenía el jovial reportero gráfico Jarda Skála, que andaba un poco como Chaplin, un poco como Horníček<sup>[8]</sup> y un poco como Skála. En realidad aquello era como el hipódromo de Chuchle: los periodistas tenían sus caballos favoritos, los adoraban, los animaban, escribían entusiasmados sobre ellos y, a diferencia de lo que pasaba en Chuchle, podían mantener conversaciones con ellos. Por supuesto, yo les tenía envidia porque me gustaba el ciclismo lo mismo que a otros les gustaba el fútbol o el hockey y de momento no tenía mi propio caballo. Pero he de reconocer que era joven y aún no sabía darle a las teclas como para escribir sobre un caballo.

Y de repente, en la segunda etapa de la carrera, vi al mío. Tenía un trasero bonito —lo que siempre es importante en un ciclista— y unas hermosas y

largas piernas, como las de una bailarina de striptease del Crazy Horse Saloon de París. Tenía la sonrisa enigmática de la Mona Lisa y la nariz respingona. Y un maillot azul como el cielo azul. Y corría por la carretera como una nube por el cielo. Pedaleaba y se escapaba del pelotón cuando quería y como quería, y en todo momento se reía y gastaba bromas.

¡Ese es mi caballo!

Un corredor que se ríe y gana.

Una ricura. *Bel ami*.

Al día siguiente Jan Kubr se encontraba delante del ayuntamiento de una ciudad de Moravia. Tenía miedo de que alguien se me adelantara, así que fui rápidamente a ponerme de acuerdo con él:

—Querría escribir algún día un libro sobre ti.

Me miró sorprendido, todavía éramos los dos unos muchachos y teníamos aún mucho tiempo por delante para libros.

—Es que hoy voy a abandonar —me respondió.

Mientras decía esto, había en sus ojos una peculiar tristeza que probablemente era involuntaria y salía de su alma como salen los rayos del interior de una máquina de rayos X. Después sonrió, casi como si sonriera a una chica. Los dos sonreímos como dos niños que se han puesto de acuerdo para jugar a las canicas. Fue un amor deportivo a primera vista. ¡Era, a primera vista, un muchacho fantástico! Pero entonces no sabía lo que sé hoy. Que era un ciclista maldito.

Aquel mismo día llegó a la caravana de coches que seguía la carrera el anuncio de que Kubr había abandonado. Sonó como el anuncio de una defunción. La carretera estaba gris como en aquella canción. A mí dejó de interesarme la carrera.

### *Por qué no he escrito todavía el libro*

Todavía no he escrito el libro y, además, todo lo que he escrito sobre él es muy malo, mucho peor de lo que he escrito sobre otros deportistas. Eso sí, nos hicimos grandes amigos. Montamos juntos en bicicleta, me hizo saborear la sensación de que yo era más rápido que él. En el sur de Bohemia me enseñó a montar en moto en una Jawa. Durante una temporada fui su ayudante en un camión. Pescamos juntos lucios. Cociné en su cabaña para que él pudiera entrenar. Nos visitábamos mutuamente cuando estábamos en el hospital. Una vez salimos juntos con unas chicas. Nadamos en los más bonitos lagos del sur de Bohemia, que casi nadie conoce. En definitiva, actividades muy agradables y tremendamente variadas. Lo que nunca hicimos es emborracharnos juntos, y

es una pena: él no bebía. Después de todo aquello habría podido escribir sin problemas su expediente, pero para un libro no bastaba. No sé por qué. Quizá soy tonto, o a lo mejor es imposible escribir un libro sobre él, lo mismo que no puede escribirse sobre un glaciar que continuamente cambia de forma, se rompe, se desgaja y permanece siempre inexplorado e ignoto. Nunca lo he entendido, igual que no entiendo a una nube en el cielo. Solo sé que se mueve deprisa, que vuela, que persigue un objetivo, que unas veces está al sol y otras bajo la lluvia. Ora está clara, ora está oscura. Quisiera arrancarla del cielo, meterla en mi mochila y después, en casa, ponerla en mi máquina de escribir y amoldarla a mi gusto. Pero siempre se me escurre por algún lado, se transforma y vuela a otro lugar del cielo. Adonde yo, por supuesto, no esperaba.

### *El talento y el trabajo*

A veces me ponía a pensar en cómo se había formado el ciclista Kubr. Si lo había formado el talento o el trabajo. Pero de momento no existe ningún aparato en el mundo que pueda medir el talento de Vincent van Gogh, de Miguel Ángel o de Rembrandt. En cualquier caso, lo que es indudable es que estos artistas y otros que, como ellos, demostraron su gran valía fueron muy trabajadores, se volvieron locos o volvieron loca a su familia, o se olvidaron de que tenían que comer y acabaron muriendo de inanición.

Jan Kubr también quería demostrar su valía sobre una máquina llamada bicicleta. ¿Pero qué es exactamente lo que quería demostrar? Su objetivo no era tan noble como el que perseguía Miguel Ángel al pintar la Capilla Sixtina a pan y agua, pero seguro que era más noble que ir todos los días a la taberna a cantar aquello de que «los checos son valientes y gallardos» o de que «los praguenses llevan la sangre del Moldava». Sencillamente a Jan Kubr le gustaba montar en bicicleta. Le encantaban las mañanas, cuando pedaleaba por el sur de Bohemia y los tubulares ronroneaban. Primero quiso demostrar con sus propias fuerzas que era un hombre, y necesitaba probarlo de alguna manera. Después pensó que corría por su región, por el sur de Bohemia. Si de allí salían unas carpas de fama mundial, ¿por qué no podía salir también un gran ciclista? Y también decidió correr por la patria. En definitiva, había de todo.

Yo diría que no tenía gran talento. Pero trabajaba como Miguel Ángel o como Vincent van Gogh. Diez veces más que los demás ciclistas y cincuenta veces más que los futbolistas del momento.

Eso sí, tenía un don excepcional. Un cuerpo espectacular. Unas largas y potentes piernas y unos pulmones de siete litros.

*¿Usted es del sur de Bohemia?*

Siempre me fascinó que fuera del sur de Bohemia. Aquella era la tierra de sus amores. Íbamos juntos en bicicleta y en el aire había un vapor especial, el cielo estaba claro y daba gusto respirar. La hierba era especial, el agua de los lagos era especial y hasta la cerveza de las tabernas tenía un sabor especial, y yo, después de tomarla, no era capaz de pedalear, y él me agarraba del sillín para empujarme, y el sonido de sus carcajadas se unía al de las gaviotas.

En su querido sur de Bohemia había recorrido en bicicleta quizá cientos de miles de kilómetros, nadie los ha contado ni los va a contar. Durante un tiempo recorrió todos los días del trabajo a casa y de casa al trabajo más de doscientos kilómetros.

Cuando entrenaba, corría al mismo nivel que los profesionales en el Tour de Francia.

El sur de Bohemia lo idolatraba.

Junto a la barrera lo esperaba siempre Vejvoda, el guardabarrera, que le decía:

—Hoy vas a tener frío, Honzík

—Hoy vas a tener calor, Honzík.

Nunca le decía lo que le decían otros:

—¿Por qué no dejas de una vez la jodida bicicleta?

En Vodňany tenía su avituallamiento: el panadero siempre le dejaba en la ventana unos panecillos y no aceptaba que se los pagara.

Un hortelano le reservó un cerezo y él le iba arrancando poco a poco las cerezas cuando pasaba por allí. Una vez, en medio de una helada terrible, llevaba casi cien kilómetros pedaleando cuando sintió que estaba haciendo eses del cansancio y del frío. A su lado pasó un autobús. Los obreros lo subieron, le dieron unas friegas para desentumecerlo y él les dijo que no tenía dinero para el autobús.

—Aquí, Honzík, no necesitas dinero.

Aquel *aquí* significaba el sur de Bohemia.

Solo que la bicicleta suponía muchos gastos. La bicicleta se llevaba prácticamente todo lo que ganaba como obrero en una fábrica, como camionero, como conductor de excavadora.

*En un año lo haría campeón del mundo*

Jan Kubr empezó a ser famoso en el mundo del ciclismo. En la Carrera de la Paz se escapó y llegó a Brno en solitario. Era el primero de la clasificación, pero tuvo una caída y se lesionó. Ganó con superioridad la competición de Karlovy Vary. Después ganó un montón de carreras, pero ya ni recuerdo cuáles. Me acuerdo mucho más de las que no ganó, porque en esos casos siempre había por medio algún drama o algún lío. En otras ocasiones aquellos que lo vencieron no lo hicieron precisamente con buenas artes. Hubo una Vuelta a Eslovaquia en que Kubr estaba muy en forma. Rodaba tan bien que el fantástico entrenador belga Naesens, como si hablara de la cría de un caballo, me dijo:

—En un año lo haría campeón del mundo.

Los italianos Cestari y Morucci y aquel otro, Emiliozzi, estaban desesperados. Kubr se les escapaba cuando quería. Hasta la etapa de los Tatras, Kubr ganó la mayoría de las jornadas. Y además, sonreía y charlaba durante el recorrido. Y justo antes de esa etapa, alcancé a escuchar en un corrillo esta curiosa frase:

—Hoy los italianos le van a dar una paliza.

Y se la dieron. Aquel día rodaron como máquinas. Morucci parecía Mefistófeles, era como si arrastrara diabólicamente a Kubr hasta el mismísimo infierno. El italiano marcaba el ritmo y a veces tragaba algo, seguramente se estaba dopando. Kubr se puso lívido, se descolgó. Lloramos por él en los coches. Aquel día los italianos resolvieron la carrera a su favor, pero uno de ellos sufrió graves complicaciones físicas. Los medios normales no eran suficientes para derrotar a Kubr. Había que tomar pastillas o ponerse inyecciones.

### *Viva la risa y el buen humor*

Kubr también hizo muchas tonterías en su trayectoria como ciclista. Era como si pensara que aún tenía tiempo de sobra para victorias. A veces incluso parecía que la victoria no le interesara. De sus barrabasadas se cuentan leyendas y lo inventado se mezcla con lo real, como si hoy fuera ya un personaje legendario. Algo oí, algo vi, pero todo podría resumirse en un «dicen que...».

Fue el primero que dio al pelotón la orden de detenerse para coger cerezas. Una vez, mientras se rodaba a toda velocidad, se quedó atrás, se paró y se fue a una tienda a comprar unos panecillos. Cuando estaba sancionado y no podía competir, fotografiaba a los ciclistas. Después montaba en su bicicleta, los adelantaba, volvía a sacar la máquina y a fotografiarlos. Solía

soltar el manillar y hacer como que disparaba con un revólver, y estaba orgulloso de que lo llamaran Clifton.

No lo condenéis por estas acciones, porque Kubr ya fue juzgado secreta y públicamente por los entrenadores y los funcionarios, a los que continuamente irritaba. Era un ciclista maldito. Pero ¿por qué maldito? Porque, entre otras cosas, lo había maldecido y denostado la gente que quería que se comportara con seriedad cuando abandonaba una competición. Por abandonar la Carrera de la Paz le impusieron dos años de suspensión. Lo mismo que a mí no me cabía en la máquina de escribir, a otros no les cabía en su vida.

—Mientras estuvo en activo Honza Kubr, siempre hubo risas y buen humor —dicen con nostalgia los ciclistas.

En aquellos tiempos había más victorias checas y por eso había más jolgorio.

Honza Kubr comprendió que uno no podía pasarse la vida viajando en tranvías repletos y poniendo cara seria. Hacía falta reírse un poco para no volverse tarumba.

Pero los años siguieron pasando y él seguía sin conseguir una victoria importante, sin ganar la Carrera de la Paz y sin ser campeón del mundo, como había dicho aquel señor de Bélgica.

Al final lo traicionó el don que le había sido concedido: sus poderosas piernas y sus pulmones de siete litros.

En las piernas aparecieron las primeras varices y en los pulmones —justo antes de partir para correr la Vuelta a Egipto— una gran mancha marrón.

Y después todo fue más para llorar que para reír. Le pusieron inyecciones, le dieron mil pastillas, pero no fueron capaces de determinar de qué enfermedad se trataba. Al principio pensaron que tuberculosis, después que hongos, después no sé qué otra cosa. Iban transcurriendo los años y él se pasaba en la cama veinte horas al día. Seguían sin saber qué era y aún hoy anda por ahí con esa mancha dentro de su enorme pecho. Seguramente será un pequeño balón de fútbol marrón que se cayó allí cuando en la mili lo obligaban a jugar a ese deporte. No pudieron saber qué era porque era un ciclista maldito.

Empezó de nuevo a pedalear, quién sabe cuántas veces había retomado el ciclismo después de tantas sanciones y enfermedades. Pero ya no tuvo fuerzas para terminar su Capilla Sixtina como el divino Miguel Ángel y no le quedó más remedio que bajarse del andamio.

*Un antiguo cuaderno de entrenamiento*

Años después hojeé furtivamente su diario de entrenamiento. Los meses y los años pasaban a toda prisa:

En 1953 he recorrido solamente 22.000 km  
Peso 74 kg, mido 1,84 m  
Ya no tengo dinero para repuestos  
Tengo que volver a correr, primero despacio y después a toda máquina  
Tengo una mancha en el pulmón  
Tengo muy mal las piernas  
Debería comer mucho, pero no tengo dinero, lo que más como son panecillos  
Me he gastado 1300 en repuestos  
Tengo la bicicleta hecha un desastre  
He paseado por la ciudad en una bicicleta de chica, así termina mi entrenamiento

Sigo y sigo leyendo. Así que aquel era el diario que nunca me había dejado leer. Siento ganas de dar un puñetazo contra la mesa sencillamente porque parte de su talento, parte de su enorme esfuerzo, naufragó por lo más necesario y por lo más miserable del mundo, que son la salud y el dinero. Jan Kubr, alias Clifton, entra en la habitación. Tengo la sensación de que estoy metiendo la mano en el bolsillo como si quisiera darle cien coronas. Entra y sé muy bien que ya es tarde. Es fuerte, pesa casi cien kilos, en la boca tiene un cigarrillo encendido.

Sonríe y a sus ojos asoma una tristeza extraña, como salida de una máquina de rayos X. Aquella vez no lo sabía, pero hoy sí que sé lo que significa esa tristeza. Era un ciclista maldito.

—Ven, en la cocina está el desayuno —dice amablemente.

Vive en uno de esos edificios altos de Pilsen. En la cocina hay una gran ventana desde la que pueden verse, como desde un faro, los campos y el bosque. Y junto a la ventana están sentados su hijo Míša y su mujer Jiřina, que lo ha acompañado en la mayoría de sus penalidades y que tendría que haber recibido la medalla de *Esposa de Jan Kubr*. Y podría estar muy orgullosa de ella. Y junto a la gran ventana está también el desayuno. Tenemos mermelada, té, mantequilla y huevos, un desayuno como debe ser, un desayuno de familia formal. Y tenemos también mucha conversación, porque nos sentimos bien. Hemos superado la enfermedad, la maldición, las caídas, las victorias, el hospital, la muerte y hasta la desgracia de que no nos picaran los peces.

Junto a la gran ventana está el desayuno.

Honza Kubr, entrenador del Estrella Roja de Pilsen, mi caballo, se levanta de repente y señala allá abajo una pequeña figura que se mueve lentamente por la carretera:

—Ya ha salido a entrenar. Es Háva. Va a ser bueno. Es el único que entrena los domingos.

Mientras mira a Háva, comienza a comer con aire ausente, preferiría pedalear con él. Pero de Háva lo separan diez años y eso en deporte es una eternidad. Honza permanece en silencio, al menos pedalea con él en su pensamiento y se desplaza como esa nube oscura del cielo que se mueve de izquierda a derecha y tiene el color de un bizcocho de arándanos.

## El portero



### *Cómo nació un niño*

El padre los abandonó, así que Josef tuvo una vida muy dura incluso antes de nacer. Solo tenía a su madre, Julka, huérfana, ella misma prácticamente una niña. En aquella época, en el 37, servía en casa de un labrador que se llamaba Strítěžný. El labrador la amenazaba:

—¡Te voy a echar en cuanto nazca ese bastardo!

Y ella deseaba tanto tener una criaturita para poder darle cariño.

La acosaron de tal manera que acabó arrojándose desde el desván para terminar con todo. Solo que Josef Mikoláš, cuyo nombre repetirían con fervor frente al televisor miles de personas veintitrés años después, tenía la piel dura. Vino al mundo y su mamá lo contemplaba con ojos llorosos y felices. Así fue como nació aquel niño.

Pero no era un niño como los demás, no podía ponerse de pie, tenía las piernas torcidas por el raquitismo. De día la madre iba al campo y lo ataba con una cuerda a la pata de la mesa. El frío suelo de cemento de la cocina le provocó una fuerte pulmonía. La mujer del labrador encendió una vela por su alma.

—Se te va a morir.

Julka entonces corrió por todo el pueblo gritando:

—¡Se muere mi hijo!

El pueblo permanecía en silencio, ya tenía suficientes preocupaciones. Solo la tendera le recomendó que lo envolviera en paños empapados de alcohol. Salió de aquella.

La madre dejó la casa del labrador para irse a trabajar a la fábrica de productos químicos Rüttgers. Les dieron un piso en las casas Goldberger. El suelo era de barro, las paredes estaban llenas de agujeros por donde entraban las ranas.

A los cinco años Josef tenía las piernas como dos palillos y todavía no andaba. Sentado junto a la cuneta, esperaba, muerto de hambre, a que la madre regresara del trabajo. Después Julka lo llevaba a cuestas a casa. Los

domingos por la tarde paseaban también de este modo por los alrededores de Ostrava, siempre cubiertos de polvo.

Para Julka aquello era un vida horrible. Tiempo después, Josef consiguió ponerse de pie y andar.

—¡Ay, Pepík, mi tesoro!

### *Minero*

Todavía durante mucho tiempo Josef seguiría sin ser como los demás. Caminaba cien metros y tenía que pararse, le dolía la columna. En la escuela conoció a nuevos amigos y fuera de la escuela, el balón de fútbol. Pegabas una patada y con ello el balón se movía más rápido que tú, brincaba y volaba. Pepík daba vueltas alrededor del balón y lo chutaba desde todas partes. Se aficionó a este juego sin saber que así fortalecía sus huesos y sus articulaciones. Después empezó a jugar al fútbol con los demás chicos. Los capitanes lo defendían:

—Pepík no corre mucho, pero le da muy bien al balón.

Aunque no todo fue siempre tan sencillo. Todavía sintió cien veces el dolor y la decepción. Más de una vez se avergonzó ante sus amigos porque las botas y el abrigo se los había dado la Cruz Roja y por estar entre los últimos.

Casi todo el mundo conoce en algún momento a una persona que cambia el rumbo de su vida. Para él esta persona fue su padrastro Žít'a. Sus vidas, aunque separadas por la edad, compartían un destino similar. Žít'a lo comprendía. De pequeño había pasado cuatro años en un orfanato. También había estado en un campo de concentración nazi y había escapado a la marcha de la muerte un día antes de que los fusilaran a todos.

A su regreso conoció a Julka. Les dieron un piso de tres habitaciones. Con el único dinero que tenía, Julka compró un cuadro con unos abedules, lo colgó en la pared y se sentó en una silla en medio de aquella habitación completamente vacía. Solía quedarse largo rato mirando el cuadro.

Su Josífek ya no era el último. Se llevaba de casa un despertador y corría en el bosque como Zátpek. Jugaba al fútbol y los últimos años traía de la escuela matrículas de honor.

Žít'a se convirtió en su timonel. En sus últimas vacaciones escolares lo llevó a picar a la mina.

—Si fuera tu propio hijo, no lo bajarías a la galería —le decían los mineros.

Pero aquello no hizo más que estrechar su relación. Juntos avanzaban por las galerías. En algunas, de no más de cuarenta centímetros de altura, tenían

que permanecer tumbados para extraer el carbón. Respiraban el mismo polvo. En los instantes difíciles Pepík buscaba los ojos de Žít'a, que siempre sonreían y lo animaban a continuar.

Fue el único de su clase que entró en la escuela de minería. Su madre no le quiso firmar la solicitud de ingreso. Quién sabe lo que podría haber sido — pensaba— y ahora tendría que estar todos los días con el corazón en vilo esperando a que llegara de la mina.

### *El nacimiento de un portero*

En hockey el origen de la mayoría de los porteros está en que al peor patinador no le queda más remedio que irse a la portería. Pepík tenía quince años cuando los profesores de la escuela de formación profesional lo colocaron en la portería en sustitución del lesionado Botek.

—Con un poco de suerte igual te encuentras alguna.

Algunos disparos efectivamente se los encontró. Por otros saltó, como había visto hacer a los porteros de fútbol.

—No sabes patinar, pero tienes valor —le dijeron.

En los pabellones de hielo normalmente entrenan durante el día los equipos de primera, los chavales tienen que entrenar por la noche o por la mañana temprano. Los chicos de la escuela de formación profesional entrenaban desde las tres y media de la mañana. Pepík tenía que levantarse a las dos de la madrugada. La portería era solo suya. Estaba solo contra los otros muchachos, que se precipitaban sobre él. Salía a su encuentro, se caía, les arrancaba el disco del stick. En aquella época había muy pocos porteros, a menudo ocurría que alguno no venía al entrenamiento. Así, en el hielo iban sucediéndose los equipos, mientras que en la portería permanecía durante horas y horas Josef Mikoláš.

Ya jugaba en el equipo de la escuela cuando, en uno de aquellos entrenamientos de madrugada, se le acercó el entrenador del Vítkovice, un equipo de primera división.

—Mira, chico, quédate en esa jaula. Es que no ha venido nuestro portero.

Después el segundo portero del Vítkovice dejó el equipo y convencieron a Pepík para que ocupara su puesto. No quería, tenía miedo. No de los golpes, sino de las miradas feas y las recriminaciones. Parar un pequeño disco disparado como una bala no es nada fácil. Detrás del atacante está el defensa, detrás del defensa el portero. Pero detrás del portero solo está la red que ondea tras recibir el disco, la amargura de la derrota, las horas de entrenamiento desperdiciadas, la decepción de los compañeros, la batalla

perdida. No por casualidad en Canadá el portero es el jugador número uno y es el preferido del equipo. Todos los compañeros están dispuestos a pelearse por él, incluso a arreglar sus asuntos personales. Cualquier cosa para que el tipo de la portería se sienta mejor que nadie.

Pepík, a primera vista un hombre duro —trabajaba en las estrechas galerías donde se encontraba el filón, era capaz de picar el carbón durante horas en cuclillas o tumbado—, escondía en su interior una gran sensibilidad. Un amigo le introdujo en la obra de Shakespeare. Cuando iba por las galerías recitaba para sí versos de *Romeo y Julieta*. Le encantaba el drama sobre Ricardo, que también tenía un cuerpo deforme y, sin embargo, había conquistado el mundo. Soñaba con la poesía de las estrellas. Aunque a menudo se las ocultaban la tierra que había por encima de él o el techo del pabellón de hielo.

Por eso, más que la pérdida de los primeros dientes, lo que le dolieron fueron las palabras despectivas y los insultos:

—¿Es que no sabes parar, idiota?!

Tres veces entregó el equipamiento y las tres lloró. Pero siempre estaba allí Žít'a. Pepík buscaba sus palabras y sus ojos. En todo momento le daban ánimo y lo empujaban hacia adelante, igual que aquella vez, en su primer turno en la mina.

—¡No me digas que vas a dejarlo, Pepík!

Y de nuevo recogía el pesado equipamiento de portero.

### *Candidato al equipo nacional*

En su primer partido en primera división algo cambió. Jugaban en Chomutov, precisamente el día de San Nicolás<sup>[9]</sup>. En la grada había buen ambiente, el público lo estaba pasando muy bien. En diez minutos el portero del Vítkovice había recibido ya cuatro goles. Los jugadores se le echaron encima al entrenador:

—¡Mete a Pepík!

Los altavoces anunciaron:

—A la portería del Vítkovice entra Mikoláš.

Al público aquello le pareció un chiste.

—¿Dónde tienes el báculo? ¿Dónde has dejado al demonio? —le estuvieron gritando durante todo el partido.

El Vítkovice recibió diez goles, pero Pepík no jugó mal. En alguna ocasión incluso lo aplaudió el público y eso le dio ánimo.

A partir de ese momento comenzó a entrenar de una manera jamás vista. Para adquirir flexibilidad daba volteretas sobre el hielo con todo el equipamiento. Se tiraba y se levantaba. Entrenaba mucho más que antes. Jugaba al fútbol, al ping-pong. Incluso en la mina ejercitaba los músculos en una barra provisional durante las pausas.

La siguiente vez que jugó fue en casa contra el Kladno. Antes de salir al hielo le temblaban las manos, ni siquiera era capaz de atarse los cordones de los patines.

Los de Kladno atacaron muchas veces pero solo consiguieron meterle un gol. El Vítkovice ganó y los trabajadores de la mina y de los altos hornos gritaron por primera vez su nombre:

—¡Mikoláš! ¡Mikoláš!

Ahora conducía una locomotora, que había sustituido a los antiguos ponis. Les llevaba a los mineros vagones vacíos y los traía de vuelta llenos de mineral. Repasaba en su mente cada detalle de los partidos jugados, cada gol que podía haber parado.

El trabajo en la mina se convirtió en su entrenamiento más duro y en una especie de continuación de la terrible vida que había tenido de niño. A menudo trabajaba en completa oscuridad, con el tacto localizaba el lugar donde se había soltado la cadena. Olía siempre el peligro. Con la fuerza de sus brazos y su espalda volvía a colocar los vagones que descarrilaban.

De la oscuridad y la soledad del subsuelo salía al calor y la deslumbrante luz del pabellón de hielo, repleto de cuerpos y voces humanas. En casa nunca había tenido ocasión de conversar mucho y la mina le había enseñado la precisión. También en el hockey descubrió las leyes del menor movimiento y de la máxima efectividad. Adelantar el guante de la mano libre, tirarse sobre el hielo, salir al encuentro del atacante.

Su nombre sonó muchas más veces en los estadios. En Moscú, cuando la selección juvenil de Checoslovaquia derrotó a la selección absoluta de la Unión Soviética, el público gritó:

—*Vratara! My jo-tsim vra-ta-ra!*<sup>[10]</sup>

Pero en la selección nacional no pasó de ser el eterno candidato a la portería. A los seleccionadores les quedaba muy lejos Ostrava. No jugó ni en Oslo, ni en Praga, ni en Squaw Valley. Finalmente lo alinearon en Canadá. En Kitchener el médico le cosió directamente en el banquillo y sin anestesia una brecha en la barbilla. Ni se sabía los puntos que le habían dado ya en la cara. Realizó una actuación fantástica y los entrenadores le dijeron:

—Si sigues jugando así, Pepík, algún día vas a jugar el campeonato del mundo.

### *Portero de los campeones de Europa*

Iba a ir al campeonato del mundo de Suiza. Contaban con él, a pesar de que aquella temporada estaba jugando en segunda división. No habían triunfado las voces que decían que en Canadá había hecho una gran actuación porque allí no había nada en juego.

Disfrutó de los últimos entrenamientos en el estadio de Ostrava, que, con sus arcos de acero y sus paneles de cristal, parecía una fábrica. Y de repente un rayo de sol de primavera refractado por el cristal del techo, un instante de retraso en la reacción a un disco disparado desde cerca a cien kilómetros por hora, el dolor en la cara. Comenzó a ver borroso. Se acercó el compañero que había lanzado.

—Perdona, Pepík...

Quería decirle que por esas cosas no se pedía perdón, pero no podía ni abrir la boca.

—Seguro que no es más que una lesión muscular —dijo alguien.

Lo llevaron al hospital. Le hicieron una placa de rayos X.

—Fractura triple del arco cigomático. Le tenemos que abrir la cara y recolocárselo. Estará un mes de baja.

En aquella época los porteros todavía no llevaban protección en la cara. Tenía el rostro repleto de cicatrices, varias veces se le había roto la mandíbula y se le había vuelto a soldar, diez de sus dientes eran postizos. Mikoláš tomaba las heridas como algo normal, como el precio que había que pagar por disfrutar de un juego tan bonito.

A fuerza de suplicarle convenció al médico para que lo dejara salir del hospital.

Se llevó a Suiza una máscara de protección de plexiglás. Ni los entrenadores ni el resto de los jugadores sabían nada de su lesión, nunca llegó a ponerse la máscara. Solo Vlach y Kasper, que también eran de Ostrava, conocían la verdad, pero mantuvieron silencio.

En Suiza no habló mucho. Y es que alguna vez le ocurría que, al abrir la boca, ya no la podía volver a cerrar. Cuando los chicos le decían algo, se limitaba a sonreír.

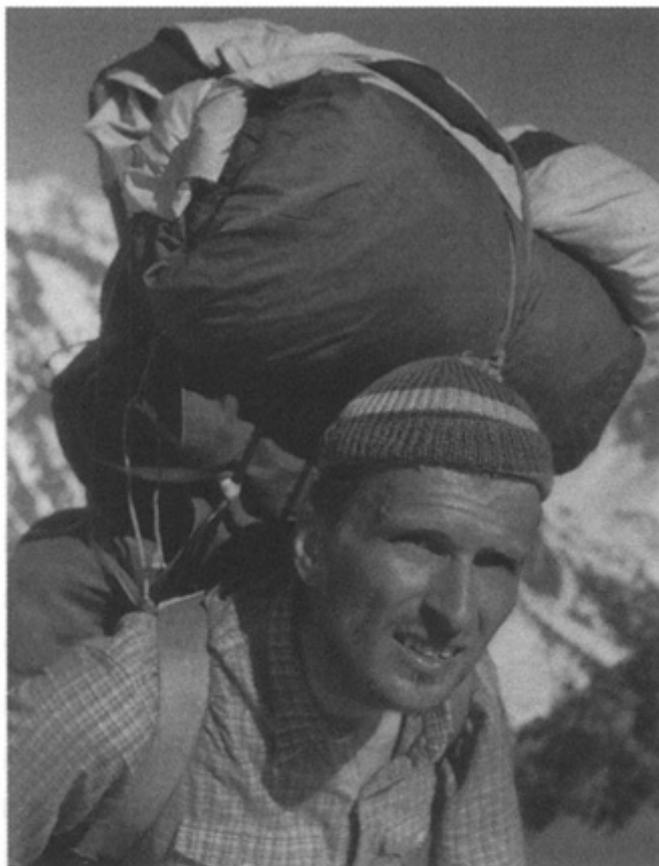
Su primer partido en el campeonato del mundo: dos veces estuvo el finlandés Salonen completamente solo frente a él y las dos veces acabó el disparo en su guante. Los tipógrafos compusieron por primera vez este titular:

Cuando no había otra manera, no dudaba en meter su cabeza partida. El único gol que le hicieron los americanos lo desvió precisamente con la cabeza.

—No puedo dejar que el equipo pierda, no puedo encajar ningún gol por error... —se decía mientras atacaban y disparaban Rusnell, Alexandrov, Tambellini, Sly, Tumba.

Terminó el último partido del campeonato del mundo y sus compañeros lo subieron a hombros. Quedaron segundos, por detrás de Canadá. No perdieron ni un partido y se convirtieron en campeones de Europa. Por primera vez en mucho tiempo rompieron con el dominio de los jugadores de la Unión Soviética. Ahora ya podía enseñar su protección de plexiglás, pero no la sacó. No había razón para ello.

## Ascensión al Eiger



Desde la pequeña ciudad de Grindelwald hasta el hotel Kleine Scheidegg asciende la cremallera del ferrocarril. A finales de agosto de 1961 montan en el primer vagón dos hombres: Radan Kuchař, empleado de una oficina técnica de Liberec, y Zdeno Zibrin, meteorólogo de Chopok. Tras ellos entra en el vagón un policía de baja estatura y uniforme azul. Les pide los pasaportes y les pregunta:

—¿Van al Eiger?

Kuchař asiente mientras Zibrin se quita la pesada mochila.

—¿Los señores tienen familia?

Esta vez asienten los dos.

—¿Saben lo que pasó ayer en el Eiger?

Era un pregunta tonta, ingenua. Toda Suiza sabía que el día anterior se había despeñado en el Eiger Adi Mayr, un guía de montaña de Innsbruck. Las primeras páginas de los periódicos habían mostrado una vez más la imagen de la pared más difícil de Europa, festoneada de cruces blancas. La cruz más grande correspondía siempre a la última víctima. La decimoctava, la de Mayr, estaba dibujada en la rampa de debajo de la Travesía de los Dioses.

—No pueden ir al Eiger. A no ser que depositen una fianza de mil francos para la operación de salvamento. Estamos teniendo con esto unos gastos terribles —les comunica el policía de azul mientras a través de la ventanilla observa con indiferencia a una pareja de millonarios que están bajando de un cochazo de aletas despampanantes.

La rabia se apodera de ellos. ¿Por qué habla de la operación de salvamento y del fin de la expedición antes siquiera de que esta haya comenzado? Su ascensión no tiene nada que ver con la pomposa actuación en solitario de Mayr, concebida para ganar fama y dinero. Van a ascender una montaña en pareja y con cuerdas, tal como viene haciéndose desde hace décadas. Nadie suele llevar mil francos encima y menos que nadie un montañero que va a escalar una pared en la que con ellos no podría comprar ni una galleta. Además los equipos de salvamento de montaña tienen

prohibido el acceso al Eiger. En caso de una desgracia llegan voluntarios de toda Europa. Intentan explicarle esto al suizo, pero acaban enfadándose.

—Nuestro país se ocupará de nosotros.

El policía ni se inmuta y les muestra la puerta.

—Bajen, por favor.

—¡Al infierno!

Zibrin saca las llaves de su Octavia azul, que en aquel momento descansa en el autocámping de Grindelwald.

—Si no volvemos, puede vender el coche.

El policía de azul, vencido por la seguridad que muestran los montañeros, coge las llaves. Hace un saludo militar y desaparece.

El acceso al Eiger está franco.

El ferrocarril de cremallera ronronea como un gato contento y se pone en movimiento. A su alrededor aparecen unas praderas suizas de postal, repletas de flores amarillas y rojas regadas por la quietud de la tarde. El sol dota de tonos dorados a las cabañas marrones y convierte en plata la nieve de las enormes montañas. Les inunda la tranquilidad, desaparecen las preocupaciones de hace un momento.

Kuchař y Zibrin dormirán hoy en el refugio de Eigerkletscher, muy cerca de la pared. El corresponsal en el Eiger, Victor Stoll, tiene allí reservada una pequeña habitación durante todo el año. Mientras trabaja en las noticias, piensa en los jugadores de hockey, que este año han sorprendido en Ginebra y en Lausana con su triunfo en el campeonato de Europa. ¿Pero el Eiger? Los ingleses fueron los primeros en coronar dos ochomiles: el Everest y el Kanchenjunga. Los italianos conquistaron el K2. Pero ningún inglés ni ningún italiano ha triunfado aún en el Eiger. ¿Serán los checoslovacos los primeros que en los últimos dos años superen esta pared asesina?

Mientras tanto los dos de checoslovacos están a punto de quedarse dormidos. Medio en sueños oyen la última voz humana antes de la ascensión: en la habitación de al lado la señora de la limpieza reza en italiano el rosario para que Dios se apiade de ellos. Y probablemente también para que acoja el alma de Mayr.

### *30 de agosto*

El nuevo capítulo en la historia del Eiger comienza de una manera banal. Como a la mayoría de la gente en todo el mundo, a los montañeros les da pereza levantarse de la cama. En cualquier caso, pasadas las tres de la madrugada se despegan de las sábanas, abren con esfuerzo los ojos y se

preparan rápidamente unos huevos revueltos. Se ponen sus pesadas mochilas y vuelven la vista atrás para despedirse del refugio.

—¡Nos vamos! ¡Adiós! ¡Hasta la vista!

Afuera reinan el frío y la oscuridad. Caminan por un sendero que atraviesa la ladera de hierba. Cruzan la morrena y llegan al glaciar, que es el prelude de la enorme montaña. A ratos se oye el chasquido de los crampones. Se detienen al pie del Eiger y encienden las linternas de sus cascos.

Radan Kuchař avanza hacia la grieta que separa el glaciar de la pared. La atraviesa de un salto y se agarra de un pequeño saliente. Entre él y Zdeno cuelga la cuerda que va a mantenerlos unidos durante las largas horas de la ascensión.

Los tramos sencillos del comienzo incitan a seguir adelante. Ascenden casi con total seguridad. Tienen la impresión de que ya han estado aquí muchas veces, cuando en realidad solo han estado en una ocasión, en la que tuvieron que abandonar inmediatamente debido al mal tiempo. Conocen la montaña sobre todo por las descripciones, las fotografías y los nombres de los lugares.

Ya han ascendido varias veces el largo de la cuerda. Las mochilas con el equipo y los víveres para cuatro días son de momento ligeras, como siempre al comienzo. Ascenden en silencio y con la precisión de una máquina. Solamente sus «¡venga!» y «¡vamos!» y los crujidos bajo sus pies rompen ocasionalmente el silencio. Arriba brillan las estrellas. Hace un fantástico tiempo helado. La pared norte permanece callada, como si aún no se hubiera percatado de la presencia humana.

Ascenden rápidamente por la orilla del Primer Pilar hasta la cima del Pilar Descompuesto. Comienza a despuntar el alba. A su alrededor aparecen rocas mojadas y quebradizas.

La montaña envía sus primeros batidores: los cuervos. Vuelan por encima de ellos y graznan quejumbrosamente. Radan mira hacia abajo, hacia Zdeno.

—¡Bicharracos!

Zdeno sonrío.

—Pues sí, se comen a los montañeros. Nos están esperando.

El chiste ayuda a superar la tensión. De la roca cuelga una mochila hecha jirones entre los que se ven los agujeros de una cámara fotográfica destrozada. Lo peor son las huellas de Mayr. Aparecen en los tramos de hielo y de nieve. Su situación y su adecuado tamaño muestran que era un alpinista experto. ¿Dónde acabarán sus huellas? ¿En qué lugar de la pared? Serán los primeros y

los únicos testigos de ello, porque el hielo y la nieve cubrirán después el lugar.

Radan se esfuerza por alejar de su cabeza estos pensamientos, pero teme que vuelvan. Va a intentar contenerlos durante toda la ascensión. Se concentra en la escalada. Mano izquierda, pie derecho. Ascende relajado, con el mínimo esfuerzo, buscando siempre el equilibrio de su fibroso cuerpo.

Llegan a la Travesía Hinterstoisser. Este era originalmente el final del camino. Hace veinte años a Andreas Hinterstoisser se le ocurrió la ingeniosa idea de alcanzar el Primer Campo de Hielo balanceándose sobre una cuerda colgada de un punto más alto. Fue una victoria temporal. Inmediatamente después la muerte lo alcanzó a él y a sus tres compañeros. Las condiciones climatológicas empeoraron, renunciaron a la ascensión y ya no buscaban otra cosa que salvar sus vidas. Pero no habían dejado la cuerda en la travesía. Se convirtió en una trampa para ellos, no pudieron atravesarla en dirección contraria. Desde entonces siempre se deja en la travesía una cuerda colgada para un eventual regreso. Ellos también dejan una cuerda de reserva y pasan al Campo de Hielo.

Mientras tanto, el sol, que ya ha recorrido la pared norte, se apresura ahora por el valle. Delante del hotel Kleine Scheidegg se agolpa la gente: de nuevo han subido los precios para mirar por los catalejos instalados al efecto. La vista adquiere hoy un aire exótico: son checoslovacos. Nadie ha oído hablar de ellos, seguro que se matan. La radio y la televisión emiten las primeras noticias. De los aeropuertos de las ciudades despegan aviones con reporteros gráficos. ¡Objetivo Eiger!

La primera avioneta llega pasadas las diez, justo cuando están terminando el recorrido hacia la izquierda a través del Primer Campo de Hielo. No han ascendido ni un solo metro. Tenían que llegar al canal de hielo Eisschlauch, que es el que sube hacia el Segundo Campo de Hielo. El aparato pasa volando a escasos cien metros de los montañeros. Allí, en medio de la roca y el hielo, suena como el zumbido de un abejorro. Después aparecen otros, agitan las alas en gesto de saludo, pero Radan y Zdeno ya no se fijan en ellos. Tienen que seguir ascendiendo.

Arriba, la pared empieza a calentarse debido a los rayos de sol y al aire templado del cielo transparente. La roca se resquebraja y caen las primeras piedras. Y esto no es más que la obertura del Eiger.

Un canal de hielo de cien metros. Ahora despacio. Introducen un tornillo de hielo, cincelan con el pico un escalón, otro tornillo, se ayudan con las cuerdas. La temperatura está ligeramente por debajo de los cero grados, pero

están sudando. De repente Radan se da cuenta de que lleva un buen rato repitiendo una frase en alemán: «*Die Bedingungen sind nicht ganz gut*». Quiere expulsarla de su cabeza, pero al rato comienza a murmurarla en checo: «Las condiciones no son totalmente buenas». A Zdeno le pasa algo parecido. No puede sacarse de la cabeza una cancioncilla, es una melodía insoportablemente pegadiza, pero no consigue identificarla.

Ya son más de las doce del mediodía. Los cien metros del Eisschlauch les han llevado más de dos horas. Las mochilas se han hecho más pesadas y los empujan hacia abajo. En el creciente abismo que van dejando atrás alcanzan a ver un puñado de puntos. La raya que hay entre ellos debe de ser una camilla. Hasta ahora los servicios de salvamento no habían salido a buscar los restos tras el accidente de Mayr. Los pensamientos se agolpan en la cabeza, llegan, los alejan, vuelven de nuevo.

La montaña ha concluido su obertura. Sus instrumentos, sobre todo sus timbales, ya suenan a plena fuerza. Las piedras se precipitan una tras otra. Las esquivan casi sin darse cuenta, se aprietan contra la pared hostil y continúan avanzando en diagonal por el Segundo Campo de Hielo. Desde abajo parecía que no medía más de un par de metros cuadrados, pero en realidad es enorme: cien metros de alto y cuatrocientos de ancho.

Radan se pone nervioso. A Zdeno se le ha caído el casco. Su atención se reparte entre la ascensión y las piedras que caen. Están cansados, pero se acercan a un pilar aplanado, conocido con el apropiado nombre de La Plancha. En esta zona no paran de caer piedras. La superficie está literalmente planchada. Avanzar ahora significaría arriesgar. Continuarán cuando la fría oscuridad haya vuelto a helar la roca. Buscan un lugar para pasar la noche y encuentran un saliente de roca como un armario y sobre él una superficie plana del tamaño de una silla.

Zdeno prepara un té calentando nieve con una pastilla de alcohol sólido y Radan se acomoda. Mete en una grieta la mochila y el casco, y se sienta sobre él. Introduce unos clavos en la pared y se ata a ellos con la cuerda. Sus piernas quedan colgando en el vacío.

Beben a sorbos el té e inmediatamente les inunda una sensación de bienestar. Han dejado tras de sí un gran tramo de la ascensión. El Eiger ya les ha mostrado quién es y ellos le han enseñado sus habilidades. Mientras tanto va cayendo la noche y en el firmamento, que se siente tan cerca, van apareciendo estrellas brillantes. Van a hacer vivac en el Eiger, algo que muy pocos logran.

Con la creciente helada los cañonazos de la montaña van remitiendo. Está terminando el primer acto. Mañana todo va a ir bien, dicen. Se desean las buenas noches y se meten en sus sacos de dormir.

En esta posición solo consiguen entrar en un estado de duermevela poblado de sueños y recuerdos. Radan está escalando una vez más con sus amigos en Skalák, cerca de Liberec, y mostrando su admiración por Jožka Smítka, Procházka y los hermanos Chlum, que en las rocas de la cima tenían sus escondites, lejos del alcance de los fascistas. En Skalák aprendió la técnica de la escalada, que le permitió afrontar después las más altas cimas. Siempre lo recordaba con gratitud. De nuevo están todos sentados entre los pinos, al pie de la roca Kapelník, y Olda Skopal está cantando con su voz profunda.

Radan se despierta sobresaltado y, tras volver en sí, se masajea las piernas entumecidas. Está helando, mañana hará un día fantástico.

### *31 de agosto*

Ese día no tuvieron suerte. Pero eso no lo sabían por la mañana, cuando ascendían con recobradas fuerzas por el hielo gris azulado de la Plancha hacia el Vivac de la Muerte. En él habían pasado la última noche de su vida los alemanes Sedlmayer y Mehringer. Y probablemente Mayr también había dormido allí por última vez. Allí ya tenía que estar muy mal y perdió la calma. Sin duda habría dado cualquier cosa por tener en aquel momento a su lado a un amigo que le diera seguridad en la ascensión con una cuerda y aun con su mera presencia. Le faltó un compañero, al que él mismo renunció por la gloria de una escalada en solitario. El austríaco ya había perdido la confianza y fue picando en el hielo apoyos más grandes de lo necesario.

Radan también sentía miedo y tenía un palpito que no había notado jamás. A veces el miedo se hacía más fuerte. Lo conseguía controlar, pero no por completo. Es mejor tener un poco de miedo, para no arriesgar innecesariamente, se decía. Más que las negras y temibles rocas de la Rampa y de la Travesía de los Dioses —las más difíciles de la ascensión, a las que ya estaban acercándose— lo que le ponía nervioso era el continuo bullicio. Le parecía injusto que mientras la pared permanecía silenciosa y expectante, la gente no parara de alborotar, ávida de sensacionalismo. A su alrededor se sentía el zumbido constante de dos o tres aviones.

Pero para Radan solo existe la pared. Trabaja con ahínco, una lluvia de esquirlas de hielo surge de cada golpe de piolet. Ajusta el piolet al mosquetón y sigue escalando. Se alegra de comprobar la elasticidad de su propio cuerpo.

Pero de repente la alegría deja paso a la angustia. ¡Algo va mal! Demasiado tarde. El piolet se escurre por el gatillo —mal cerrado— del mosquetón y se precipita por las rocas como una extraña hélice. ¿Y ahora qué? ¿Regresar? Han escalado ya más de la mitad de la pared.

Deciden seguir adelante. La ascensión se hace más lenta. En los tramos más difíciles se pasan su único piolet con la ayuda de la cuerda. Ya están en la Rampa. Hielo, rocas blancas y negras, saledizos. En una roca cubierta de hielo Radan descubre el lugar donde terminan las huellas de Mayr.

—Es aquí donde se despeñó este chico.

Inspeccionan el lugar. Mayr pisó bien con el pie izquierdo, pero bajo el derecho se desgajó un trocito de hielo, pequeño como un cuaderno de colegial. Habían temido mucho este sitio, suponían que sería tremendamente difícil. Ahora estaban contentos de haberlo dejado atrás. El hielo que hay por encima está intacto. Nadie ha pasado por él en los últimos dos años. Radan llama a Zdeno. Lo llama para asegurarse de su presencia.

—¿Zdeno?!

—¿Radan?!

La sensación de proximidad es fantástica, sienten la felicidad de estar juntos.

El tiempo va pasando, ya es bien entrada la tarde. La pared comienza otra vez a arrojar piedras. El cansancio se apodera de los músculos, pero reconocerlo sería en este momento un lujo. Zdeno sabe que debe tener todos los nervios y los resortes de su cuerpo en guardia. Es el primero de la cordada y el principal enemigo de la pared. Entre su cuerpo de oso y su carga pesa un quintal. Una vez se rompió los femorales esquiando. Los médicos creían que no podría volver a hacer deporte. Lleva en los muslos unas varillas de acero, que rechinan cuando se agacha. Tuvo que andar varios meses con muletas. Después se fue a vivir a las montañas. Llevaba hasta las cabañas unas mochilas enormes y pesadas. Una vez llevó a la espalda desde Trangoška hasta el Ďumbier —a más de dos horas de distancia— un barril de queroseno de noventa y seis kilos. Esa era su manera de entrenar. Pero nunca volvió a poder levantar completamente la pierna izquierda, durante la ascensión se ayudaba con la mano para conseguirlo. En la pared aparece un puntiagudo saliente de roca sobre el que uno podía sentarse a horcajadas. Deciden pasar allí la noche, pero antes tienen que proveerse de agua de un manantial que está un tanto lejos. Radan se dirige hacia él con mucho cuidado. Bebe con avidez y vuelve con un cuenco lleno de agua. No tienen hambre, pero se obligan a comer algo. El alimento significa fuerza y vida. El cuerpo es el

elemento más importante del equipamiento. Consiguen tragar un poco de miel, queso y unos trozos de chocolate. Zdeno, cocinero de esta expedición de dos personas, prepara una soda caliente, que él mismo elogia. Después se quita las botas mojadas y se sorprende a sí mismo murmurando:

—¡No os caigáis, niñas!

Se sientan a horcajadas en el saliente de roca, el uno detrás del otro. Es bastante peor que el día anterior, pero al menos sienten el calor de sus cuerpos. Comienzan su conversación cotidiana sobre el tema más importante.

—¿Qué crees? ¿Hará mañana buen tiempo?

—Todo va a ir bien.

Después se ponen a discutir sobre cómo se prepara un buen pisto, por poco no se pelean. Se quedan en silencio, se apoyan fraternalmente el uno en el otro como pueden y esta segunda noche la pasan prácticamente en vela.

### *7 de septiembre*

Salen de sus sacos de polietileno, que los han resguardado del frío y la humedad. Se quitan los plumíferos. A pesar de todo tienen el cuerpo entumecido por el frío. Se frotran un buen rato los músculos y se preparan para la ascensión definitiva. Atan dos clavos con una cuerda para sustituir el piolet perdido. Por encima se alzan las lisas y altas paredes de la Travesía de los Dioses. Por ellas accederán al último campo de hielo —La Araña—, después continuarán por unas grietas de salida hacia la cresta Mittellegi y desde allí hasta la cima, a una altura de 3974 metros.

—¡Madre mía, qué fácil es decirlo! —se echan a reír al repasar el itinerario.

Pero la idea de que la cima se acerca les da ánimo para acelerar el ritmo.

Escalan metro a metro las paredes de hielo de la Travesía de los Dioses. El jersey rojo de Radan asciende en diagonal. Tras él avanza la camisa de color verde claro de Zdeno. Se han olvidado completamente del mundo que hay debajo de ellos. Ni se percatan del zumbido de los aviones. Trabajan como los obreros más diligentes del mundo. En medio de la helada mañana comienza a brotarles el sudor. No hay tierra firme bajo sus pies. Tras ellos se abre el precipicio más grande de toda la ascensión.

Llegan a La Araña. En dirección horizontal se extienden las traicioneras grietas y hendiduras del último campo de hielo. Aquel que llegaba hasta aquí quedaba inmediatamente atrapado por la montaña. El regreso era imposible. El camino a la victoria y a la supervivencia conducía solamente hacia la cima. Llevan ya varias horas escalando. Ha transcurrido una eternidad desde que en

su interior desearon que aquella mañana, que aquel día les fuera bien. El calor del día disuelve la cubierta de hielo de la pared en mil hilillos de agua. En verano la cara norte repite constantemente el mismo ciclo: por la noche se congela, por el día se disuelve. Esta vez, además de las piedras, caen trozos de hielo. Oyen su silbido desde lejos, desde lo alto.

Radan va ahora primero. Es el mejor escalador checoslovaco. Algunos periodistas lo han bautizado como el Zátpek del alpinismo. No solo por su técnica de escalada, sino por su prudencia, por su conocimiento de las rocas y de las condiciones meteorológicas. Hasta ahora no había habido ningún lugar en ninguna montaña que hubiera conseguido detenerlo. Había sido el primero del mundo en abrirse paso por la difícilísima cara norte del Nakra-Tau, en el Cáucaso. Pero la dificultad con la que se enfrenta ahora corta la respiración. Por encima de él hay una pared de roca de no más de doce metros. La cubre una capa de hielo. Intenta cavar en el hielo un punto de apoyo. En vano. Prueba entonces a introducir un clavo. Imposible. *Die Bedingungen sind nicht ganz gut*. De nuevo repite en su interior aquella frase en alemán. Sí, quizá en otras condiciones climatológicas —si la capa de hielo fuera más gruesa o si la roca estuviera desnuda— podría realizarse. Pica el hielo, pero este se desintegra. Así podrían seguir toda la eternidad. Para, desenvuelve un caramelo y se lo introduce mecánicamente en la boca.

Se han detenido. Los hilos de agua recorren la pared cada vez con más fuerza. Dentro de un rato será imposible pasar. ¿Y ahora qué?

¿Hacia abajo? ¿Hacia un lado? ¿Hacia dónde? Es el momento más crítico de toda la ascensión, mucho más difícil que el lugar en el que se despeñó Mayr. Examinan con los ojos aquella pequeña superficie.

Radan siempre les daba un consejo a los jóvenes aficionados a la escalada: en la pared nunca debéis arriesgar. Pero ahora se encuentra él mismo ante una decisión similar. Si consiguen salir sanos y salvos de esta, jamás reconocerá hasta qué punto ha arriesgado. En realidad está ya decidido: va a comenzar la escalada libre. ¿Cuánto puede durar la ascensión de esta pared? ¿Cinco minutos? El equipamiento, los clavos, el piolet, todas las herramientas inventadas a lo largo de la historia para la conquista de las montañas no tienen ningún valor. Quedan el hombre y la pared frente a frente. Durante el rato en que había estado parado, había palpado con la vista cada pliegue, cada hendidura. Ahora los vuelve a inspeccionar con la vista y con el tacto. No se puede poner en ellos toda la mano, solamente algunos dedos. De repente se hace un silencio sepulcral. Asciede. Los cinco minutos parecen

una eternidad. Siente cómo el agua le entra por la manga y le corre por todo el cuerpo. Se acerca a la cima de aquella pared de hielo.

Por debajo, Zdeno lo sigue con la vista. Si Radan cayera ahora, volaría doce metros hasta él y otros doce hacia abajo. ¿Resistiría la cuerda?

Finalmente Radan llega arriba. Zdeno respira aliviado. Ahora le toca a él, pero Radan ha clavado un clavo para asegurarlo. Comienza a ascender hacia su compañero. En ese momento la montaña retumba. Radan recibe un fuerte golpe que lo hace tambalearse, se agarra convulsivamente al piolet, clavado en la roca. Lo ha alcanzado un trozo de hielo. El casco le ha salvado la vida. Siente hacia él una enorme gratitud. Solo doscientos metros los separan de la cima pero ya no quieren arriesgar más por hoy. Deciden pasar su tercera noche en la pared en una pequeña repisa.

Esa noche no calientan nada, se echan a la boca los últimos restos de miel de las abejas que cría el padre de Zdeno. Están calados hasta los huesos, pero lo que les preocupa es que no hace frío. No salen las estrellas, el cielo está triste. Es ya una tradición que al final el Eiger lance un golpe de mal tiempo. Van a dormir en el lugar donde durmieron hace cuatro años los italianos Corti y Longhi, y los alemanes Nothdurft y Maier. Solo a Corti lograron sacarlo vivo los equipos de salvamento por medio de un cable de acero, tras haber pasado nueve noches en la pared. Como cada noche se preguntan:

—¿Hará buen tiempo?

No encuentran el valor para decir que no, que hará mal tiempo. Esa noche las estrellas no salen y al despuntar el día empieza a nevar.

## *2 de septiembre*

Reemprenden el camino antes del amanecer. Tienen prisa. La nieve va cubriendo cada vez más los apoyos y los agarres. Han de quitarla con los guantes. Recorren tres largos de cuerda y llegan a la arista Mittellegi, que conduce hasta la cima. De momento la cubre la niebla.

En ese instante el zumbido de un lejano avión se interrumpe repentinamente. Se estremecen. Un aeroplano modelo Norécrin se acaba de estrellar contra las rocas.

Mueren el piloto Zumstein, el reportero gráfico Züst y la secretaria Lütly.

Radan y Zdeno dejan atrás el último tramo difícil y ya están en la cresta. Meten los clavos en las mochilas y se ajustan los crampones. Han superado el peligro. La niebla desaparece, sale el sol, ilumina los encajes de nieve que adornan la cresta. Es como si de pronto la montaña quisiera recompensarlos

con esta belleza. Delante está la plateada cima y tras ella solamente el vacío y el cielo azul.

Se miran y se estrechan las manos, completamente desgarradas.

—¡Lo hemos conseguido!

Una sensación difícil de describir con precisión. Solo saben que es mucho más maravillosa que las que vendrán después. Dentro de unas horas, ya en el valle, la gente les ofrecerá billetes por cualquier pieza de ese equipamiento que ha recorrido todo el Eiger, firmarán autógrafos en mapas y fundas de prismáticos, y sonreirán ante las cámaras de fotos y de cine. Pasarán por Grindelwald y la multitud les abrirá pasó entre aplausos. También el policía de azul. Les devolverá las llaves con una disculpa. Pero todo eso, toda esa gloria no puede compararse a lo que están viviendo ahora.

Se echan el uno al otro a la boca los restos de un tubo de leche condensada y se ríen como niños.

## Una caja entera de champán



Aquella noche y aquel partido no los olvidaré jamás. Fue un partido sin parangón en el mundo del balonmano. Ahora estamos navegando río arriba y río abajo por el Sena en un pequeño barco de vapor acristalado, sobre nosotros brilla el cielo estrellado y a los lados van pasando las luces de un París primaveral, la enorme torre Eiffel, el obelisco al final de los Campos Elíseos, el imponente Louvre, el Palacio de Justicia, Notre Dame. Un camarero vestido de blanco trae una bandeja de cobre repleta de vasos de vodka ardiendo, voy reconociendo los rostros de cada uno y, sobre todo, los ojos de Racek, encendidos como las llamas del vodka, y sus labios, que, húmedos de vino y de felicidad, susurran por enésima vez:

—¡Chicos, no acabo de creérmelo!

A mí también me parece todo irreal. No estoy borracho, estoy sentado en estado de shock y todo vuelve describiendo largas parábolas, como las de un balón que ha sido despejado hacia lo alto.

La noche había empezado con aire de celebración. Entramos corriendo suavemente a la pista del estadio Pierre de Coubertin. Después de varios años se volvía a cumplir nuestro sueño de jugar la final del campeonato de Europa por equipos, que venía a ser, de hecho, el campeonato del mundo. Además era la quinta vez que se jugaba este torneo, así que se celebraba una especie de pequeño aniversario de una gran competición. Me coloqué bajo la portería e inmediatamente me sentí mejor. Los postes y el larguero me tranquilizaron. La portería es mi segunda casa, una casa de tres metros de ancho y dos de alto. Pero seguía sintiéndome peor que en otras ocasiones. Enfrente calentaba el Dinamo de Bucarest, prácticamente la selección nacional campeona del mundo. Los rumanos mostraban una absoluta confianza en sí mismos, irradiaba de cada uno de sus movimientos y de sus sonrisas. Querían derrotarnos moralmente antes de empezar. A decir verdad, se esperaba nuestra derrota. Ni en casa confiaban mucho en nosotros, porque no habían

enviado ni a un solo periodista. Solo nosotros sabíamos que aquella noche íbamos a ganar.

Habíamos hecho todo lo posible para preparar el encuentro. Durante el invierno habíamos exprimido cubos de sudor de nuestros cuerpos, habíamos practicado el esprint, los muchachos me habían lanzado miles de balones. Habíamos eliminado a los alemanes del este y después a los del oeste. Sobre todo para los jugadores del Göppingen, que habían ganado la copa de Europa dos veces, aquello había sido una catástrofe. Les dimos una paliza en Stuttgart y otra en el partido de vuelta en Praga. Entre el público de París los más numerosos eran precisamente los alemanes, querían ver cómo destrozábamos también a los rumanos. Parpadeaban las luces rojas de sus cámaras de televisión, iban a retransmitir en directo el encuentro completo.

El estadio estaba a rebosar. Aspirábamos el peculiar aire templado de la primavera francesa, sentíamos que los parisinos estarían con nosotros. Esa nación nunca ha soportado a los arrogantes y aquel día los rumanos se estaban comportando con arrogancia.

Para la ocasión habíamos estudiado al rival concienzudamente. A nuestro entrenador, Bed'ár König, se le conocía como «el profesor del balonmano». Antes de entregar su vida a este deporte, pulía lentes para gafas, y había traído al balonmano mucho de la delicadeza y la precisión de su antigua profesión. Viajó para estudiar a los rumanos en su terreno. Grabó en un magnetofón cómo jugaba cada uno y después me pasó un informe sobre cómo lanzaban a portería. El disparo a puerta es en gran medida un hábito fijo. Una vez paré con los ojos vendados los disparos de un lanzador tan fantástico como Pepík Trojan.

Los rumanos pasaban corriendo por delante de nosotros. El cañonero Moser. En cuanto saltaba por delante de la zona, disparaba generalmente hacia la mano izquierda del portero. Ivanescu, en cambio, a la escuadra izquierda. El informe me tranquilizó. Los rumanos me temían un poco. Tenía fama de ser el mejor portero del mundo. Los especialistas escribían que Jiří Vícha imponía con su presencia y les cortaba el aliento a los lanzadores. Decían que había introducido un nuevo estilo. Un estilo nada efectista: ni saltaba, ni me tiraba —al tirarse, uno no puede continuar en el juego—, solo estiraba las manos y las piernas hacia donde hacía falta. Pero había que hacerlo a toda velocidad. Los expertos habían medido la velocidad del balón en un lanzamiento en suspensión: ciento veinticinco kilómetros por hora. Los metódicos alemanes, cuyos profesores Heiser y Schelenz habían inventado el balonmano hacía cincuenta años, estaban bastante impresionados con mi

estilo. Su reconocimiento fue tan grande que averiguaron la fecha del cumpleaños de mi hija Marcela y un par de días antes le enviaron una muñeca.

Empezó el partido...

El primer gol se lo marcó Vilda Sviták al portero Redi por un costado. En el contraataque recibió el balón el gigante Moser, el mejor lanzador de los rumanos, y en cuanto saltó, se me iluminó en la cabeza adónde iba a disparar según el informe. Alargué hacia allí la mano. El balón voló hacia el lado contrario y se estrelló contra la red.

El partido se convirtió en una catástrofe deportiva para nosotros. No paraba de sacar balones de la red. Los muchachos no eran capaces de frenar al equipo contrario. Hasta al rapidísimo Vojta Mares, al que apodaban Mildemonios, se le escapaba continuamente Moser. Y yo estaba jugando fatal. Tengo la costumbre de asentir con la cabeza después de cada gol encajado por mi culpa y decir a los compañeros: «Este ha sido mío». Y después me digo: «Voy a repararlo».

Pero aquella vez solo asentí dos o tres veces, las palabras me vinieron a la boca pero no salieron de ella, no tenía fuerza para reconocer los goles en aquel partido que habíamos estado cuatro años esperando. Recibí otro gol de Moser por otro lugar completamente diferente del que había planificado Bedár König, y aquello me desmoralizó del todo. Pensé que el informe no servía para nada. Hasta me enfadé un poco con Bedár König. Tenía que jugar como jugaba siempre. Yo no acostumbraba a cubrir un lugar con las manos o las piernas antes del lanzamiento.

Mi célebre tranquilidad me abandonó.

Los chicos tampoco estaban jugando bien. Todo se juntaba. Me entraron ganas de llorar. El público estaba silencioso y triste como en un funeral. En el descanso los rumanos ganaban por cinco goles: 10-5.

En balonmano un partido así está perdido. Nadie confiaba ya en nosotros. Solamente Bedár König. No le echó la bronca a nadie, sus ojos sagaces parpadeaban y seguía a lo suyo:

—Continuad jugando como habíamos dicho. Solo vamos a cambiar un poco la táctica...

Bedár König estaba hecho un pincel. Llevaba un traje oscuro, una camisa blanca y corbata, como si fuera a acudir a alguna ceremonia. Seguía entusiasmado incluso ahora, como si hubiese esperado de antemano que el

partido fuese a desarrollarse precisamente así. Estábamos completamente sudados, las camisetas se nos pegaban al cuerpo, teníamos el ánimo totalmente arrugado. ¿Sabía cómo nos sentíamos?

En especial, me daba lástima Zdeněk Rada. Me sentía furioso contra todo.

El deporte no pregunta cómo te sientes, solo te ordena: ¡Juega! Y a veces la gente de la grada te insulta y silba sin tener ni idea de que estás hecho polvo. A Rada, al que llamamos Racek, se le había muerto la madre hacía poco en un hospital de Praga y en otro hospital, en la otra punta de la ciudad, su mujer llevaba cinco meses ingresada esperando un parto que probablemente no iba a salir bien. Y Racek tenía que jugar y pensar en cómo ganar a los altivos rumanos.

Tomamos nuestras posiciones en la cancha. De repente me sentí tranquilo. Y alrededor de mí los muchachos también se comportaban como si no pasara nada, algunos incluso sonreían. Miré a Bedár König, era mérito suyo habernos devuelto a ese estado de ánimo. Los ojos se le habían apagado. En ese momento se me ocurrió que quizá él estuviera peor que nosotros. Al fin y al cabo él era el general de aquel pequeño ejército llamado Dukla que estaba luchando tan miserablemente en París. Eso sí, ante nosotros guardaba la compostura.

Al comienzo de la segunda parte todo siguió igual. Los rumanos metieron tres goles, nosotros solo dos. 13-7. Corrían tranquilamente por delante de nosotros, ya no manteníamos la estricta defensa individual del primer tiempo y ellos tampoco se mataban. El partido se convirtió en una pura formalidad.

En realidad estábamos esperando el momento en el que pensarán que ya tenían el partido ganado. Y ese momento acabó llegando. Moser hizo un lanzamiento brutal, pero conseguí despejarlo con la pierna. Los chicos metieron gol en el contraataque. Después paré con el cuerpo un disparo de Ivanescu y Pepík Trojan metió otro gol. Y luego marcamos un nuevo tanto. Los rumanos ganaban por tres goles: 13-10. Y esa ya no era una diferencia insalvable...

Volvieron a lanzar sobre mi portería, yo salí a parar. Cada vez teníamos más el balón; empezaron a sentir cierta angustia, perdieron la tranquilidad. Nosotros comenzamos a ver el resultado de aquellos cubos de sudor vertidos en los entrenamientos y, por supuesto, el del plan de Bedár König. Los rumanos se habían vuelto previsibles, y ahora que les pisábamos los talones, lanzaban exactamente al lugar donde había previsto König. Yo paraba los lanzamientos siguiendo mi instinto y también un poco aquel recetario. En los ojos de los lanzadores rumanos apareció la inseguridad y después el miedo.

Volvía a ser para ellos el mejor portero del mundo. Parecían un boxeador que recibe un golpe inesperado, desfallece y, por primera vez en toda la pelea, contempla la posibilidad de la derrota. El público de cualquier lugar del mundo reconoce un momento así en el ring del deporte. Los franceses empezaron a gritar:

—¡Checo! ¡Checo!

Los rumanos cometieron una falta y uno de los nuestros tenía que ir a lanzar desde la línea de los siete metros. El que mejor lanzaba los penaltis era Zdeněk Rada. Pero hoy no podía, era lógico. Sin embargo, Beďár König le dio la indicación. Me quedé rígido. Lo estrelló... contra el poste. Los rumanos respiraron aliviados. Seguían ganando por tres goles. En algún lugar de mi interior sonaba con fuerza el tictac del tiempo que corría veloz hacia el final del partido.

Ahora estamos navegando río abajo por el Sena, los monumentos iluminados de París vienen a nuestro encuentro en orden inverso. El Sena avanza despacio, el barco navega más rápido. Nunca antes me había sentido como hoy. Me sigue pareciendo que estoy en estado de shock, no puedo ni beber ni emborracharme, estoy muerto de extenuación.

Los muchachos están sentados a los lados de la mesa, parecen corderitos, lo han dado todo en el vestuario y en el estadio Pierre de Coubertin.

Metimos otro gol.

De repente me di cuenta de que llevaba veinte minutos sin encajar ninguno.

Otro tanto en la portería de Redl.

13-12

Faltaban siete segundos para el final cuando empató precisamente Racek. La grada se volvió loca. Iba a comenzar una prórroga de dos tiempos de cinco minutos.

Los rumanos tenían el saque y con ello una enorme ventaja. Podían conseguir de nuevo el control del partido y no dejarnos hacer ni un lanzamiento. Pero los muchachos los rodeaban por todas partes, corrían sin descanso y les cerraban los espacios. Vojta Mares y Pepík Trojan volvían a ser aquellos extremos de velocidad increíble, eran capaces de reaccionar a los movimientos del contrario en una fracción de segundo. Ruda Havlík, nuestro

motor principal, los tenía amedrentados. Era importante no darles ni una sola oportunidad clara de disparar.

Ya estaban a punto de acabarse los cinco minutos, tenían que decidirse a lanzar, porque en la segunda parte el balón nos correspondería a nosotros. Al final disparó Moser. Lo paré. Pero nosotros tampoco conseguimos hacer un buen lanzamiento, así que llegó el momento de cambiar de campo.

Sin perder la tranquilidad, Bed'ár König dio las últimas indicaciones, las cámaras de televisión lo seguían, repiqueteaba el clic de las máquinas fotográficas. Resultaba genial que Bed'ár se hubiera puesto aquel traje de gala, era un tipo fantástico e inteligente. En el estadio retumbaba el temperamento francés.

—¡Checo! ¡Checo!

¡Ante todo no debíamos hacer ninguna tontería! No debíamos lanzar a portería demasiado pronto para evitar que los rumanos se hicieran con el balón y con el control del partido. Se reanudó el juego. Estábamos todo el tiempo en su campo y a mí me vinieron a la cabeza mil cosas, me acordé de mis comienzos en Pilsen. Muchos buenos balonmanistas eran de Pilsen. De allí era el famoso lanzador Vasek Eret. ¿Qué sabrían los franceses de Pilsen? El rubio del equipo, el que tenía ahora el balón, Vasek Duda, también era de Pilsen. ¿Pero qué demonios estaba haciendo? ¿Iba a disparar a portería? ¡¿Tan pronto?! La grada lanzó un grito de sorpresa. Pero el balón acabó en la red con un chasquido. Aquel era un sonido delicioso, completamente diferente de cuando golpeaba contra la red que había a mis espaldas. Hoy sigo sin saber si Vasek Duda tuvo en aquel momento los nervios templados o, por el contrario, los había perdido completamente.

Todavía quedaba mucho para el final. Ganábamos por un gol. 13-14.

Los rumanos intentaban empatar a la desesperada. Eso significaría jugar un partido de desempate en Mulhouse. Fue una lucha maravillosa. Sin duda los especialistas de toda Europa que habían acudido a París no lamentaban el viaje. También estaba viendo el partido el especialista más importante de todos, el periodista y exjugador alemán Hans Apffel. En sus crónicas periodísticas había mostrado su asombro ante los indolentes tragacervezas checos, que jugaban un balonmano endiabladamente rápido. En el mundo se reconocía ya nuestra aportación a este deporte: el juego veloz de los extremos, el contraataque y la incorporación del portero para jugar en superioridad numérica. En balonmano la subida del portero es la única manera de conseguir la superioridad numérica. En el hockey el portero no puede subir, su equipaje es muy pesado, y en el fútbol la portería contraria está demasiado

lejos y es muy arriesgado. También en el balonmano entraña un riesgo, pero yo ya lo había hecho varias veces. Hans Apffel quería filmar o al menos fotografiar esta novedad, pero hasta ahora no lo había conseguido.

En cuanto atrapé el disparo de Ivanescu, me vino la idea a la cabeza: lo haría precisamente ahora, en los últimos momentos de aquella final. Los rumanos realizaron su último intento de darle la vuelta al partido: pasaron a la defensa individual, hombre contra hombre. Yo comencé a avanzar mientras los dos equipos retrocedían ante mí. El estadio se quedó en silencio, mi corazón palpitaba con fuerza. Quizá la angustia se había apoderado de todos. En los ojos de algunos de mis compañeros leí el miedo, en los de los rumanos, la esperanza de arrancarme el balón y lanzarlo a la portería vacía. Solo más tarde me di cuenta de que aquella aventura me había dejado absolutamente sin fuerzas para las largas horas que vendrían después. Recorrí toda la cancha como en sueños y me disponía a preparar el brazo para el disparo cuando los rumanos se abalanzaron sobre mí. ¡No podía soltar el balón! Lo apreté contra mi regazo e hincé las uñas en él. En aquel momento me daba completamente igual que alguien me rompiera la columna o el cuello. El acoso aflojó y vi el brazo estirado del árbitro que indicaba lanzamiento desde los siete metros como castigo por haberme derribado. ¿Quién lanzaría?

¡Qué otro que Rada! Así lo decidió Bed'ár, a pesar de que Racek ya había fallado un penalti. Bed'ár seguía confiando en él y quizá también quería ayudarlo a olvidar las penalidades por las que estaba pasando. Algunos compañeros se dieron la vuelta, no querían ni mirar. Cuál sería la sorpresa de todos cuando Zdeněk movió con suavidad el brazo y envió el balón con toda naturalidad adentro de la portería rumana. 13-15.

Nos tiramos todos encima de él como si el partido lo hubiera ganado solo. El estadio se convirtió en un estruendo total. Los rumanos arrojaron la toalla. Eran unos tipos duros, pero aquello ya era demasiado para ellos. Estaban enfurecidos, sobre todo contra los franceses. Ni siquiera realizaron el saludo final tras el partido. Coman mandó el balón a la grada de una patada y le cayó en la cabeza precisamente a Montgober, el presidente de la Federación Francesa de Balonmano...

En aquel momento nosotros no sabíamos que nuestra felicidad iba a ser aún mayor. Bed'ár König fue a telefonar a los periodistas de Praga para comunicarles el resultado. Le dieron un recado para Racek.

Bed'ár se topó con Racek en el pasillo. Se miraron un instante. El entrenador se había quedado ronco tras todas aquellas llamadas, pero le gritó

a Racek que había sido padre de un niño y que tanto el pequeño como la madre se encontraban bien. Zdeněk se puso a hablar atropelladamente.

Y al final acabó creyéndoselo. Los franceses también se enteraron de alguna manera, porque nos trajeron al vestuario una caja entera de champán. Decían «*la victoire*», que significa *victoria*, y «*le fis*», que significa *hijo*. Nos dieron palmadas en la espalda y después nos dejaron solos. En el vestuario los corchos retumbaban como disparos en las barricadas de París. Una espumosa lluvia de champán nos corría por los labios y por las sudadas camisetas. En aquel momento ni se nos ocurrió pensar que éramos mayormente abstemios, y nos bebimos entera aquella caja de champán. Aquel fue el mejor vino que he bebido en mi vida y sé que jamás voy a beber otro igual.

## La barrena de la muerte



Los resultados de la competición debían conocerse la noche del 2 de septiembre de 1960, así que algunos periódicos, deseosos de ofrecer cuanto antes la noticia a sus lectores, prepararon para el día siguiente este titular:

¡BLÁHA, CAMPEÓN DEL MUNDO!

Antes de ello, los reporteros deportivos habían dictado a las redacciones sus artículos sobre aquel experimentado piloto deportivo y habían enviado fotografías suyas para que fueran publicadas. En las fotos, Bláha sonreía como sonríe ahora, apoyado en el ala de su Akrobat. La encarnación misma de la imagen que cualquiera tiene de un piloto: esbelto y alto, pelo moreno ondulado, facciones duras y la conversación desenfadada de alguien que ha volado muchas veces al encuentro del peligro.

El aeropuerto entero estaba vestido de fiesta. Quedaban los últimos nueve vuelos de los ejercicios libres, en definitiva, la última rebanada de la enorme hogaza de cielo que los pilotos llevaban cuatro días cortando.

Casi como en un cuento, llegaron volando entre las cimas de los Cárpatos y la orilla del Danubio las abigarradas avionetas, que recordaban a un tigre indio o a nuestra querida hormiga Ferda. Otras parecían libélulas, con sus cuatro alas a cuadros extendidas como un tablero de ajedrez en el que nadie se atrevería a colocar las piezas, porque con las acrobacias el aire las arrojaría a los prados verdiamarillos y acabarían entre las centauros azules y los ciclámenes púrpuras. Desde la lejana Texas, como a lomos de un mustang, había venido volando en su biplano Experimental el fortachón David Price, fumigador de campos de algodón. La tanda final la vio como espectador, sentado en una silla de plástico, mientras bebía limonada y charlaba tranquilamente con los rusos.

Sin embargo, el idilio de los prados verdiamarillos y el cielo azul se vio interrumpido por la muerte. Unas veces los pilotos volaban hacia ella y otras veces ella volaba hacia los pilotos. En aquella alfombra de flores otoñales templada por el sol se hizo pedazos el Nord Aviation del piloto León

Biancotto. Todos echaron de menos después la tersa risa de aquel francés, que no consiguió salir ni de la barrena ni del avión.

Un tosco y ruidoso tractor remolcó los restos de la destrozada avioneta y los depositó detrás del hangar. Cubrieron con una lona aquella chapa amarilla, aquel entresijo de cables y ruedas rotas, y colocaron a su lado una guardia de honor. La gente de Bratislava trajo claveles blancos y gladiolos rojos, alguien cortó en el prado unas centauras azules para hacer un ramo. Aquellas flores se convirtieron en un aluvión rojo, blanco y azul, los colores de su Francia natal. Alguien escribió con tiza en la pared del hangar unas palabras de despedida:

«*Sommeil doux, Léon*».

La hierba entre las avionetas y los hangares estaba ya aplastada por las pisadas. Algunos de aquellos aeroplanos multicolores no eran adecuados para acrobacias de tanta altura y descansaban en el hangar. Para la final solo quedaban los Trenér, el Akrobat y el oscuro Yak del ruso Boris Vasenko, antiguo piloto de caza.

Las avionetas se habían puesto grises. Compartían el cansancio de sus pilotos y esperaban con ellos la orden de salida de la prueba final.

En aquel momento del mediodía, justo en los límites del aeropuerto, se balanceaba sobre sus rodillas uno de los jóvenes pilotos del Svazarm. A veces se llevaba la mano a sus cabellos despeinados. Parecía un niño que jugara a ser un avión, solo le faltaba correr de un lado para otro con los brazos extendidos. Entornaba los ojos y los volvía a abrir. Sus labios se movían.

—Bratislava. Llanura. Bratislava.

No podía de ninguna manera equivocarse de dirección. Había sustituido la derecha y la izquierda por estos términos. Arriba podría quedársele por un momento la mente en blanco y eso significaría su final. Ya era la décima vez aquel día que repasaba de memoria su ejercicio libre. Inconscientemente sus manos giraban los cuernos de mando, mientras oprimía sus pies contra la hierba como si accionara pedales invisibles. Lo importante era no cagarla con el tiempo, como había hecho en la semifinal, cuando creía que estaba en el minuto seis y en realidad era el cinco. Controló el tiempo y murmuró:

—¡Plana! Una, dos, tres...

Y ahora a recuperar la simetría de los alerones y esperar a que el propio aparato se estabilizara. Y para terminar un par de virguerías, saludar con las alas y abajo. Salió de aquel trance, caminó un trecho y se apoyó contra la pared del hangar. Quería apoyarse contra algo sólido, no quería hablar más con la gente, de la que solo podías esperar confianza, ánimo, ironía y envidia, todo al mismo tiempo. Alguien se paró delante de él y le preguntó:

—La vas a hacer, ¿verdad?

Asintió. Y después giró la cabeza en dirección contraria, hacia el lugar donde unos patos salvajes volaban en escuadrón, como si quisieran mostrar sus habilidades al público presente. Pensó que ya estaban lejos los tiempos en los que el vuelo de los pájaros seducía al hombre. Desde la hazaña de Ícaro el hombre había superado mil veces el vuelo de las aves tanto en distancia como en altura. Solo le faltaba volar en círculos como los que hacen las águilas sobre los roquedales. Le atraía precisamente ese tipo de vuelo, en el que el avión descendía en barrena plana, como una hoja que cae de un árbol. Más tarde, cuando en los círculos de esa barrena plana se mataron varios pilotos experimentados, la propia muerte le dio nombre a la maniobra. El que por distracción entraba en esa barrena y conseguía, por puro milagro, escapar de ella, no tenía ningún deseo de volver a descender por sus espirales. Así que se convirtió en una maniobra irrealizable. Pero él conseguiría vencerla y vencer a la misma muerte. Era como uno de aquellos sitios en los que en tiempos lejanos no podían penetrar los mortales. Él había entrado una vez en barrena a gran altura y, utilizando la técnica de pilotaje y sobre todo la lógica, había conseguido salir de ella. Después lo estudió bien y volvió a practicar la barrena muchas veces en lo alto del cielo. Siempre habría tenido tiempo de saltar en paracaídas, pero nunca había sido necesario.

Por eso la iba a hacer en aquel primer campeonato del mundo. Pero tenía que acercarla al suelo para que entrara como ejercicio libre en el rectángulo prescrito. Además, así todos podrían ver que era de verdad plana. Nunca había bajado tanto en barrena y eso le ponía nervioso. Lo mismo que le ponían nerviosos los comentarios que había recibido cuando había anunciado que la iba a realizar. Lo llamaron suicida, y Zámečník, ingeniero jefe de construcción de aviones acrobáticos, había venido ese mismo día a hablar con su entrenador Černý para que le retiraran el carnet de piloto. Iba a destrozar el avión delante de todos aquellos extranjeros y eso afectaría a la exportación. Ya conocía aquellas objeciones.

—¡Se va a matar delante de todo el mundo!

Pero para él el significado era el contrario. Quería precisamente demostrar lo que eran capaces de soportar el aparato y el hombre. Mientras permanecía allí de pie, le vino a la cabeza todo lo que lo había conducido hasta aquel momento crucial. Era como cuando tuvo miedo a saltar por primera vez en paracaídas.

Durante el vuelo se levantó del asiento, llegó hasta la puerta, pero retrocedió. Volaban en un viejo Junkers. Ya durante la carrera de despegue a

aquel cacharro le temblaban los extremos de las alas como a una gallina que se ahueca y quiere echar a volar. Al final el Junkers comenzó a ascender. El fuselaje era una simple chapa enrollada. Se apoyó sobre él y sintió una hostil gelidez. Se le quedó frío el rostro y se le helaron los labios. Saltó al vacío. En el fondo se veían unas casitas.

Fueron pasando ante él los rostros de la gente, como mojonos blancos en una carretera. El enorme taller de calderería de la ČKD y su único oficial, el viejo Hendrych. El viejo sabía darle a un aprendiz el tradicional sopapo también en los nuevos tiempos.

—¿Quieres hacer un trabajo tú solo?

Asintió entusiasmado.

—Ahí tienes un torno y una caja de avances averiada.

Estuvo tres semanas arreglando la caja, no preguntó nada. Se libró del sopapo. Ese talento lo supo cultivar después el profesor Chochola en la escuela de formación profesional de la calle Presslova. Lo más importante era preguntarse por qué. *¿Por qué esto es así? ¿Y por qué no puede ser de otra manera?*

En cuanto aprendía una cosa se abalanzaba vorazmente sobre otra. Dejó los saltos en paracaídas y empezó a pilotar un planeador. El cielo, el viento y el rumor de las alas le producían una alegría infantil. Allí arriba uno dependía exclusivamente de sus fuerzas, de sus conocimientos y de su inteligencia. Tenía bien en cuenta las posibilidades del aparato y confió en él desde el principio. A su entender, los errores eran sobre todo del piloto. Por eso no compartía la opinión generalizada de que la muerte de Biancotto había que achacarla a su avioneta. Si hubiera sido así, el piloto se habría puesto a temblar cada vez que se sentaba a los mandos. El francés debía saber lo que podía permitirse en un aparato como aquel. Cometió un error al entrar en barrena con el avión invertido. Por eso su muerte estaba fuera de su pensamiento, como si aquel amasijo de chatarra de detrás del hangar no existiera para él. Cuando comenzó con el planeador, él también entró una vez en una espiral parecida. La velocidad del avión aumentó, sintió que se le estiraban los carrillos y que su cuerpo y su cabeza adquirían un tamaño y un peso monstruosos. Pero al final consiguió salir. En aquella ocasión no supo ni cómo lo había logrado.

Tanto en el deporte como en su propia vida se convirtió en un saltador de altura: cada vez colocaba el listón más alto. Tras el paracaídas, el planeador, y tras el planeador, una avioneta con motor; tras la época de aprendiz, la escuela

de formación profesional, y tras la escuela, la facultad de mecánica de la universidad de agronomía.

Desde el momento en que su padre se fue por otro lado, tuvo que hacerse cargo de todo con su madre. Su hermana Olga estaba estudiando. Comenzó a trabajar de noche, conducía una ambulancia por las calles de Letná y Holešovice. En realidad realizaba tres trabajos a la vez. Aprendió a dormir en el asiento de la ambulancia mientras esperaba a que volviera el médico con su maletín. Tras cinco años de servicio conocía el distrito de Holešovice como una vieja yegua de correos.

Durante las vacaciones se pasaba prácticamente las noches enteras estudiando. En casa se sentía tremendamente a gusto. Tenían solo una habitación y la cocina. Era un piso sin baño y con el retrete compartido en el pasillo, pero su madre siempre lo tenía todo limpio, el techo blanqueado y el linóleo del suelo brillante como en un palacio. Esta era su estación de avituallamiento, en la que se servía alegría, calor y fuerzas. Cuántas veces a media noche su madre venía a la cocina con pasitos cortos y los ojos aún medio cerrados. Siempre tenía para él un trozo de carne. Desde la hornilla de gas el olor se extendía por toda la cocina. O le preparaba algo de comer Olga. Mientras ella cocinaba, él se arrebujaba en su manta caliente. Por la mañana las dos le levantaban de la cama.

—Hoy es día de labor. Dijiste que querías ir a la universidad.

—Es domingo. Tienes que ir a volar.

Le compró a un inválido uno de aquellos coches de tres ruedas con cubierta de lona que se conocían como montgómeris, y así podía llegar rápidamente de Praga al aeropuerto. Aprendió las cosas elementales y enseguida empezó a hacer acrobacias.

Probaba la avioneta y se probaba a sí mismo. La avioneta a veces colapsaba. Una vez se le voló la hélice cuando giraba a tope de revoluciones, pero un buen piloto debe siempre contar con esto: aterrizó planeando como con una avioneta sin motor. Quería realizar acrobacias dinámicas en un espacio pequeño y al ritmo más rápido posible. Ya no dependía exclusivamente del viento, como en el planeador. Debía tener la suficiente forma física para que no le causaran molestias los largos vuelos cabeza abajo o los estados de sobrecarga, en los que la cabeza y las piernas le pesaban como un saco de patatas. No disponía de la enorme preparación de los cosmonautas en la centrifugadora, así que en una puerta de casa colocó unas anillas y leía cabeza abajo los titulares de un periódico extendido en el suelo.

Lo mismo que en las acrobacias invertidas, aprendía a descifrar lo que había debajo de él.

—Ladislav Bezák.

Hacía menos de un mes había defendido su proyecto de fin de carrera sobre la utilización de los aviones en la agricultura. Colocó sobre la mesa los datos sobre los avances técnicos y expuso su argumentación: los aviones eran perfectos para la agricultura, abarcaban grandes superficies y atraerían a la juventud. Defendió vehementemente la utilidad y la estabilidad del monoplano de ala baja. El tribunal no aceptó su teoría y le comunicó su nota:

—Aprobado.

No había sido un sobresaliente. Aquel aprobado raspado le dolía, pero se consoló pensando que el mero hecho de aprobar había sido todo un logro. Además del recién conseguido título, tenía ya diez años de experiencia, mientras que otros empezaban a trabajar entonces. Había conocido el duro trabajo de los caldereros, del servicio de ambulancias y médicos. Había visto muchas veces cómo se iba la vida y llegaba la muerte. Había bailado con un grupo de danzas en Francia y había realizado miles de horas de vuelo. Había volado tres vidas.

Durante el largo rato que llevaba de pie junto a la pared del hangar, fueron ascendiendo al cielo una avioneta tras otra. Una bengala verde y otra naranja señalaban respectivamente el comienzo y el final del ejercicio acrobático. De momento era segundo en la clasificación. Por delante de él estaba solo Bláha. Pero en aquel momento no pensaba en eso ni prestaba atención a la actuación de los otros. No quería que sus resultados le pusieran nervioso. Y sin embargo, sintió que el nerviosismo se apoderaba de él. Por eso prefería no pensar en el francés Biancotto ni en los reproches del ingeniero jefe Zámečník. No era miedo, únicamente soledad. Pasó la mano por su vieja cazadora acolchada. Era con la que mejor se sentía cuando volaba.

Se alegró cuando finalmente el mecánico Josef Vlček le indicó que subiera a la avioneta.

Por fin terminaba la espera. Había durado días y noches.

Luciendo camiseta, tirantes y boina, Vlček lo recibió delante del avión con una sonrisa.

—¡Vamos, Láďa! —le dijo simplemente.

Y nada más. No era mucha información, pero todo estaba en orden: ya se habían dicho antes todo lo que se tenían que decir. Se encaramó de un salto al ala, descorrió la cubierta de la cabina y se repantigó cómodamente en el asiento. Todavía había tiempo. Volvió a correr la cubierta. Ahora estaba

completamente solo. El motor de la avioneta que estaba aterrizando sonaba como si estuviera más lejos. Se abrochó las correas del asiento. Después venía el protocolo del despegue, que siempre tenía su magia. Levantó la mano y pidió permiso para despegar. La bandera roja fue sustituida por la blanca, lo que le dejaba el camino expedito.

Desde ese momento comenzaba a correr el cronómetro, que le concedía, como a todos, cuatro minutos para sobrevolar la cruz blanca donde empezaban las acrobacias. Tomó un poco de altitud, miró a su alrededor y observó que soplaba viento del suroeste relativamente fuerte. Ajustó la velocidad, trazó un giro y ascendió. Aquello no era más que el toque de corneta antes de la batalla. Desde el instante en el que Vlček arrancara la hélice del Akrobat, su nerviosismo había ido desapareciendo, pero ahora aumentaba de nuevo a cada segundo. En realidad no pasaba nada. Llegó arriba en la mitad del tiempo establecido, sobrevoló el centro y trazó una elipse para pasar de nuevo en el momento exacto sobre la cruz blanca. Entró en el cuarto minuto, los últimos sesenta segundos comenzaron a correr. Lo que más ruido hacía en el avión ahora era su corazón, que repicaba como una campana. En el plexiglás que había bajo sus pies apareció la cruz blanca.

¡El momento había llegado!

Comenzó a ascender para realizar un *looping*. De repente se encontró cabeza abajo y se sintió en su salsa. Giró el cuello y miró hacia abajo para comprobar si había empezado bien. En una posición en la que cualquiera habría perdido la calma, él la adquirió con una simple mirada. Continuó dentro de un rectángulo de mil metros de alto y seiscientos de largo. Este rectángulo era como una piscina de aire en la que tenía que realizar nada menos que los cuarenta y seis elementos elegidos. Fue haciendo uno tras otro. Acrobacias invertidas en las que el cuerpo multiplicaba su peso y quería despegarse del asiento y salir volando de la cabina. Por la manera en que las correas del asiento se hundían en su vieja cazadora sabía que todo iba bien. Dejó de prestar atención a muchas cosas y dejó de pensar en otras. Se deshizo de su cuerpo y de todo lo innecesario de la misma manera que las fracciones se simplifican dividiendo el numerador y el denominador por el mismo número. Después de dos o tres acrobacias complicadas hacía algo sencillo para que el aparato descansara y el combustible llegara al depósito. Por el contrario, él no sentía la necesidad de darse un respiro: había estado dos años enteros preparándose para aquel vuelo. El cuerpo y la máquina adoptaban las más variadas posiciones. Aquello ya no era la libertad del águila volando en círculos sobre los roquedales sino la inteligencia de un hombre que había

planificado al detalle el vuelo. Volaba sin saber que ya estaba dejando admiradas a miles de personas que lo contemplaban desde abajo. Y también los jueces empezaban a cambiar de opinión acerca de a quién debían otorgar el título de campeón del mundo.

—Bratislava. Llanura. Bratislava.

Controlaba continuamente la dirección, el tiempo, la velocidad, la altura. Trabajaba con la precisión de un ingeniero y la destreza de un pintor. Con su vuelo ponía en entredicho viejas convicciones. Se acercaba el momento culminante: la barrena plana. Hizo un *looping* para recuperar altura. Se situó a casi quinientos metros de altitud. Se dio cuenta de que no era lo correcto, quería haber alcanzado mayor altura, pero inmediatamente dejó de pensar en ello. Pisó el pedal, accionó el timón de profundidad y entró en barrena normal. Después accionó los alerones, aceleró al máximo y puso la avioneta a girar sobre sí misma como un plato enorme en cuyo centro estuviera él sentado. ¡Una vuelta! ¡Dos! ¡Tres! ¡Cuatro! Se acercaba a tierra. Equilibró los alerones y esperó a que la maniobra hiciera efecto. De los prados verdiamarillos le separaban ya solo ciento cincuenta metros. Allí estaba la muerte. La espera le pareció eterna, cuando en realidad se trataba de centésimas de segundo, unas centésimas de segundo en las que los pilotos perdían a menudo la lucidez. El aparato se estremeció y dio una sacudida. No le quedaba mucho por hacer: un par de toneles y saludar con las alas al público y a los jueces. Miró el cronómetro, estaba a punto de terminar el sexto minuto. Hizo que el aparato se agitara justo en el momento en que se encendía la bengala naranja.

Sonrió, trazó un círculo y descendió. Los rayos del sol acariciaban su rostro cansado. En aquel momento le daba completamente igual que los jueces le pusieran un aprobado o un sobresaliente. Lo importante es que lo había conseguido.

## Saltadores



Durante años los mejores saltadores de esquí del mundo se habían preparado para el campeonato mundial de Zakopane y para las olimpiadas de Innsbruck. En el norte de Europa, en Noruega, Toralf Engan había experimentado en una piscina hasta dar con el movimiento del cuerpo, los brazos y las piernas al que el agua ofrece la menor resistencia. Desarrolló así el llamado *fischstil*, el estilo del pez. Era sencillo y, como todo lo sencillo, tremendamente difícil. Tras un fuerte impulso, los brazos se colocan detrás de la espalda mediante un movimiento corto y durante el vuelo el cuerpo se inclina hacia los esquíes.

Dos años antes de los juegos se celebra el campeonato del mundo en Zakopane. En esa época ya es Zdeněk Remsa quien entrena a nuestros mejores esquiadores y saltadores en el equipo Dukla de Liberec. El que fuera campeón del Memorial Bronislaw Czech-Helena Marusarzówna quiere llevar a los muchachos a lo más alto. En Zakopane el tiempo es malo. Remsa se ausenta para averiguar cuándo comenzará finalmente la competición, y mientras tanto todo el equipo se pone a hacer saltos de entrenamiento sin pensar en los riesgos. Dejan en los esquíes la cera vieja. Al aterrizar todos caen. Dalibor Motejlek sufre un esguince, Josef Matouš se lesiona el menisco y los dos restantes, Hubač y Nevlud, acaban el día con los esquíes rotos y la confianza quebrantada.

Sin embargo, las cámaras de cine no paran, tampoco la de Remsa. Filman una y otra vez el *fischstil* de Engan.

El deporte se parece ya demasiado a la preparación para la guerra moderna. Los entrenadores ocultan sus armas y, aparte de cuatro comentarios superficiales, nadie consigue enterarse de nada.

Remsa había buscado su propio camino como entrenador. Había dejado a su familia en Praga para estar todo el tiempo en Liberec con los saltadores del Dukla. Vivía en un austero estudio, solía ver a los suyos dos veces al mes. La preparación era dura. El propio Remsa procedía de la región pobre de las montañas Krkonoše. Todo cuanto llegó a tener hubo de conquistarlo por sí mismo. Al principio saltaba con unos tablones. Cuando ganó sus primeros

esquíes, dormía siempre con ellos en la cama. Tuvo que vencer el miedo muchas veces. Ganó el campeonato nacional en medio del viento y la lluvia. Tenía el brazo derecho hecho pedazos, aún hoy lo lleva sujeto por un clavo de acero.

Remsa, que era diez años mayor que sus muchachos, comenzó con ellos un duro plan de entrenamiento. Necesitaba que consiguieran fuerza dinámica, capacidad de explosión, valor y velocidad. Todo esto durante la primavera, el verano y el otoño. Cada saltador tenía asignado cuánto debía mejorar en los sesenta y cien metros lisos, y en las carreras de obstáculos. Competían entre ellos en el salto de longitud, el triple salto, el quíntuple y el décuplo. Todos los saltos los realizaban con unas blusas especiales, rellenas de arena en los costados y en la espalda. A veces incluso mojaban la arena para que pesara más. Remsa era capaz de realizar el salto mortal y quería que sus muchachos también lo fueran. Tenían que aprender a hacer acrobacias como los gimnastas. No disponían de pesas de halterofilia, así que para ejercitar los músculos construyeron un extraño aparato móvil con viejos amortiguadores de autobús. Los amortiguadores no aguantaron, los muchachos acabaron rompiéndolos con su fuerza, y los reemplazaron con cadenas. Aparte de entrenarse, cumplían con sus obligaciones en el servicio militar. Algunos eran soldados modélicos. Durante muchas semanas al año realizaban fatigosos trabajos físicos, talaban árboles y los pelaban, ensanchaban el área de aterrizaje con pico y pala. Saltaban desde trampolines fabricados con plástico. Antes de que cayera la primera nieve, cada uno de ellos había realizado ya unos doscientos saltos desde una rampa blanca de PVC. Para que se acostumbraran a las peores condiciones climatológicas, Remsa los llevaba a saltar también cuando soplaba el viento y arreciaba la lluvia. Se subía a la torre de los jueces y les señalaba pacientemente los errores que habían cometido.

### *¿Quién es Josef Matouš?*

El suboficial del ejército checoslovaco Josef Matouš subió al trampolín olímpico central y repitió para sí aquello que decía Remsa: los que saltaban antes y después de él eran también personas de carne y hueso. Era una frase estúpida y al mismo tiempo absolutamente cierta. No tener miedo a los demás. Todos somos personas. ¿Qué importaba que estuviera allí el padre del estilo del pez, el noruego Engan? ¿Acaso no habían hecho todo lo posible por aprender ese nuevo estilo y por perfeccionarlo? Incluso lo habían practicado muchas veces en el bosque, encima de un simple tocón. Te subías al tocón,

inclinabas el cuerpo para trasladar el centro de gravedad al punto más bajo posible y después tomabas impulso con determinada inclinación y hacia determinada altura. Remsa solía sostener un gorro para indicarles el lugar hacia el que tenían que dirigir la cabeza. También hoy Remsa había observado el despegue de todos los que habían saltado antes que él.

—¡A toda velocidad, Pepík, y hacia el gorro! —le dijo escuetamente.

Josef Matouš tenía el número cincuenta y no se había preocupado por los que saltaban por delante de él. Solo sabía que durante mucho rato había encabezado la clasificación el noruego Sörensen y que después había pasado al primer puesto otro noruego, el «pescador» Engan. Tenía todavía mucho tiempo de espera en la torre, pero ya no quería pensar en nada. Era una estupidez ponerse a pensar cuando uno estaba esperando para saltar. A medida que aquellos cincuenta estupendos saltadores iban arrancando del punto de salida, se iba apoderando de él una tranquilidad indescriptible. Por fin llegó su turno. Tomó impulso con los brazos para coger velocidad. Debía despegar en el momento justo, ni antes ni después. Allí, en lo alto, estaba el imaginario gorro azul de Remsa. ¡Ahora! Despegó con fuerza y voló con ligereza por el aire, después hizo el giro de rigor con los brazos y aterrizó en la nieve. No debía de haber sido un mal salto, porque el público le dedicó una sonora ovación. Y justo en el momento en que le pasaban estos pensamientos por la cabeza, oyó un leve crujido.

¡Mierda! ¡Otra vez se le habían roto los esquíes! Ya no le quedaban esquíes buenos de repuesto, ni tampoco fijaciones. Para la segunda manga solo le daría tiempo a instalar la fijación en un esquí. Desde pequeño le perseguía aquella maldición, siempre rompía los esquíes al aterrizar. Entonces, cuando era aún un muchacho, ni siquiera se trataba de auténticos esquíes sino de un par de tablas de madera. Solo su quinto par fueron unos esquíes de verdad. Su padre les reforzó las aristas con acero. Los rompió el primer día. Hizo con ellos el puente sobre un arroyuelo para mostrar a sus amigos lo flexibles que eran y los muy perros se rompieron. Su padre le dio unas buenas bofetadas, sabía usar la mano. Aquí, en Innsbruck, donde había poca nieve y el contacto en el aterrizaje era duro, ya había roto todos sus esquíes Popp, tres pares en total. Ahora iba a saltar, en la competición más importante de su vida, con un esquí de cada madre. Mientras trabajaba silenciosamente con el destornillador, por los altavoces sonó su nombre. Inmediatamente se le acercó corriendo Janko Mráz, del equipo de esquí.

—¡¿Has oído?! ¡Vas el primero! Les has dado una buena tunda en la primera manga. Has hecho el récord del trampolín: ochenta metros y medio.

Josef Matouš acabó de instalar la fijación en el esquí de repuesto y de repente se dio cuenta de que a su alrededor comenzaban a observarlo y a hacerle fotos. Le empezaron a temblar las manos de la agitación. No podía dejarse llevar. Subió por las escaleras de madera, mientras la gente lo aplaudía y le abría camino. Debajo de la torre de los jueces estaba Remsa. Permanecía impasible; solo sus ojos, bajo aquellas espesas cejas, delataban su satisfacción.

—¡Hoy es tu día!

Fue lo único que le dijo. Nada más. Remsa sabía perfectamente lo que se avecinaba. Los nórdicos iban a hacer todo lo posible para superarlo y a Matouš podía pesarle la carga psicológica de ir el primero. Además, ya había visto cómo dos de los jueces le habían dado una puntuación injustamente baja. Para ellos, un tal Matouš no significaba absolutamente nada.

Mientras tanto, Matouš subía a lo alto del trampolín. Se dijo a sí mismo que tampoco ahora miraría cuánto saltaban los que iban delante de él. Pero aquel era nada menos que Engan. Lo vio volar espectacularmente por el aire, casi ochenta metros. Y después Brandtzaeg. Y Recknagel. Hicieron saltos fantásticos. Matouš ya no se sentía tan bien como en la primera manga. Examinó la punta de sus esquíes, sabía que eran diferentes. Comprobó varias veces si se asentaban adecuadamente en la rampa. Se lanzó, realizó el despegue e inmediatamente advirtió que no había sido bueno. En el aire un esquí se le hundía, le tiraba hacia abajo. También la longitud del salto fue más de tres metros menor que la del anterior. Después de la segunda manga ya no encabezaba la clasificación. Iba segundo. ¡Ojalá pudiera conseguir al menos una medalla! En la tercera manga aplicó toda la experiencia de los dos mil saltos que había realizado hasta entonces. Pero tampoco le fue bien. El finlandés Kankkonem y los noruegos Engan y Brandtzaeg quedaron por delante de él.

Matouš quedó cuarto. Aunque en longitud del salto seguía teniendo el récord del trampolín. Había superado a los alemanes, americanos, polacos, austriacos, suecos; a toda una pléyade de saltadores de élite. A los periodistas les tuvo que contar que había estudiado cuatro años en una escuela de formación profesional. Que su padre era guardagujas y su madre, tejedora. Que había empezado a esquiar en una escuela deportiva para muchachos dirigida por el maquinista de tren Jaroslav Šípek. Tenía veintidós años y aquella olimpiada había sido su competición más importante. Todo el mundo lo felicitaba. Pero él sabía muy bien que, de momento, aquel había sido el mayor éxito y al mismo tiempo el mayor fracaso de su vida.

### *Récord*

Después de los juegos olímpicos, viajaron en autobús hacia la localidad alemana de Obertsdorf en medio de un temporal de nieve.

—¡Ya podemos olvidarnos de lo de volar por el aire! —dijo alguien en voz alta.

En ese momento la mayoría de ellos se sintieron decepcionados, pero también aliviados.

Sin embargo, al día siguiente el cielo de Obertsdorf estaba completamente limpio, como si lo hubieran barrido con una escoba enorme. En la víspera del vuelo por el aire fueron a ver el trampolín, que era el más grande del mundo. Lo conocían de oídas, por fotografías y por un cartel publicitario que mostraba a tres esquiadores volando por encima de la alta torre de una iglesia.

Dalibor Motejlek y Zbyněk Hubač subieron hasta arriba. La realidad los dejó absolutamente impresionados. Era un trampolín de verdad gigantesco, ancho, largo y con una gran pendiente. Desde la puerta de salida hasta el final del área de aterrizaje había por lo menos medio kilómetro. La parte inicial de la rampa estaba protegida del viento por unas vallas. El suizo Straumann había medido la velocidad de bajada de los esquiadores y había llegado a registrar ciento seis kilómetros por hora...

Al contemplar el trampolín, Dalibor Motejlek sintió una especie de contracción en el pecho. Era miedo. Un miedo que iría creciendo a medida que se acercara la competición. Lo peor sería la primera vez que se lanzara por la rampa, iba a tener el estómago en la garganta.

Los demás se sentían más o menos igual. No tenían ni ganas de cenar.

—Comed, chicos, comed. No puedo comérmelo yo todo —bromeó Remsa.

Tampoco pudieron conciliar el sueño. Estaban alojados en un dormitorio común y no paraban de dar vueltas en la cama y de levantarse a beber limonada.

Como los demás, Dalibor Motejlek pensaba en el día siguiente. Intentaría batir el récord de Checoslovaquia, que ostentaba Hubert Riegr con ciento once metros. Su mayor rival en esta empresa sería Matouš. Habían competido el uno contra el otro en muchísimas ocasiones, desde sus tiempos de alevines. Ahora los dos eran soldados. Tenían la misma edad. Josef Matouš era de Trutnov, Dalibor Motejlek de Harrachov. Era hijo de un tabernero y había crecido en una casa de pueblo de madera en la que había media docena de niños. Su madre decía que desde pequeño estaba loco por los saltos. Se subía

al escaño de la cocina, se ponía muy serio y se lanzaba. Todos le decían en broma que solo había saltado cinco metros. Motejlek todavía recordaba las competiciones infantiles de Sadržuv Kopec, donde se construían trampolines de nieve. Tenía doce años cuando saltó de un trampolín grande de cincuenta y cuatro metros. A los catorce sufrió en Zakopane su primera caída grave: conmoción cerebral y varias vértebras contusionadas. Tuvo otros accidentes, pero nada pudo apartarlo de los saltos. De pequeño nunca sintió miedo. Sería más tarde cuando empezaría a invadirle el miedo siempre que saltaba por primera vez de un trampolín desconocido.

Hasta la media noche no consiguió conciliar el sueño.

Al día siguiente, por la mañana, Remsa les impuso un calentamiento de casi una hora. El ejercicio físico calma los nervios más que cualquier pastilla. Todavía les esperaba la revisión médica. Todo indicaba que realmente iban a volar por el aire. En aquella ocasión, no les pusieron los habituales números grandes en el pecho; el viento podía desprenderlos y hacerlos después ondear. Les colocaron únicamente unos números pequeños en la manga.

A Dalibor Motejlek le correspondió el número treinta y uno.

Abajo, junto al área de aterrizaje, habían instalado un bufet donde los participantes tenían todo gratis. Naranjas, zumos, cigarrillos. Aunque Motejlek no fumaba, encendió un cigarrillo y se puso a darle fuertes chupadas para tranquilizarse...

Motejlek observó a los saltadores que iban delante de él. ¡Increíble! ¡Max Bolkart, con toda su veteranía, solo había saltado cincuenta y seis metros! Seguramente había tenido miedo de tomar impulso, pues había caído literalmente del trampolín. El siguiente. Josef Matouš. Aquello estaba mejor. Le faltó un solo metro para llegar a los cien. Matouš saltó de nuevo y con una marca de ciento trece metros superó en dos metros el récord de Checoslovaquia. Una vez más, Matouš le había birlado el récord.

Dalibor Motejlek cogió sus esquís y comenzó a subir. Como temía, cada vez se sentía peor. ¿Y si le ocurría algo? Con aquella velocidad y aquella distancia, bastaba el más mínimo error. Le tranquilizaba un poco pensar que había hecho todo lo que estaba en su mano para prepararse. Gracias a su entrenamiento en el Dukla tenía un impresionante fondo físico. Y en la mili, tampoco había hecho el vago. Era un soldado ejemplar, un muchacho modélico, había realizado con éxito miles de saltos.

Miró hacia abajo desde lo alto del trampolín. El desnivel era brutal, casi doscientos metros. Nadie se siente bien antes del primer salto; todos los competidores están pálidos y nerviosos. Motejlek puso los esquís en la nieve

y se los fijó; las manos le temblaban levemente. Cuando llegó su turno, cogió impulso y comenzó el descenso. Y de repente olvidó todos sus miedos. Ahora debía pensar exclusivamente en el salto. Pronto alcanzó los cien kilómetros de velocidad. Al pasar entre las vallas de protección rugía como si avanzara por un túnel. Tomó impulso para el salto justo en el borde de la rampa. Los primeros diez o veinte metros no notó nada, llevaba demasiada velocidad. Después empezó a flotar en el aire. Comenzó a descender, pero la presión del aire lo empujó de nuevo hacia arriba y hacia delante. Creía que ya iba a aterrizar cuando lo alcanzó otra vez una ola de aire y lo llevó en volandas. Era una sensación agradable, como si nadara en una interminable piscina de aguas termales. Finalmente aterrizó, se giró y se dio cuenta de la singularidad de aquel instante, reservado a muy pocos: había volado por el aire.

¡La medición señaló ciento treinta metros!

Explotó de alegría, quería abrazar a todo el mundo.

—¡A ver si tu récord resiste mañana, Libor! —le dijo Remsa durante la cena.

¿Qué quería decir Remsa? ¿Acaso alguien podía volar aún más lejos?

Y eso es precisamente lo que pasó al día siguiente. Matouš superó por un metro el récord recién establecido por Motejlek.

—Estás en forma. Es la oportunidad de tu vida —le dijo Remsa a Motejlek después de la primera manga—, pero tienes poca inclinación. Debes mover tu centro de gravedad todavía más hacia adelante. Así tardarás más en perder altura y volarás más lejos.

A su alcance tenía también el récord del mundo. Quince años atrás estaba en ciento siete metros. El austriaco Bradl, el suizo Tschannen, el sueco Netzel y el finlandés Luiro lo habían ido ampliando un buen trozo. El récord actual lo ostentaba el yugoslavo Slibar: ciento cuarenta y un metros.

Motejlek subió por la escalera de caracol hasta lo alto del trampolín. No tenía la sensación de angustia del día anterior, casi estaba impaciente por vivir de nuevo aquel descenso infernal y aquel vuelo por el aire. Durante la bajada por la rampa sintió que su velocidad era mayor que la del día anterior y también consiguió despegar con un impulso más fuerte. Flotó en equilibrio en el aire e incluso pudo ver a la multitud de espectadores que había allí abajo. Sobrevoló la línea roja que marcaba los cien metros y sintió que el aire lo seguía impulsando hacia arriba y hacia delante. Pasó por encima de la línea azul de los ciento veinte metros y continuó volando hacia la de los ciento cuarenta. Giró los brazos, consiguió avanzar un poco más y tomó tierra... tras haber superado la línea. La multitud comenzó a gritar y aplaudir, pero

inmediatamente se quedó en silencio. Motejlek podía oír el crujido de la nieve bajo sus esquíes. Todos estaban esperando el resultado. Hacia el lugar en el que había aterrizado se dirigió el jefe del equipo de medidores, el barbudo Anwander, para clavar una barra en la nieve. Los altavoces rompieron por fin el silencio: ¡Ciento cuarenta y dos metros! ¡Nuevo récord mundial!

El público prorrumpió en un grito de júbilo. Al terminar la competición le rodearon los reporteros gráficos, los periodistas, los aficionados. Alguien dibujó un gran cartel con un 142 y él tuvo que sostenerlo sobre su cabeza mientras lo fotografiaban desde todos los ángulos. El cerco duró unos minutos interminables, hasta que al final Remsa consiguió sacarlo de allí. Caminaron juntos, en silencio, mientras sentían en su interior una alegría indecible.

## **A un par de kilómetros de Terezín**



Esta historia comienza y acaba a un par de kilómetros de Terezín. Es una historia triste, pero ya se sabe, la vida no es una continua alegría y hay gente que tiene buena suerte y gente que no. El muchacho del que voy a hablarles era de los que tienen mala suerte. Tenía tan mala suerte que podría haber llenado con ella un carro y habrían hecho falta dos parejas de buenos caballos para moverlo. El muchacho en cuestión se llamaba Lád'a. Lád'a nació en Nové Kopisty, a un tiro de piedra de la ciudad de Terezín, que más tarde albergaría un campo de concentración. Su madre se llamaba Albina y su padre se apellidaba Heller. El padre era ferroviario y le encantaban las vías, los trenes y las locomotoras que cruzaban deprisa y con gran estruendo aquella áspera región.

Como la mayoría de los chicos del pueblo, Lád'a jugaba al fútbol y al hockey. Jugaba en el equipo de Terezín y se decía que podría llegar a ser un futbolista famoso. Era grande, corpulento, con un cuerpo y un rostro rollizos. Cuando iba con el balón, no había quien lo parara. En Terezín vivía también Jarda Menhart, que con el tiempo acabaría siendo el entrenador del equipo nacional de ciclismo. Menhart quería que un hombretón como Heller se dedicara al deporte más bonito del mundo, que para él era, por supuesto, el ciclismo. Y estaba decidido a conseguirlo a cualquier precio. Ya había muchos futbolistas en el mundo y aquel muchacho podía llegar muy lejos como ciclista. Así que el padre de Lád'a le regaló a su hijo una vieja bicicleta, una auténtica chatarra. Pero a Lád'a le gustó y comenzó a competir con ella. Después se compró una bicicleta mejor y ganó sus primeras carreras. Tenía un buen fondo físico y la cabeza sobre los hombros. Y además recibía los consejos de Jarda Menhart. Menhart seguía su propio criterio y podía aplicarlo tranquilamente a los curtidos fenómenos de Praga o a cualquier as internacional del ciclismo.

Con el tiempo, Lád'a Heller consiguió formar parte de la selección nacional en la Carrera de la Paz.

Cruzaron la frontera los sesenta y seis corredores que aún seguían en la competición. Hasta aquel momento habían abandonado veinticuatro y nadie se había rasgado las vestiduras por ello. Llovía, nevaba, granizaba, soplaba un viento helado. Ciclistas que habían recorrido el mundo entero pedaleando se bajaban de la bicicleta y abandonaban. Temían por su salud. Aquel día hizo por primera vez buen tiempo. En las ramas de los abetos que festoneaban la carretera comenzaba a derretirse la nieve.

En un flanco del pelotón, con la cabeza entre los hombros, rodaba Heller, el novato del equipo checoslovaco. Ni se levantaba del sillín ni bailaba la bicicleta. Era un tipo corpulento y pedaleaba clavado al sillín, como mandan los cánones. Los especialistas checos lo seguían con gran interés. También los expertos del extranjero habían reparado en él. Hacía tiempo que los checos ya no estaban en la élite del ciclismo. Había quedado atrás la época en la que ganaban casi todas las etapas de la Carrera de la Paz. En esto precisamente pensaba Heller cuando, tras cruzar la frontera, escuchó por primera vez en catorce días un grito de aliento en checo:

—¡Vamos, chavales!

Ahora que estaba en casa pedaleaba con más facilidad. Las desgracias recientes habían desaparecido de golpe. Desde el invierno había pasado por muchas penalidades. Primero padeció una amigdalitis supurante, después sufrió una caída y se lesionó gravemente la rodilla. Así que cuando fue a Varsovia ni siquiera sabía si podría participar en la competición. No le gustaba correr con mucho calor. Sudaba demasiado. Prefería el tiempo nublado, con alguna llovizna de vez en cuando para refrescar la carretera y la cabeza.

Pero lo que les cayó encima nada más comenzar la carrera en Polonia era demasiado para cualquiera. Antes de salir a la carretera, ya llevaban el maillot completamente empapado. A Heller le empezaron a doler las rodillas, entumecidas por el frío, y se le quedaron heladas las manos. La mayor parte del tiempo corrían con guantes térmicos. Aquello era un crimen. El pavés polaco era un auténtico suplicio. Cuando llegaron al asfalto, Heller se sentía como si su cuerpo fuera de cristal y en cualquier momento pudiera romperse en mil pedazos. Era demasiado novato para darse cuenta de que todos estaban más o menos igual. Creía que se encontraba peor que los demás. Un buen rato después de la llegada todavía le castañeteaban los dientes y seguía aterido de frío. Dormía con las rodillas dobladas, rociadas de linimento y envueltas en vendas. Y a pesar de todo se había situado entre los diez primeros. Durante la etapa intentaba meterse en la cabeza del pelotón, que siempre sabía cómo

resguardarse del viento. Allí era más fácil pedalear, casi todos los ciclistas eran expertos y a uno siempre le quedaban fuerzas para el final de la etapa.

Los ciclistas más veteranos solían comentar lo a gusto que se corría en tiempos de Veselý. Honzík Veselý era toda una personalidad en el mundo del ciclismo. Los belgas, los franceses, los alemanes lo respetaban, incluso lo temían debido a sus fantásticas condiciones ciclísticas. Veselý podía abrirle un sitio a un novato en la primera línea y darle indicaciones para que lo ocupara. Y la élite del ciclismo lo aceptaba, sencillamente porque lo había hecho el señor Veselý, uno de los mejores ciclistas del mundo.

Afortunadamente, aquel año hubo más sitio para los ciclistas checoslovacos en la cabeza de la carrera. A veces iban allí Hasman, Jursa y él mismo. Al principio le parecía como si oyera en todos los idiomas: «¿Y tú qué haces aquí, cuchara de palo?». En el argot ciclístico eso quería decir que se revolvía demasiado en la primera línea, como una cuchara de madera o un molinillo.

Pero poco a poco aquellos amos de la carretera, que se podían permitir el lujo de echar de vez en cuando una mirada a su alrededor, se fueron acostumbrando a tenerlo entre ellos y observaban —como suele decirse, con una leve sonrisa en los labios— su lucha por hacerse un sitio bajo el sol.

Heller estaba rodando con mucha facilidad y eso no lo sabía nadie más que él. Mientras miraba al público de la carretera se sorprendió susurrando:

—¡Madre mía, esta gente se merecería que volviera a ganar uno de los nuestros!

Antes de aquella décima etapa había quienes aseguraban que la ganaría precisamente él. Václavík, el doctor del equipo, incluso había apostado con alguien una barra de salami a que así sería. Y también el entrenador Jarda Menhart pensaba en ello. En Karl-Marx-Stadt había ido a verlo. Lo había mirado fijamente, y con suavidad, pero con la severidad de una orden, le había dicho:

—Inténtalo a nuestra manera.

*A nuestra manera* significaba ponerse a la cabeza y escaparse del pelotón.

Ahora, al pasar por Nejdek, se acordó de ello. Nejdek era una pequeña ciudad, hermosamente adornada para la ocasión, de aire pacífico, como el que reinaba a veces en la Carrera de la Paz. Por lo general, los ciclistas, después de diez días de competición infernal, no se fijaban en los pueblos por los que pasaban, pero sorprendentemente en aquella ocasión no fue así. Todos bajaron de forma espontánea el ritmo de pedaleo, levantaron la cabeza y sonrieron como si aquel fuera su pueblo natal. Colores abigarrados y una

ligera brisa. Y el sol. Era como si alguien, después de haberles dado de pescozones durante diez días, les ofreciera un vaso de agua fría con sirope de frambuesa, tan bueno, por lo menos, como el que hacía la señora Anežka Sedláčková de Nový Malín. Se pusieron a reír y a gritarse unos a otros, como si estuvieran dando la bienvenida a la primavera. En la carretera estaban escritos los nombres de los participantes. Los ciclistas hacían como que aquello no iba con ellos, pero todos buscaban su nombre.

Cosma - Schur - Bansborg - Lulau - Heller.

Los habían escrito con letras preciosas, llenas de fantasía.

Y los habían subrayado con una línea azul. El azul es el color de la esperanza.

Faltaban veinte kilómetros para la meta.

Faltaban diecinueve kilómetros para la meta.

Faltaban dieciocho kilómetros para la meta.

Heller sintió que podía rodar más rápido. Tenía que encontrar el valor suficiente para ello. Veía los ojos de Menhart, los labios de Menhart:

—Inténtalo a nuestra manera. No les tengas miedo. No son superhombres. Tienen un cuerpo igual que el tuyo y tus pulmones son mejores que los de nadie. Si no te escapabas ahora, no vas a conseguir escaparte jamás en tu vida. O ganas, o fracasas en el intento. Pero nunca podrás reprocharte que no lo intentaste. ¡Venga, no seas tan cagueta! ¡Escápate! ¡No importa que seas novato!

Así que pedaleó con todas sus fuerzas y se escapó. Sintió que el pelotón murmuraba y se alborotaba, pero no en exceso, como si les hiciera gracia que se escapara precisamente aquel cuya presencia entre la élite habían soportado por pura misericordia. Siguió pedaleando con fuerza y tomó distancia. Ahora subía por una larga pendiente que lo obligaba a redoblar su esfuerzo. Cuando llegó arriba y vio la interminable carretera que se extendía por delante, el pánico se apoderó de él. Durante media hora, como mínimo, iba a tener que rodar solo; nadie le iba a dar el relevo, nadie lo iba a ayudar a cortar el viento. Y por detrás había sesenta y cinco ciclistas persiguiéndolo. En ciclismo, a partir de ese momento, se les llama galgos. Como los galgos de las carreras de Inglaterra. Corren todos detrás de una sola libre y no paran hasta que la atrapan.

Heller no pudo evitar el impulso de volver la vista atrás. Había abierto un hueco enorme, el pelotón marchaba muy lejos, de momento seguía al ritmo habitual, estaban seguros de que aquel niño acabaría cagándola. Un cualquiera como Heller no les iba a hacer perder la tranquilidad. Cuando

alcanzaran a aquel chaval, seguro que estaría tambaleándose en la bicicleta o que acabaría tumbado en la cuneta, vomitando de extenuación. Así terminaban la mayoría de los temerarios que no tenían dos dedos de frente. Los veteranos sabían que había tiempo de sobra para la caza. Por eso sonreían y seguían pedaleando al mismo ritmo. Después del frío de las etapas anteriores, necesitaban descansar un poco. Heller no les ponía nerviosos, como tampoco lo hacía el helicóptero que volaba por encima de la carretera y filmaba la primera escapada de un ciclista checoslovaco en los últimos cuatro años.

Heller bajaba ahora por una suave pendiente y respiraba hondo. La escapada en subida le había costado un gran esfuerzo. Después llegó un descenso muy pronunciado. Se lanzó a tumba abierta. Pesaba bastante, así que la bicicleta tomó una velocidad endiablada. A veces es más fácil ganar distancia bajando que subiendo.

Iba a ochenta kilómetros por hora.

Ya no le quedaba mucho para llegar a Karlovy Vary.

Pepík Kolář, apodado Kivi, que iba en una motocicleta con Kuneš, le cantaba constantemente la diferencia. Después de un cuarto de hora rodando en solitario había conseguido una importante distancia con respecto al pelotón.

—¡Cuatro minutos! —le gritó Kolář.

Claro que eso era cuando el pelotón no se tomaba aún en serio su escapada.

Y en ese momento los perseguidores pensaron por primera vez que aquello podía ser un asunto serio, que aquel muchacho les podía robar la etapa en aquella ciudad balneario famosa en todo el mundo. Así que se pusieron a pedalear con ganas y se lanzaron sobre él como galgos. Los mejores de entre los mejores dieron comienzo a una persecución como aún no se había visto en toda la competición: ¡Cosma! ¡Bansborg! ¡Lulau! ¡Schur!

Campeones y excampeones del mundo. La élite del ciclismo contra un solo muchacho de Kopisty que participaba por primera vez en aquella carrera.

Ya no lo perseguían como galgos, sino como lobos. Querían la victoria, pero es posible que algunos también lo odiaran por aquella insolencia. Otros quizá ni se lo plantearan: sencillamente, para ellos, en aquella época, el ciclismo era un trabajo y el jefe les había ordenado que ganaran.

Heller ya estaba harto de pedalear. Sentía que todo se le pegaba al cuerpo, se encontraba débil, derrengado, el sudor le corría por los ojos y no podía

secárselos. Tenía una sensación horrible en el estómago y le asaltaban las náuseas.

Pero ya no quedaba mucho para la meta. Ya estaba en la ciudad. Ya podía ver el estadio. ¿Pero cuántos escapados en la historia del ciclismo habían sido atrapados poco antes de llegar a la meta? Miles. Miles porque un solo ciclista tiene un único cerebro y no es capaz de calcular correctamente la escapada. Contra él trabajan decenas de cerebros y decenas de pares de piernas y los mejores entrenadores del mundo. Es el destino, todo está calculado. La mayoría de las veces los perseguidores adelantan al escapado en el estadio y aun justo antes de la línea de llegada. Heller vio el asfalto de la recta de entrada al estadio y le inundó una sensación de terror. Hacía viento. El viento aparecía con la cara redonda, abría la boca como en los dibujos animados y tenía los mofletes inflados. Pero era un espejismo, un engaño de los sentidos; era el sudor que le corría por los ojos, y no tenía tiempo ni fuerzas para secárselo. Para luchar contra el viento se apoyó en los pedales y comenzó a mover la bicicleta a un lado y otro. Exprimió sus últimas fuerzas y puso en aquella batalla todo su entrenamiento, toda su vida ciclística. La gente lo animaba, pero él ya no los veía, aquellos gritos ni siquiera le servían de ayuda.

Temía oír el runrún del pelotón y ver que lo adelantaban por todas partes. Le parecía que se había quedado clavado, cuando en realidad rodaba a gran velocidad. Ya no le quedaban fuerzas, solo le quedaba la inercia con la que los corredores de maratón suelen terminar la carrera. Muchos corredores de maratón habían muerto antes o después de terminar el recorrido, como el portugués Lázaro o el griego Stamulis.

Pero Heller era de otra pasta. Se mordía los labios hasta hacérselos sangrar. Entonces advirtió que ante él aparecía el estadio. Y entró en la pista. Decir que el estadio gritaba de entusiasmo sería achacable únicamente a la incompetencia del autor de este libro. ¡En el estadio se había desatado la locura! Los espectadores no paraban de saltar, se rociaban de limonada, de soda y hasta de cerveza. Se abrazaban y se daban palmadas en la espalda como si hubieran sido ellos los que habían vencido a la élite de la bicicleta.

Solo Heller y los entendidos en ciclismo sabían que todavía no estaba todo ganado. Se encontraba tan exhausto por la escapada que aún podía caerse en las curvas de la pista de tierra y romperse la crisma. Heller, Menhart, Kolář, todos temían que pasara eso. Y los especialistas en ciclismo de Francia, Polonia, Inglaterra, Alemania y otros diez países lo deseaban en su fuero interno. A Heller le temblaban las manos mientras superaba la última

curva. Por delante tenía la recta final. Todas las rectas eran iguales: aquello ya estaba hecho. Sus perseguidores todavía no habían llegado al estadio. Bajó un poco el ritmo para saborear la victoria. Aquello era un paseo maravilloso. Triunfal. Como si llegara el presidente o el actor francés Belmondo. Atravesó la línea de meta y murmuró satisfecho:

—Después de tanto tiempo, la gente ha podido disfrutar una vez más del triunfo de un checo en casa.

Soltó la mano izquierda del manillar para saludar al público.

Además de un juego de preciosa porcelana, la ciudad de Karlovy Vary tenía reservada para el vencedor de la etapa otra agradable sorpresa. Podía tomar un baño en el balneario construido exclusivamente para el emperador.

Entró. Así que allí se había bañado Francisco José. Intentó imaginárselo con sus patillas, con su ceño fruncido, con sus órdenes y sus medallas, tal como lo conocía por los sellos de correos en los que estaba escrito *Österreich*. Después bajó la vista hacia sus sucias zapatillas de ciclista y se echó a reír. ¡Si pudiera verlo ahora su madre! Su hijo en un balneario imperial. Siguió adelante. El vestíbulo estaba iluminado por una luz suave, íntima. Era agradable. En una mesita estaba tumbado un dios del tiempo de bronce. Y enfrente yacía Diana, también en forma de estatua.

Heller se desnudó y se miró al espejo. Tenía un cuerpo fuerte, velludo y también bonito. Estaba negro y parecía un demonio. Pero uno de esos demonios buenos de los cuentos.

Entró desnudo en el salón y se quedó petrificado por la sorpresa. Aquello no era un baño, era una auténtica piscina de relucientes azulejos a la que se accedía por una balaustrada que parecía estar hecha de oro auténtico. La luz tenía tonos rosados y verdes. Se sumergió en el agua templada y unas nubes de burbujas subieron a la superficie, como en un vaso de soda. Sintió un gran alivio. Los músculos y los nervios descansaban, el cerebro dejó de trabajar febrilmente. Todavía no pensaba en la etapa del día siguiente. Entornó los ojos y revivió en su interior la etapa de aquel día, desde el momento en que había realizado el ataque. Sabía que volvería a correrla en sus pensamientos muchas más veces a lo largo de su vida. Se encontraba de nuevo pedaleando como un salvaje y de nuevo daba la vuelta de honor con una corona de laurel. Sentía que la gente lo agarraba y lo sacaba a hombros del estadio como sacaban hace miles de años a los gladiadores y como aún hoy sacan en España, en Francia y en México a los toreros triunfadores. Veía

constantemente los rostros sonrientes de los entrenadores —Kněžourek, Menhart, Kivi— y los ojos encendidos de su padre, que había venido en un camión con toda la cooperativa agrícola de Nové Kopisty. En el estadio, Lád'a frunció sus pobladas cejas e hizo como que aquello no iba con él, pero en su interior reventaba de alegría.

Después no hubo manera de llegar al autobús. Continuamente se acercaba alguien que quería felicitarlo en su nombre o en el de alguna organización. Al final le susurró a uno de aquellos oradores, de figura corpulenta:

—Si pudieras llevarme hasta el autobús, camarada, sería fabuloso. ¡Tienes porte para ello!

Debía de ser un funcionario bien dispuesto. Lo llevó al autobús literalmente a hombros, mientras apartaba a la gente diciendo que Heller estaba exhausto. En el vestíbulo del Grandhotel, lo esperaba el director con una botella de champán.

El corcho voló hasta el techo.

Autógrafos. Apretones de mano. Felicitaciones. Sencillamente la gloria, no solo hasta el techo, sino, como se dice en checo, hasta el desván.

Los ciclistas seguían adelante en aquella competición por etapas.

Lo de ayer ya era agua pasada.

Como en la ruleta. El que no había ganado el día anterior podía ganar hoy.

Las espaldas de los ciclistas, envueltas en limpios y abigarrados maillots, subían balanceándose por la cuesta. Aquello era una música fascinante. A Ladislav Heller la victoria del día anterior le había dado fuerzas. Las piernas de los competidores subían y bajaban en mil giros. La escalada era la especialidad de Heller. Gracias a su triunfo, había adquirido seguridad; el pelotón ahora ya lo conocía. Rodaba a menudo en la cabeza de carrera y atacaba desde la primera línea.

El público lo reconocía al pasar, buscaba el número de su maillot. Lo conocían de las grandes fotografías que habían publicado todos los periódicos del día. Gritaban su nombre. Durante años se había esforzado, había entrenado, había pedaleado y nadie se había fijado en él. Y ahora, en un solo día había conseguido el favor de la gente.

—¡Heller!

La carretera, en ligera pendiente, se estrechaba para pasar por debajo de los dos oscuros viaductos que hay delante de la estación de Pilsen. Allí se daban cita los enemigos de los frágiles tubulares de los ciclistas: el pavés, los

estrechos raíles del tranvía, las alcantarillas. En décima posición rodaba el alemán Lothar Höhne, que solo veía por un ojo. Para salir de entre los raíles giró bruscamente hacia la derecha. Otro ciclista cayó sobre el adoquinado. Un manojo de cuerpos, gritos y, de repente, el silencio. Los ciclistas se levantaron y siguieron adelante. Se habían caído tantas veces que eran como muñecos de goma irrompibles. Solo uno permanecía tendido: Heller.

Miró su costado magullado. Se levantó y dio un grito. Cayó de nuevo al suelo. Lo apartaron de la carretera. El doctor Václavík se inclinó sobre él. Le palpó la zona herida. Inmediatamente supo que Heller no podía seguir. Václavík ya había acompañado a los muchachos en muchas carreras y había visto muchas veces el dolor, pero ahora se sentía mareado, necesitaba un poco de alcohol de romero para frotarse las sienes. Se trataba de una fractura muy fea. El día anterior había visto a Lád'a feliz y hoy lo tenía tendido en el suelo con una grave fractura del cuello femoral. A los ojos de Heller afluía el dolor, por la herida y también porque la carrera había terminado para él. Solo un día después de que hubiera empezado de verdad. Václavík se lo confirmó sin ambages:

—Está roto, Ládík. Tendrá que ser la próxima vez. A la próxima vas a demostrarles lo que vales.

El fin de las esperanzas y de los sueños. Heller ya no pensaba en la competición, lo inundaba el dolor. Un dolor que subía y bajaba como el ascensor de un hospital. El cielo azul, al que de vez en cuando miraba, fue sustituido por el techo desolador de la ambulancia. Blanco como la muerte.

Los primeros días los pasó durmiendo de agotamiento. Pero después no podía conciliar el sueño y no dormía ni siquiera de noche. No estaba acostumbrado a permanecer mucho tiempo en la cama y ahora tenía el cuerpo cubierto por una coraza de escayola, como una tortuga. La escayola le raspaba por todas partes, le oprimía la espalda. El médico le había colocado unos hierros en el cuello del hueso fracturado y le había cosido el costado.

Cuando se despertó de la anestesia, Heller vio a su entrenador, Jarda Menhart.

—Estoy hecho un Cristo, Jarda.

El entrenador, desolado, intentó en vano consolarlo. Y en cuanto se quedó solo, Heller comenzó a maldecir la bicicleta. Pero después se dio cuenta de que en la cama de al lado gemía un viejo que se había caído en el patio de su casa. Y que al otro compañero de habitación le había aplastado el pie una

hormigonera. Eso también le podría pasar a él. En cualquier caso, ya no podría volver a montar en bicicleta. Seguiría yendo a la fábrica; decían que era un buen soldador y estaban contentos con él. Podría tomarse un par de cervezas en la taberna como los demás. Y todo sería diferente. No aquella mierda.

¡Al demonio el deporte!

Caía constantemente en un duermevela en el que regresaba a su infancia.

Estaban tumbados tras el pajar y observaban el avance lento de aquella fila de gente con uniformes de rayas. A veces retumbaba un disparo y una figura se desplomaba. Los alemanes la dejaban allí tendida y continuaban la marcha. Vivían muy cerca de Terezín, muy cerca de la muerte. Tiempo después, en la salida de una carrera, se lo contó como pudo a un ciclista francés y a partir de entonces siempre se saludaban en el pelotón. Luego corrió varias veces la vuelta de honor como ganador, pero llevaba unos pantalones cortos de niño e iba montado en la vieja bicicleta de su padre, con la que había ganado su primera competición escolar en Hrdly. Por alguna razón la gente se reía de él. Él les gritaba que había ganado, pero el estruendo de risas impedía que lo oyeran. No se creían que fuese el ganador. Se despertó tan empapado en sudor como cuando entró en solitario en el estadio de Karlovy Vary. Después se puso a contar las competiciones que había ganado y las que había perdido. Eran más las que había ganado. La última había sido el campeonato nacional. Solo tenía veintidós años. Aquello no estaba nada mal. Quizá hubiera pensado de otra forma si al vecino de cama no tuvieran que amputarle la pierna o al viejo no se lo hubieran llevado al cementerio.

Atrapado en aquella coraza blanca, lo enviaron dos meses a su pueblo natal. Caminaba con muletas. Su pequeña casita le parecía ahora que estaba desconchada. Su padre no daba abasto, pero hasta entonces, él, después del trabajo, no había hecho otra cosa que subirse a la bicicleta y entrenar.

Cuando se recuperara, todo sería diferente.

Lo sentaron en el sofá de la cocina. Percibía el olor de la hilera de perales en flor, que atravesaba todo Kopisty y se extendía hasta los campos de labranza. Tras la ventana zumbaban las abejas, en el patio cacareaban las gallinas. Aquello le hacía sentirse bien.

El día de su victoria habían instalado en la antigua capilla unos altavoces y de allí habían brotado polcas, marchas triunfales y valeses hasta bien entrada

la madrugada. Los hombres del pueblo comentaron aquel triunfo en la taberna y las mujeres, en la plaza.

Ahora todos los vecinos lo apoyaban para que volviera a correr. Al principio pensó que se habían puesto de acuerdo para turnarse, uno tras otro, en sus visitas.

—¿Sabes, Láďa, que estuve gritándole al televisor? —le dijo la tía Marie—. ¡Vamos, Láďa, corre! ¡Que no te cojan! Y cuando ganaste, me puse a llorar como una Magdalena.

También se asomó por su casa Toth, aquel que siempre iba con sus cañas de pescar al Ohře.

—¿Te gusta el pescado?

Al día siguiente le trajo un capacho lleno de brevas, que están estupendas con manteca y comino. En cuanto se fue, a Heller le brotaron las lágrimas. De repente se dio cuenta de que para toda aquella gente representaba mucho más que si solo hubiera trabajado en la fábrica: los vecinos no eran héroes, pero se proyectaban en él. Comprendió que le habían estado observando todos aquellos años, cuando volvía del entrenamiento con el maillot ondeando al viento. Ya entonces estaban a su lado, pero hasta ahora no habían sabido cómo decírselo.

Vinieron los pioneros, le trajeron una tarta y le recitaron un poema en el que le deseaban que volviera a competir pronto. Apareció de sopetón su amigo Franta Konečný con su mujer. Y el tío Novák, que era conductor de autobús. La cocina estaba siempre llena. Sobre todo los martes y los viernes. Esos días venía en bicicleta, directamente del entrenamiento, todo el equipo Slavoj de Terezín. No faltaron ni un día. Se sentaban a su alrededor, aguardando sus palabras, como si fuera un anciano sabio. Aquello le hacía mucha gracia, porque en realidad era poco mayor que ellos. Pero después se soltaban a hablar y empezaban a contar atropelladamente lo bien que rodaban o a quién le habían dado una paliza en alguna competición. Aquellos eran los momentos más hermosos. Cuando se marchaban, Heller cerraba la puerta y se ponía a andar frenéticamente para ejercitarse. De aquí para allá y de allá para acá. Con las muletas. Horas enteras. Sonreía cuando alguien le preguntaba:

—¿Qué? ¿Vas a volver a competir?

No tenía muchas esperanzas.

En una ocasión se sintió molesto. Su padre había traído de Praga la bicicleta con la que había ganado la etapa de Karlovy Vary. Se la habían

enviado de la oficina central de educación física para que tuviera una buena bicicleta cuando volviese a entrenar. Todavía llevaba el número 92. A cuenta de aquella bicicleta al final hubo una bronca. Heller se enteró de que su padre iba con ella a ver el fútbol a los pueblos de alrededor. En todas partes lo rodeaba un tropel de muchachos.

—Esta bicicleta —les decía— ha participado en la Carrera de la Paz. Y ha ganado la etapa de Karlovy Vary.

Lád'a se cabreó con él.

—¿Cómo es que vas en esa bicicleta sin quitarle el número?

—¡Y qué más da!

—¿Cómo que qué más da? ¡Quítaselo!

Su padre era el padre más aficionado al ciclismo de todos los que conocía. Ahorraba para comprarle una bicicleta de carreras y por las noches, después de traer en un carrito la hierba para los conejos, se ponía a recortar artículos de los periódicos donde se hablaba de él, los pegaba en unas cuartillas y con mano torpe dibujaba alrededor de ellos todo tipo de marcos y florecillas de colores. A Lád'a aquello le ponía de los nervios.

Pasaron los días, las semanas, los meses. Fue a Pilsen a que lo operaran. Tenían que quitarle los hierros. El cirujano Polívka estaba en aquel momento de vacaciones, pero volvió para operar a su querido ciclista. Cuando Lád'a le dio las gracias, le respondió:

—No me des las gracias. La mayor alegría que puedes darme es volver a correr.

Y Honza Kršiak, que le enseñaba en el hospital ejercicios de rehabilitación, le dijo con énfasis:

—Quédate con las muletas y no nos las envíes. Nos las traes en bicicleta.

De Terezín a Pilsen y de Pilsen a Terezín hay en total más de trescientos kilómetros.

Su madre había salido. Heller ató rápidamente las muletas al cuadro de la bicicleta y comenzó a pedalear suavemente. No le dolía nada. Las piernas giraban de nuevo. Bajó la cabeza, entornó los ojos y los dirigió hacia el sol poniente.

¡Estaba pedaleando! ¡Estaba pedaleando de verdad!

Los viejos que estaban sentados en los bancos salieron de su letargo. De repente la calle se llenó de chavales que gritaban de alegría. Heller pedaleaba y sonreía. Ya estaba en el asfalto, la bicicleta allí iba más rápido, pasó junto a los últimos edificios. Rosa, el viejo más viejo del pueblo, lo saludó con su cachava:

—¡Así que has vuelto a la bicicleta, tontaina!

Había dejado atrás el pueblo. Ya era otoño y en los árboles colgaban los racimos de ciruelas. Se oía el ronroneo de un tractor oruga. Las mujeres estaban recogiendo patatas. Una de ellas lo vio. Todas levantaron la espalda y lo saludaron. Alzaron la mano con cierta dificultad. Aquel era el saludo del hogar.

Heller todavía ganaría un montón de competiciones importantes.

Y un buen día cumplió los treinta y un años y decidió dejar el ciclismo. Pero quería tener una buena bicicleta para ir a dar una vuelta por el campo de vez en cuando o para participar en alguna carrera de menor importancia.

Le encargó la bicicleta al señor Štastný de Roudnice. Corría el año 1970 y la bicicleta ya estaba lista. Era preciosa y valía tanto como un Ford Capri. Era la bicicleta más bonita de todas las que había tenido y probablemente sería también la última. La bicicleta en la que iría a comprarle flores a su mujer Zlata el día de su santo. La bicicleta en la que iría a buscar setas. Era tan bonita como el Skoda Favorit en miniatura que había mandado construir para su hijo Láďa, que tenía cinco años. Era tan bonita que se dijo que no la estrenaría aquel día porque había hielo, aguanieve y lluvia. Era tan bonita que la dejó en Roudnice para que no se manchara.

Y se fue con sus amigos a la taberna Pod Řípem a celebrar que tenía una bicicleta fantástica. Comió jamón, huevos rellenos, bebió un poco. Dos cervezas, un par de copas... Como deportista, había estado mucho tiempo privado de la bebida. Aquello era para festejar que tenía una bicicleta nueva y también para celebrar que su padre cumplía setenta años al día siguiente. Setenta años es una edad venerable, chicos. Seguro que nosotros no llegamos. Mi padre es un tipo genial.

Mientras caminaba hacia la estación de Roudnice, todavía seguía dándole vueltas a la cabeza. Su padre escribía con dificultad, pero aun así siempre apuntaba cada uno de sus resultados deportivos con aquella mano torpe que había trabajado toda la vida sin conseguir mucho a cambio. Al día siguiente le compraría el regalo más bonito que encontrara en Terezín. Por mucho que costara. Aceleró el paso. Pero el tren para Nové Kopisty se le escapó por un par de minutos.

Así que tuvo que coger el siguiente tren, que no paraba en Kopisty, pero paraba en Bohušovice. Y de Bohušovice a Kopisty había solo un trecho.

Heller miraba por la ventana. Una llanura interminable y casitas prácticamente iguales. Y estaciones casi idénticas, una detrás de otra. La estación de Hrobce se parecía terriblemente a la estación de Bohušovice. Bajó por error en Hrobce. Para cuando se dio cuenta, las dos luces rojas del último vagón se perdían en la oscuridad. No le quedaba más remedio que ir a pie y lo más rápido era caminar por las vías. Tenía frío. Se subió el cuello del abrigo de piel, se arrebujó en la bufanda y se puso el gorro. No solía llevar guantes, así que se metió las manos en los bolsillos; un gesto que resultaría fatídico. Resbaló y, como tenía las manos en los bolsillos, perdió el equilibrio. Al caer se golpeó con el raíl y perdió el conocimiento. No pudo ver las luces del expreso que se acercaba ni pudo oír su bramido.

El primero en enterarse fue Jarda Menhart. Permaneció sentado en silencio. Machacó tres lapiceros entre los dientes y los arrojó a la papelería. Se abrió la puerta y entró Heller padre. Menhart sabía que precisamente ese día cumplía setenta años, así que se levantó, le dio la mano y le dijo:

—Felicidades por sus setenta años. Está hecho un chaval.

—Gracias, Jarda, pero hoy no estoy para cumpleaños. Lád'a no ha vuelto a casa. Es un buen chico y nunca la ha liado, pero esta vez ha hecho algo. Esta mañana han venido unos tipos y nos han estado haciendo preguntas. Seguro que Lád'a ha liado alguna, lo presiento. Ha pasado algo malo, Jarda.

Menhart miró a Heller y supo que él era el único que se lo podía decir. Directamente. Sin rodeos. Como cuando se hunde el cuchillo en el corazón de alguien y este muere inmediatamente y ya no duele.

—Es peor que eso, papá —le dijo. Nunca lo había llamado papá—. Su querido Lád'a está muerto.

Menhart se levantó y cerró la puerta con llave para que nadie pudiera molestarlos. Heller padre se llevó las manos a la cabeza y rompió a llorar. Probablemente era la primera vez que lloraba. Lloró mucho rato, hasta que no le quedaron más lágrimas. Y mientras tanto Menhart siguió mordiendo lápices.

Heller padre se levantó, abrió la puerta y se fue caminando lentamente por todo Terezín, atravesó los campos y se dirigió a su casa. Y ya nadie lo vio llorar. Ni siquiera en el entierro, al que acudieron dos mil personas a pesar de que Kopisty no tendrá más de doscientos habitantes. Para la ceremonia llegaron cincuenta coronas, que se repartieron entre varios coches. A Lád'a lo llevaron a hombros sus amigos y rivales de la carretera: Konečný, Schejbal, Lešetinský, el otro Konečný, Hasman y Doležel. En el recorrido hasta el pequeño cementerio de Kopisty lo acompañaron dos bandas de música.

Fue un entierro casi tan grandioso como el que tuvo otro ciclista tempranamente malogrado, el famoso italiano Fausto Coppi.

Yo no asistí al entierro, pese a que Lád'a era muy amigo mío. Ya no recuerdo por qué. Probablemente no tuve fuerzas.

Más tarde fui a visitar a Heller padre, a Zlata y al pequeño Lád'a. Zlata, que les enseñaba a los niños en la escuela que el mundo no era malo y que, si lo era, algún día sería mejor, seguía vestida de negro, como era costumbre en los pueblos. El pequeño Lád'a jugaba con un tanque de juguete y era igualito a su padre.

Heller padre, el antiguo ferroviario, no estaba en casa. Por las noches salía a los campos y miraba con odio a los trenes, que rugían y bramaban cuando atravesaban con sus luces aquella áspera región a un par de kilómetros de Terezín.





OTA PAVEL (Praga, 1930-1973).

Ota Pavel, cuyo verdadero nombre era Otto Popper, fue un popular escritor y periodista deportivo checo. Su padre, representante de comercio judío, y sus dos hermanos mayores fueron encerrados en campos de concentración nazis, mientras que el pequeño Otto se quedó con su madre, de origen no judío, en Buštěhrad.

Entusiasta jugador de hockey sobre hielo en su juventud, trabajó como minero en la región de Kladno antes de establecerse como periodista deportivo. En 1964, mientras cubría los Juegos Olímpicos de Invierno que se celebraban en Innsbruck, mostró los primeros síntomas de la enfermedad mental que pondría fin a su carrera periodística.

Aun siendo el periodo más difícil de su vida, también fue el más creativo, en el que escribió sus obras más destacadas y líricas, incluyendo los célebres libros de recuerdos *Cómo llegué a conocer a los peces* y *Carpas para la Wehrmacht*.

Murió de un ataque al corazón en 1973 y está enterrado, junto a su padre, en el cementerio judío de Praga.

## **Notas**

[1] Aldea que fue totalmente destruida por los alemanes durante la Segunda Guerra Mundial en represalia por el asesinato de Reinhard Heydrich, protector de Bohemia y Moravia, en 1942. La mayoría de sus habitantes fueron ejecutados o enviados a un campo de concentración. (*Todas las notas son del editor*). <<

[2] «¡Emil, qué bueno eres!». Y luego: «¡Emil, eres un héroe!» y «¡Emil, eres grande!». <<

[3] «¡Sasha, no hace falta!». <<

[4] «¡Adelante!». <<

[5] «¡Vamos, dos vueltas!». <<

[6] «¡Bravo, fabuloso Pedrito!». <<

[7] «¡Adiós, fabuloso Pedrito!». <<

[8] Miroslav Horníček (1918-2003), actor y escritor muy popular en la Checoslovaquia de los años 50 y 60. <<

[9] Mikoláš es la variante checa de Nicolás. <<

[10] «¡Portero! ¡Que-re-mos un por-te-ro!». <<